



# EL FIN DEL PLEISTOCENO

## ROY LEWIS

\* \* \*

Cuando los vientos soplaban fuertes del norte, helado recordatorio de que el gran casquete polar aun seguía avanzando, solíamos apilar todas nuestras reservas de ramas, maleza seca y árboles rotos frente a la cueva, haciendo una hoguera realmente estruendosa, y nos decíamos que por muy al sur que llegase esta vez, incluso a Africa, podríamos enfrentar al frío y derrotarlo.

Teníamos grandes trabajos para mantener el suministro de combustible necesario para una gran hoguera, a pesar de que un buen cuchillo de cuarcita podía cortar perfectamente una rama de diez centímetros de cedro en diez minutos; eran los elefantes y los mamuts los que nos permitían calentarnos con su atenta costumbre de derribar y desgajar árboles para demostrar la fuerza de sus colmillos y sus cuerpos. El *Elephas Antiquus* era aun más dado; esto que el tipo moderno, pues aún se hallaban en pleno proceso de evolución, y no hay cosa por la que se preocupe más un animal en evolución que por el estado de sus dientes. Los mamuts, que se consideraban casi perfectos en aquellos días, sólo derribaban árboles cuando estaban enfurecidos o quería lucirse ante las hembras. En la estación de celo, no teníamos más que seguir a los rebaños para recoger leña, pero otras veces una piedra bien dirigida detrás de la oreja de un ceñudo mamut hacia maravillas, y podía proporcionar combustible para un mes. Yo he practicado este juego con los grandes mastodontes, pero un baobab arrancado de raíz pesa demasiado y cuesta mucho trabajo arrastrarlo. Arden bien, pero tienes que mantenerte a una distancia de por lo menos treinta metros. No tiene sentido extremar las cosas. En conjunto, lográbamos mantener un buen fuego cuando hacía frío y las capas de hielo del Kilimanjaro y el Ruwenzori descendían por debajo de la línea de los tres mil metros.

Las chispas volaban hacia las estrellas en las noches invernales frías y claras, silbaba la madera verde al arder y crepitaba la seca, y nuestra hoguera era como un faro al fondo del Valle de la Grieta. cuando las temperaturas en tierra eran lo bastante bajas, o la humedad de la lluvia persistía hasta el punto de hacer crujir las articulaciones y entumecer el cuerpo el Tío Vanya venía a visitarnos. Durante un intervalo en el estruendo del tráfico selvático podía oírsele llegar, con su zum-zum-zum a través de las copas de los árboles, puntuado por esporádicos y lúgubres chirridos de una rama sobrecargada que se desgajaba y un reniego apagado, que se convertía en grito de cólera sin inhibiciones cuando realmente llegaba a caer.

Por fin descendía en el círculo iluminado por el fuego, con su corpulenta y maciza figura, sus largos brazos que casi se arrastraban por tierra, su cabeza cuadrada hundida entre los anchos y peludos hombros, los ojos inyectados en sangre, los labios encogidos en un esfuerzo que solía hacer por conseguir que sus caninos sobresaliesen ostentosamente. Esto daba a su cara la expresión propia del que esboza una sonrisa completamente falsa en una fiesta que le desagrade profundamente; y yo, de niño, quedaba absolutamente aterrado ante aquella expresión. Pero luego fui descubriendo, por detrás de excentricidades y malos humores (que él era el primero en lamentar, y padecer, y en realidad el único), una persona amable dispuesta

siempre a regalar un puñado de bayas de juníperos o higos a un muchacho al que cariñosamente suponía sobrecogido por la ferocidad natural de su apariencia.

Pero, ¡cómo hablaba, cómo discutía! Apenas nos saludaba y hacia un gesto cortés en dirección a Tía Mildred, apenas extendía sus manos entumecidas y azuladas de frío hacia la hoguera, se lanzaba contra Padre como un rinoceronte con la cabeza baja y su largo dedo índice acusador apuntando como la punta del cuerno. Padre le dejaba desahogar su cólera en un torrente de acusaciones y reproches; luego, cuando se había calmado un poco y había comido algo, Padre se unía a la discusión, salpicando los ataques de Tío Vanya con sus suaves e irónicas interjecciones, reduciéndole a veces a un silencio estupefacto al admitir alegremente sus enormidades y al considerarlas positivas y beneficiosas.

Creo que en el fondo se querían mucho, aunque se habían pasado la vida en violentos desacuerdos; no podía ser de otro modo, pues ambos eran hombres-mono de principios inquebrantables, que vivían en estricto acuerdo con sus creencias, por otra parte totalmente opuestas en todos sus puntos. Cada uno seguía su camino, firmemente convencido de que el otro tomaba una dirección totalmente errónea, confundiendo trágicamente la vía de evolución de las especies antropoides; pero su relación personal permanecía intacta pese a todo. Discutían, se chillaban incluso, pero nunca llegaban a las manos. Y aunque Tío Vanya solía dejarnos en un arrebatado de cólera, siempre volvía.

La primera vez que recuerdo haber visto discutir a los hermanos, tan absolutamente distintos en apariencia y conducta, fue sobre si era conveniente o no tener encendida una hoguera en las noches frías. Yo estaba acucillado a respetable distancia de aquella cosa roja serpeante y vacilante pero voraz, observando cómo Padre la alimentaba con un espléndido y circunspecto sosiego. Las mujeres formaban un grupo compacto, acucilladas también, charlando y despiojándose; Madre estaba como siempre un poco separada, contemplando a Padre y observando el fuego con sus ojos sombríos y meditabundos mientras masticaba la papilla para los niños destetados. Entonces, de pronto, apareció entre nosotros Tío Vanya, una figura amenazadora, hablando con voz de trueno.

—Ahora si que la has hecho buena, Edward —gritaba—. Podría haberme imaginado que iba a suceder esto tarde o temprano. Claro que pensé que hasta tu locura tendría un límite. ¡Me equivocaba, claro! Basta con que me aleje una hora de ti para que me encuentre con que has cometido una nueva estupidez. ¡Y ahora esto! Edward, cuántas veces te he advertido, te he suplicado, como tu hermano mayor, que lo pienses bien antes de seguir este camino catastrófico, que enmendases tu vida antes de que os vieseis envueltos tú y los tuyos en un desastre irreparable... Te lo repito, con más insistencia que nunca: ¡Detente! Detente, Edward, antes de que sea demasiado tarde... Si aún hay tiempo, detente...

Tío Vanya resopló antes de completar este parlamento impresionante, pero evidentemente difícil de redondear, y Padre intervino.

—Hombre, Vanya, hacía mucho que no te veíamos. Ven y caliéntate un poco, muchacho. ¿Dónde estuviste?

Tío Vanya hizo un gesto impaciente.

—No tan lejos. Ha sido una temporada pobre en fruta y en vegetales, que es en lo que yo baso mi dieta...

—Lo sé, lo sé —dijo Padre con tono amable—. Parece como si estuviésemos entrando en un período interpluvial. Ya me he dado cuenta de lo mucho que se ha extendido últimamente la desecación.

—Pero no por todas partes, no creas —continuó Tío Vanya, irritado—. Hay comida de sobra en el bosque si uno sabe buscarla. He aprendido que a mis años tengo que andar con cuidado con la comida... así que, como cualquier primate sensible, me fui un poco lejos a buscar lo que quería... bueno, fui hasta el Congo, donde hay de todo para todos, sin necesidad

de tener que fingir que uno tiene dientes de leopardo, estómago de cabra y hábitos de chacal. Edward...

—¿No crees que exageras un poco, Vanya?—dijo Padre.

—Volví ayer —continuó Tío Vanya—, decidido, a pesar de todo, a hacerte una visita. Al anochecer me di cuenta de que algo andaba mal. Sabía que había once volcanes en el distrito, Edward... ¡Y no doce! Me di cuenta enseguida de que había algún problema, y supuse que tú estabas detrás de él. Esperando contra toda esperanza, y con el corazón atribulado, vine rápidamente hacia ti. Cuanta razón tenía. ¡Volcanes privados! ¡Ahora sí que la has hecho buena, Edward!

Padre sonrió maliciosamente.

—¿Realmente piensas eso, Vanya? —preguntó—. Quiero decir, ¿te parece esto realmente el punto decisivo? Pensé que podría ser, pero es difícil saberlo con seguridad. Desde luego, es un punto decisivo en la ascensión del hombre, pero, ¿es el punto decisivo?

Padre achicó los ojos con un aire de cómica desesperación que era muy característico en él en de terminados momentos.

—No sé si es un punto decisivo o el punto decisivo—dijo Tío Vanya—. No pretendo saber lo que crees que haces, Edward. Intentando superarte a ti mismo, sí. Lo que te digo es que esto es lo más perverso y antinatural...

—¿Antinatural? ¿Tú crees? —dijo Padre, ansioso por entrar en discusión—. Dime, Vanya, ¿no crees que ha habido un elemento artificial en la vida subhumana desde que comenzamos a utilizar herramientas de piedra? Sabes, puede que ese fuese el paso decisivo, y esto simple elaboración; y tú utilizas pedernales también...

—Ya hemos discutido antes esa cuestión —dijo Tío Vanya—. Herramientas y artefactos, siempre que se usen dentro de unos límites razonables, no violan las leyes naturales. Las arañas utilizan sus telas para atrapar las presas; los pájaros pueden construir nidos mejores que nosotros; y más de una vez te ha caído en tu dura cabeza un coco arrojado por un mono; quizás fue eso lo que te desequilibró el meollo. Hace unas cuantas semanas sin ir más lejos, vi a una tropa de gorilas derribar un par de elefantes, ¡elefantes, date cuenta!, con garrotes. Estoy dispuesto a aceptar como natural el uso de simples piedras talladas, siempre que uno no pase a depender demasiado de ellas, y no pretendas perfeccionarlas indebidamente. No es que no sea liberal, Edward, puedo admitir eso. ¡Pero esto! Esto es algo muy distinto. ¡Quién sabe cómo puede acabar! Esto

afecta a todos. Incluso a mí. Podrías quemar el bosque. ¿Qué haría yo entonces?

—Oh, vamos Vanya, no creo que las cosas llegasen a tanto —dijo Padre.

—No lo crees, ¿verdad? Dime una cosa, Edward, ¿puedes controlar eso?

—Bueno... más o menos. Más o menos, sabes.

—¿Qué quieres decir con eso? O puedes o no puedes. No intentes desviar la cuestión. ¿Puedes apagarlo, por ejemplo?

—Si no lo alimentas, se apaga solo—dijo Padre en tono defensivo.

—Edward—dijo Tío Vanya—, te lo advierto. Has iniciado algo que quizás no puedas parar. ¿Así que crees que se apagará solo si no lo alimentas? ¿No has pensado alguna vez que podría decidir alimentarse solo? ¿Qué harías tú entonces?

—Nunca se ha dado el caso hasta ahora—dijo Padre turbado—. En realidad, tengo que estar constantemente alimentándolo para que no se apague, sobre todo en las noches de lluvia.

—Entonces mi mejor consejo es que no sigas alimentándolo más tiempo—dijo el Tío Vanya—, que desistas antes de que se inicie una reacción en cadena. ¿Cuánto tiempo llevas jugando con fuego?

—Oh, lo descubrí hace unos meses—dijo Padre—. Y, sabes, Vanya, es la cosa más fascinante que puedas imaginarte. Las posibilidades son magníficas. Quiero decir, puedes hacer infinidad de cosas con él. No es únicamente el calor, sabes, aunque eso sólo es ya un

gran paso adelante. Apenas si he empezado a estudiar sus posibles aplicaciones. Considera sólo el humo: lo creas o no, acaba con las moscas y los mosquitos. Por supuesto, el fuego es peligroso. Es difícil de transportar, por ejemplo. Además tiene un apetito voraz; come como un caballo. Y puede ser malévolo, puede atacarte si no andas con cuidado. Y es algo realmente nuevo; abre todo un panorama...

De pronto, Tío Vanya lanzó un chillido y comenzó a dar saltos apoyado en un solo pie. Yo había observado con gran interés que llevaba un rato apoyado en una brasa al rojo. La discusión con Padre le excitaba tanto que no se daba cuenta ni advertía el rumor silbante y el olor peculiar que brotaba de su pie. Pero por fin la brasa había perforado la planta de su pie.

—¡Aaaj!—aullaba Tío Vanya—. ¡Eres un loco, Edward! ¡Me ha mordido! ¡Este es el resultado de tus infernales inventos! ¡Aaaj! ¿Qué te decía? ¡Acabará devorándoos a todos! ¡Estáis sentándoos sobre un volcán vivo, eso es lo que estáis haciendo! ¡No quiero saber más de ti, Edward! No tardaréis en perecer todos vosotros. La habéis hecho buena. ¡Aaaj! ¡Yo me vuelvo a los árboles! ¡Esta vez te has extralimitado, Edward! ¡Eso fue lo que le ocurrió también al brontosaurio!

Pronto desapareció, aunque sus aullidos continuaron oyéndose durante otros quince minutos por lo menos.

—Esperemos que no le dure mucho—dijo Padre a Madre, mientras barría cuidadosamente la ceniza con una hojosa rama.

Tío Vanya volvió, a pesar de todo, para repetir sus advertencias varias veces, sobre todo en las noches frías y lluviosas. Sus prevenciones no desaparecieron en absoluto por nuestro gradual progreso en el control del fuego. El mascullaba despectivamente cuando le mostrábamos cómo podía apagarse con agua, cómo podía dividirse, como una lombriz, en varios fuegos, y cómo podía transportarse en la punta de unas ramas secas. Aun cuando Padre supervisaba cuidadosamente todos estos experimentos, Tío Vanya los condenaba; él creía que una educación científica debía constar exclusivamente de nociones de botánica y de zoología, y se oponía en redondo a añadir la física al programa.

Sin embargo, todos comenzamos en seguida a controlar aquel nuevo instrumento. Las mujeres actuaban con torpeza al principio y solían quemarse; y durante un tiempo parecía como si la generación más joven no fuese a sobrevivir a la experiencia. Pero Padre pensaba que todos debían cometer sus propios errores.

—El niño que se quema, respeta el fuego—decía confiadamente, al ver que otro niño comenzaba a chillar después de coger una brasa. Tenía razón.

Se trataba, en realidad, de pequeños inconvenientes frente a grandes beneficios. Nuestro nivel de vida se elevó increíblemente. Antes de disponer del fuego, nuestra situación era precaria. Habíamos descendido de los árboles, teníamos el hacha de piedra, pero poco más, y parecía como si todos los dientes, garras y cuernos de la naturaleza estuviesen en contra nuestra. Aunque nos considerábamos animales de superficie, teníamos que trepar rápidamente a los árboles de nuevo si nos veíamos en apuros. Aún teníamos que seguir viviendo de bayas, raíces y frutos principalmente; aún devorábamos gustosos gruesas orugas y gusanos para aumentar la ración de proteínas. Estábamos crónicamente escasos de alimentos energéticos, pese a necesitarlos desesperadamente para sostener nuestra estructura física en crecimiento. Una razón importante para abandonar el bosque era conseguir más carne para nuestra dieta. En las llanuras había carne en abundancia; lo malo era que tenía siempre cuatro patas. Las grandes sabanas estaban llenas de caza: grandes rebaños de bisontes, búfalos, impalas, antílopes, gacelas, cebras y caballos, por mencionar sólo unos pocos de los que nos hubiese gustado comer. Pero cazar carne de cuatro patas cuando uno ha de perseguirla con dos es un juego difícil; y nos veíamos obligados a andar erguidos para poder ver por encima de la alta hierba de la sabana. Aunque uno agarrase a un gran unglado, ¿qué podía hacer?; el animal te rechazaba a patadas. A veces podías derribar a un animal cojo; pero entonces te atacaba con los cuernos.

Para matarle con piedras era necesaria toda una horda de hombres-mono. Una horda podía rodear y derribar la pieza; pero para mantener agrupada a una horda se necesita un suministro de alimentos abundante y regular. Este es el círculo vicioso más viejo de la economía: para obtener un resultado sustancial es necesario un equipo de cazadores; para alimentar al equipo ha de disponer uno de ese resultado sustancial con regularidad. De otro modo la comida es tan irregular que sólo puede alimentar a un pequeño grupo de tres o cuatro individuos como mucho.

Por lo tanto, teníamos que empezar por la base e ir subiendo. Tuvimos que empezar con conejos y pequeños roedores fáciles de liquidar con una piedra; perseguíamos galápagos y tortugas, lagartijas y culebras, a las que se podía capturar si se estudiaban sus hábitos con asiduidad. Una vez matadas estas pequeñas piezas había que cortarlas en trozos adecuados con cuchillos de pedernal, y aunque la mejor parte de la carne no resultase fácil de despiezar y comer sin los grandes caninos de los carnívoros, podía cortarse y machacarse un poco con piedras antes de masticarla con los molares, en principio destinados a una dieta frugívora. Las partes blandas no suelen ser muy agradables, pero los individuos hambrientos por el esfuerzo de caminar erguidos sobre sus patas traseras todo el día, y que quieren alimentar sus cerebros, no pueden permitirse demasiados melindres. Competíamos por las partes blandas y nos alimentábamos sobre todo de animales pulposos, porque aliviaban la tensión de nuestras digestiones.

Dudo que haya muchos hoy que recuerden el calvario de indigestión que hubimos de soportar en aquellos primeros tiempos; ni en realidad cuántos sucumbieron. Estábamos permanentemente amargados por los trastornos gástricos; y el gesto hosco, adusto de los pioneros subhumanos de los días primordiales se debían mucho menos a su salvajismo que al estado de sus pobres estómagos. El carácter más alegre se veía socavado a la larga por la colitis crónica. Es absolutamente falaz suponer que, debido a que acabábamos de descender de los árboles y nos hallábamos más cerca de la naturaleza, podíamos comer cualquier cosa, por correosa y desagradable al paladar que pudiese ser. Por el contrario, ampliar los hábitos alimenticios de lo puramente vegetariano (casi exclusivamente frugívoro en realidad) a la alimentación omnívora, es un proceso difícil y penoso, que exige una paciencia inmensa y una gran tenacidad, imprescindibles para tragar y mantener en el estómago cosas que no sólo nos desagradan sino que no están de acuerdo con la propia naturaleza. Sólo una ambición sin límites, un deseo de mejorar la propia posición en la naturaleza y una autodisciplina implacable, pueden permitir superar ese proceso de transición. No es que niegue que uno se encuentre con golosinas inesperadas, pero no todo son caracoles y mollejas. Cuando uno se decide a ser omnívoro debe aprender a comer de todo, y a veces, cuando uno nunca sabe de dónde va a llegar la comida siguiente, debe uno hartarse de todo. Teníamos que educar a los niños estrictamente según estas normas; y el niño que se atreviese a decir: "¡Pero mamá, a mí no me gusta el sapo!", estaba pidiendo que le calentasen las orejas. "Cómelo; es bueno para ti", éste fue el sonsonete de mi infancia; y por supuesto es verdad. La naturaleza, maravillosamente adaptable, endureció de algún modo nuestras pequeñas vísceras para que pudiésemos digerir lo indigerible.

No se ha de olvidar que cuando empezamos a convertirnos en comedores de carne tuvimos que mascar, y en consecuencia gustar, todo este rico e inadecuado alimento. Los carnívoros (los grandes felinos, los lobos y los perros, los cocodrilos) se limitan a despiezar la carne y tragarla, sin preocuparse de si se trata de espalda, lomo, hígado o tripas. Pero nosotros no podíamos permitirnos ese lujo. "Mastica cien veces antes de tragar", otra máxima de la niñez, se basaba en la certeza de que, si no lo hacías, sufrirías de feroces dolores de vientre. Por muy repugnante que fuese el bocado, en los tiempos primigenios, boca y paladar tenían que explorarlo abundantemente. Nuestro único condimento era el hambre; pero teníamos gran abundancia de este condimento.

Así que envidiábamos los inmensos banquetes de carne de los leones y de los dientes de sable, que devoraban indiferentes la pieza, desperdiciando, gran parte de ella, y dejando hasta tres cuartas partes para chacales y buitres. Nuestra primera preocupación era, en consecuencia, siempre que cabía tal posibilidad, la de situarnos cerca de los cazaderos del león, y, cuando éste había devorado su parte de la pieza, coger el resto. Estábamos, cuando menos, igualados con chacales y buitres, con nuestras hachas y nuestras bien dirigidas piedras y nuestras varas aguzadas, aunque a veces teníamos que luchar encarnizadamente. Nuestras mejores comidas las conseguíamos a veces observando a los buitres y corriendo hacia el lugar donde descendían; aunque el ser un carroñero implica el inconveniente de que tienes que andar cerca del cazador, y precisamente cuando tiene hambre. Esto comporta el riesgo de que puedes servirle tú mismo de almuerzo.

Era un grave riesgo. El chacal y la hiena pueden correr, el buitre volar, pero tú, pobre simio recién bajado de los árboles, caminas torpemente en la llanura. Había muchos a quienes no atraía en absoluto esta vida peligrosa y que se limitaban a la caza menor, aunque pudiese resultar repugnante, y a la pequeña y aburrida sociedad que este tipo de alimentación podía sustentar. Los mejor alimentados, más grandes y más emprendedores, eran sin duda los que seguían a los grandes felinos (el león, el dientes de sable, el leopardo, la pantera, el lince y el resto de la tribu) y comían cuando los otros dejaban la mesa. Era un trabajo peligroso, pero los que preferían sus compensaciones afirmaban siempre que los felinos comerían de todos modos carne de primate, aunque sólo fuese por variar su dieta; manteniéndose cerca de ellos uno no incrementaba notablemente el riesgo de que le cazasen sino que, por el contrario, aprendía mucho de sus hábitos y eso le permitía eludirlos en el momento de peligro. Luego, cuando uno tenía que correr para librarse, se encontraba además bien nutrido y bien entrenado. El asunto era saber cuándo un león estaba hambriento y cuándo no lo estaba; las víctimas se podían reducir a la mitad sólo con tener adecuadamente en cuenta este punto. He oído objetar que cazar con el león es lo que dio al león su gusto por nuestra carne; pero aquellos primeros cazadores lo negaban ardientemente, como también la insinuación de que eran meros parásitos de los carnívoros superiores. Hay que aceptar, opino yo, que, después de todo, aprendieron mucho sobre los animales de presa, y que todos esos conocimientos serán permanentemente útiles a la Humanidad.

Desde luego, podíamos aprovecharnos algo de los carnívoros, pero no podíamos competir con ellos. No podíamos oponernos a ellos. Ellos eran los señores de la creación, y su voluntad era ley. Mantenían nuestro número constantemente bajo y poco podíamos hacer al respecto, salvo volver a los árboles y renunciar a todo. Como Padre estaba absolutamente convencido de que seguíamos el camino justo, ni siquiera se discutía la cuestión, salvo por individuos como Tío Vanya. Padre estaba tranquilamente seguro de que surgiría algo que restaurase nuestra suerte; habíamos confiado plenamente en la inteligencia, en la posesión de un gran cerebro y un gran cráneo para sustentarlo, y debíamos aferrarnos a esto y seguir esta vía por todos los medios posibles.

Entre tanto, debíamos disponer de un par de piernas lo mejores posible. "No hay ninguna razón terrena", oí decir más de una vez a Padre, "por la que un hombre-mono no pueda recorrer cien metros en diez segundos, saltar un matorral de espinos de dos metros de altura, o, utilizando una vara, superar otro de tres metros; con un salto aceptable y bíceps suficientes para poder lanzarse de rama a rama, uno puede librarse del peligro noventa veces de cada cien". Le vi demostrarlo personalmente.

Todo esto estaba muy bien, pero no resolvía el principal problema ni eliminaba toda la serie de pequeños inconvenientes que son inevitables cuando la tribu felina es la clase dirigente. Uno de ellos indudablemente el albergue. Toda mujer-mono quiere un lugar decente donde criar a sus hijos, una auténtica casa, acogedora, cálida y, sobre todo, seca; creo que nadie negará que esto significa una cueva. Ningún otro lugar resuelve realmente el problema de la

prolongación de la infancia, la firme ampliación del proceso educativo tras la etapa primaria, que es la característica más sobresaliente de nuestra especie. La unión de dos ramas de un árbol es un lugar relativamente seguro, pero uno tiene que dormir atravesado o medio colgando, y todo el que lo ha hecho (y pocos de nosotros, incluso en estos días ilustrados, no lo han hecho) saben lo sumamente incómodo que resulta. Hasta los chimpancés caen a veces si tienen una pesadilla (esa horrible sensación de caída que, cuando despiertas, descubres que es absolutamente cierta). Para una mujer es peor porque tiene que sostener a uno o más niños al tiempo. Esto se hizo progresivamente imposible a medida que las mujeres dejaron de tener pelo en el pecho y que los niños perdieron sus reacciones prensiles congénitas a una edad cada vez más temprana.

Por supuesto, uno puede hacer un nido en el suelo. La fabricación de nidos es un instinto muy extendido; aunque no lo fuese, se podría aprender de las aves. En un par de horas se puede construir un nido muy aceptable con cualquier material adecuado, como bambú u hojas de palma; y también se puede construir una impresionante residencia a base de ramas en una semana si se piensa permanecer un tiempo prolongado en un lugar. En un nido de este tipo uno puede estirar perfectamente sus extremidades durante la noche. Pero no protege contra una tormenta fuerte ni contra un leopardo. Por mucho cuidado que uno ponga en colocar las hojas, por muy hábilmente que lo oculte entre las ramas, cuando llegan las dificultades acabas por coger reumatismo y por perder a las crías.

Hasta la mujer-mono desea una cueva, aunque sea muy pequeña, con un techo encima, sólida roca atrás y una entrada estrecha, en la que poder encontrarse a cubierto con sus cachorros con cierta posibilidad de éxito. Puede luego tapiar la entrada con un árbol atravesado, y puede disponer incluso de un saliente elevado dentro, donde pueda colocar al bebé o utilizar como despensa. Pero, claro está, los animales saben todo esto tan bien como nosotros, tanto los osos como los leones o los dientes de sable, y nunca hay cuevas bastantes para esconderse. Hay pocas que no puedan llenarse una y otra vez por familias sin hogar de cualquier género. Pero nadie las compartirá, salvo quizás la serpiente. Nos encontrábamos con que, si uno de los grandes felinos ocupaba la cueva, no tenías más remedio que dejarle seguir en ella; y si tú tenías la cueva y él la quería, no tenías más remedio que empaquetar tus cosas y largarte. Pero esto no impedía a las mujeres quejarse constantemente.

Ni mucho menos. Seguían y seguían quejándose sin cesar. La mitad de su conversación giraba alrededor de este tema: encantadoras cuevecitas que habían tenido... hasta que sus maridos permitieron que un bestial oso las arrojara de allí; cuevas secas, espaciosas, maravillosas en el distrito inmediato que podían ocupar, si alguien tuviese realmente en cuenta el punto de vista de la mujer, simplemente haciendo desplazarse a una pequeña camada de leones unos kilómetros más allá (donde había además muchas más cuevas); cuevas perfectas que se podían localizar, sin leones, si uno buscase un poco en vez de dedicarse a elaborar excusas hablando de la necesidad de estar todo el día puliendo trozos de pedernal; y la cueva destartada y ruinoso e inútil que estaban ocupando... que en realidad ni siquiera merecía el nombre de cueva, que era un simple agujero rocoso, una simple escarpadura con un ligero techo, por el que se filtraba la lluvia, y no había más que oír la tos espantosa de los niños para convencerse de ello.

Es bastante cierto que solía haber frío y humedad además de hambre durante la noche, y también miedo, cuando la oscuridad se llenaba de los gruñidos de los leones persiguiendo a sus presas, o de los aullidos de las manadas de perros olfateando. Uno podía oír al enemigo acercarse cada vez más, y el grupo se acuclillaba y se agrupaba encogido en su miserable pedazo de roca (en cuyo suelo, por supuesto, siempre surgía un helado arroyuelo inexplicablemente), las mujeres con los niños en brazos, los hombres sujetando sus hachas o sus varas aguzadas, incluso los muchachos apretando una piedra en la mano dispuestos a arrojarla. La caza cada vez más próxima; luego se oía el gemido de algún corzo atrapado, y

entonces sabías que no era todavía tu turno. Luego una hora o dos de inquietos sueños y la caza comenzaba otra vez. Brillantes ojos contemplando feroces la pequeña horda desde la oscura línea de la selva; brillaban y se alejaban o se acercaban más a las débiles y temblorosas varas aguzadas que defendían nuestra guarida y nos proporcionaban quizás un segundo o dos extra en el que arrojar la piedra o lanzar la vara. Luego caía sobre nosotros como un gran proyectil el inmenso cuerpo, ojos relampagueando, quijadas abiertas, rugido ascendiendo hasta un crescendo de triunfo; y nosotros nos alzábamos con nuestro grito de desafío y luego se producía una gran confusión de varas enarboladas, piedras lanzadas, quijadas mordiendo y garras como cuchillas rasgando el aire y destrozando muslos desnudos y vientres indefensos. Y luego el invasor se iba, dejándonos abatidos y sangrantes... y siempre desaparecía también algún pequeño.

¡Este era el resultado del enfrentamiento entre la inteligencia y los firmes músculos y las garras retráctiles! A veces ganábamos incluso frente a un ataque frontal directo. A veces nos refugiábamos en un saliente que quedaba fuera del alcance del enemigo (y era proporcionalmente incómodo) y mejorábamos nuestro vocabulario de insultos frente a la colérica mirada del frustrado atacante. A veces una piedra bien dirigida hacia alejarse al gran matasiete con la cabeza maltrecha. En una ocasión, no se me olvida, matamos, y comimos inmediatamente, a un dientes de sable; había perdido sus colmillos en un enfrentamiento con algún otro animal y debió de pensar que nosotros éramos comida fácil. Pero de lo que más me acuerdo es de las largas noches de espera en posiciones descubiertas, pobremente fortificadas; de los crecientes ruidos del enemigo, de los ojos relampagueantes, del ataque.

Y uno no podía hacer sino esperar y escuchar, la boca seca, el estómago vacío, la cabeza palpitando, las rodillas flexionadas para la acción. Largas noches insomnes en las peores estaciones, cuando parecía que manadas de carnívoros se proponían cazarnos en turno. Los hombres desfallecidos, muertos directamente o como resultado de las heridas; simples muchachos aguantando en la primera línea. Y seguían llegando. Y luego, una noche, tampoco Padre estaba allí. Aquella mañana había contemplado la carnicería, resultado de la batalla de la noche, pálido, agotado, abatido por el pesar. Luego había dado la vuelta y se había internado en el bosque, diciendo tan solo: "Volveré esta noche. Tengo algo importante que hacer". Madre lanzó un profundo suspiro y continuó vendando con hojas y con pieles de serpiente secas, que guardaba para tales emergencias, una horrible herida en el hombro de mi hermano. Había perdido a Pepita, mi hermana más pequeña, aquella noche. Pero cuando cayó de nuevo la oscuridad, Padre aún no había vuelto. Al anoecer él supervisaba siempre la reconstrucción y el fortalecimiento de la empalizada, procurando que todos tuviesen algo que comer, aunque solo fuesen raíces y bayas, e inspeccionaba las hachas y aguzaba las varas. Sabíamos lo que significaba su ausencia (un enfrentamiento con un mamut, un pie posado imprudentemente sobre un cocodrilo) y nos dispusimos a hacer lo que él había hecho siempre. Al final, una pálida luna comenzó a dibujarse entre las estrellas y nos dimos cuenta de que las cosas iban a ponerse mal de nuevo.

Pronto llegaron, pronto empezamos a ver brillar sus ojos ardientes; rondaban incansables frente a nosotros; y decían a la luna que tenían hambre y debían comer; y cazaban; y volvían a nosotros de nuevo. Vi que se aproximaba desde muy lejos una bestia desconocida de un solo ojo; medio dormido vi aquel animal dentro de mi cabeza, como una gran lagartija con un volcán ardiendo en la frente que avanzaba implacablemente hacia nosotros, un inmenso leviatán de plateada armadura que nos tragaría del modo más amistoso, poniendo fin a aquella tensión insoportable. Así venía, aplastando en el suelo a otras criaturas más pequeñas, cada vez más cerca, mayor, y más brillante, decidido a llegar a nosotros antes de que los leones y los leopardos seleccionasen los bocados más escogidos, o los lobos irrumpiesen vesánicos e irresistibles. Y en el momento en que todos los dientes de la selva parecían converger sobre nuestra empalizada, súbitamente, la extraña bestia brotó, pequeña y ágil y morena y bípeda,

entre nuestra niebla, y taladró un rojo agujero en el negror de la noche. Y era Padre, con el brazo en alto, y en su mano, cautivo en una rama, llameando y humeando amenazador haciendo retroceder a la jungla más allá del salto de un león, estaba el fuego.

A la mañana siguiente, Padre nos condujo, una pequeña y atribulada procesión, desde aquel saliente salpicado de sangre a la mejor cueva del distrito. Tenía un magnífico pórtico arqueado, de unos cinco metros de anchura y siete de altura, protegido por un saliente rocoso graciosamente moldeado por el tiempo del que colgaban, proporcionando una especie de cortinajes, brotes de buganvillas. En la parte frontal, una amplia y suave plataforma de roca servía al mismo tiempo como hogar y lugar de reunión, con un agradable aspecto seco y soleado; estaba flanqueado por un bosque de cedro a través del cual corría un suministro constante de agua fresca, adecuada para beber, bañarse y servir de sumidero. Dentro, la cueva era cómoda: la sala central tenía unos doce metros de profundidad, y techo abovedado. A ambos lados se abrían una serie de cuevas internas y alcobas. Al fondo, un estrecho túnel conducía a las entrañas mismas del cerro. Padre y Madre contemplaron aquellas modernas comunidades con la más profunda satisfacción.

—Al menos las chicas tendrán un poco de intimidad—dijo Madre.

—Bóvedas—dijo Padre, atisbando en el túnel—. Hay posibilidad de ampliación. Debe de haber murciélagos, por supuesto; pero pronto nos libraremos de ellos. Oloroso, pero perfectamente nutritivo. Un santuario interno, una... una bodega para vino algún día, ¿quién sabe?

—Y espacio suficiente en la parte delantera para cocinar—dijo Madre.

—Sí, querida—aceptó Padre—, creo que nos irá muy bien.

La cueva había sido durante mucho tiempo hogar de una gran familia de osos, que nos miraron totalmente asombrados cuando avanzamos hacia ellos dispuestos a expulsarlos. Apenas podían creer lo que veían. Debía parecerles como si les estuviesen sirviendo en bandeja el almuerzo. Pero de pronto Padre comenzó a lanzar contra ellos teas encendidas. Con gritos de rabia y de asombro se lanzaron hacia nosotros tambaleándose, llenando el aire con el olor de la piel quemada. Su jefe, al que conocíamos muy bien como el mayor matasiete del contorno se lanzó hacia nosotros ferozmente; pero se encontró, sin embargo, con que ya no éramos una presa fácil cuando nos agrupamos dispuestos a resistir su carga, con un hacha en una mano y una llameante tea en la otra. El humo brotaba amenazador de nuestra línea de combate, y el oso se detuvo de pronto sobrecogido. Sus seguidores vieron asombrados cómo su paladín vacilaba y gruñía en vez de avanzar hacia nosotros. Luego otro ardiente proyectil, que dejó tras sí un rastro circular de humo, brotó de nuestra pequeña falange y fue a dar exactamente en su entrecejo, incendiando por un breve instante sus peludas cejas. Esto fue decisivo. Con lágrimas de dolor y humillación, retrocedió y los suyos retrocedieron con él.

—¡Hemos ganado!—gritamos, exaltados de alegría aunque incrédulos—. ¡Hemos ganado!

—Claro que hemos ganado —dijo Padre—. Y aprended la lección de que la naturaleza no está necesariamente a favor de los grandes luchadores. La naturaleza está de parte de las especies de tendencia tecnológica, que dominan tecnológicamente a las otras. Y esa especie somos nosotros... de momento. —Nos miró con un gesto de prevención—. Dije de momento. No permitáis que el éxito se os suba a la cabeza. Aún tenemos mucho camino que recorrer... mucho. Pero ahora tomemos formalmente posesión de esta magnífica residencia.

Así que la ocupamos, y la encontramos inmensamente mejor que nuestros albergues anteriores. Los osos volvieron varias veces, sobre todo cuando pensaban que Padre se encontraba fuera cazando, pero se encontraron siempre con una brillante hoguera que les daba la bienvenida a la entrada de la cueva, y se lo pensaron mejor y se fueron. Los leones y los otros felinos vinieron también a observar, y luego, tras examinar el fuego a distancia, procuraron fingir que tenían una residencia mejor y se alejaron con el gesto más digno de que fueron capaces entre nuestras risas despectivas.

—Un día de éstos—dijo Padre—nos pedirán que les dejemos acercarse para calentarse en nuestra hoguera.

—Y les diremos: "Seguid vuestro camino, miserables!"—dijo mi hermano Oswald.

—Puede—dijo Padre pensativo—. O quizás... lleguemos a un acuerdo con ellos.

—A mí me gustaría tener un gatito propio—dijo mi hermano más pequeño, William.

—No les metáis en la cabeza a los niños ideas tontas—dijo Madre.

Por entonces éramos una horda pequeña, diezmada por los ataques que habíamos sufrido antes de que Padre trajese el fuego de la montaña.

Supongo que debíamos de ser más o menos una docena cuando empezamos juntos aquella nueva vida. Estaba Madre, jefe de las mujeres. Pero teníamos también cinco tías. Tía Mildred era una mujer gorda y estúpida que no sabía ni tirar una piedra; en realidad pertenecía a Tío Vanya, pero él se había deshecho de ella al descubrir que no era capaz de subirse a un árbol. Tenía una razón muy particular para que le gustase el fuego, porque el fuego traía de vez en cuando a Tío Vanya entre nosotros y ella podía ufanarse así de que aún eran pareja. Tía Angela era bastante agradable, y estaba emparejada con otro de los hermanos de Padre, Tío íam, del que oíamos hablar mucho cuando éramos pequeños, pero al que nunca veíamos porque siempre estaba viajando por el extranjero. Como no podía enviarnos ni una postal para decirnos si estaba vivo, y no se le veía desde hacía años, Madre y las otras tías creían que había muerto; pero Tía Angela estaba segura de que volvería. "El muchachito volverá pronto" decía si le oía nombrar en una conversación. 'El es mi muchachito, un terrible vagabundo quizás, pero yo estaría con él, y él estaría encantado de que estuviese si no fuese por mi pobre corazón'. Tía Angela padecía de palpitaciones.

Pero ella tenía a alguien en quien pensar, que era más de lo que tenían Tía Aggie, Tía Nellie y Tía Pan. Al marido de Tía Aggie lo había matado un león. A Tía Nellie la había dejado viuda un rinoceronte lanudo, y a Tía Pam una boa constrictor. "El intentó comérsela", se quejaba Tía Pam. "Aunque yo le dije que no le sentaría bien. Pero, nunca me hacía caso. ¡Dijo que era como comerse una serpiente normal! Bueno, por lo menos la cortará me dije. Pero no, cómo iba a hacer él eso. Y sólo porque yo le dije que lo hiciera, claro. Dijo que ella nunca cortaba las cosas que comía, así que ¿por qué había de hacerlo él? Se creía que todo lo que el bicho pudiese hacer podía hacerlo él. Pero claro, no pudo. ¡No pudo comerse ni siquiera la mitad! Y cuando aquel terco estúpido hubo de admitir que yo tenía razón, como siempre, era ya demasiado tarde. Que eso sea

una lección para vosotros". Siempre contaba esta historia a los niños que se atragantaban por intentar tragar algo sin apenas masticarlo. Pero otras veces salpicaba sus acres comentarios de lágrimas; su larga nariz se ponía roja como una fresa y su cuerpo anguloso se estremecía en un calvario de remordimientos. "Podría haberla cortado después de medio metro", gemía. "Y entonces no se habría muerto él. No lo hice porque quería que le sirviese de lección. Le dejé ir demasiado allá, se excedió en varios palmos. Oh, Monty, Monty, ¿Por qué me provocaste así?"

Se convertía entonces en una figura trágica, y Tía Aggie y Tía Nellie se sentaban y hablaban con ella intentando consolarla; la cosa acababa con que las tres se ponían a llorar por los maridos que habían perdido. "Ay, qué muchacho tan guapo y tan listo tenía yo", gemía Tía Aggie. "El león te llevó, Patrick, ¡Maldito sea el viejo Cromwell!" .

Las mujeres dicen a veces todas las tonterías que les vienen a la cabeza. "Un rinoceronte lanudo además", gemía Tía Nellie. "Esa bestia odiosa y repugnante, ¿qué tenía que hacer aquí en Africa? ¿Por qué no se habría quedado en la Riviera, donde el hielo? ¡Por supuesto que perdió el control, al venir aquí con ese ridículo exceso de abrigo!"

No puedo recordar a todos los niños de la familia; a algunos los devoraron los lobos antes de que creciesen. El que estaba más próximo a mí era mi hermano Oswald, que pronto mostró su notable genio como cazador y trampero y también como pescador. Siendo muy niño, se pasaba horas a la orilla de un río observando a los peces e intentando cogerlos, tal como veía

hacer a los pájaros. Al final consiguió coger uno grande e intentó comerlo; y casi murió de la muerte de Tío Monty. Tardamos mucho tiempo en descubrir un medio realmente satisfactorio de comer pescado.

—Pero deberíamos ser capaces de comerlos—decía él obstinadamente—; he visto a un leopardo comerse uno.

—¡Tú no tienes por qué andar observando a los leopardos a tu edad! —gritó Madre—. ¡Cómo te atreves a hacer una cosa así, niño desobediente! Venga vete a tallar pedernales.

Oswald obedeció sombrero; a diferencia de Wilbur, tenía un talento natural desde muy pequeño para tallar pedernales.

—Muy bien, hijo mío—decía Padre cuando Wilbur tallaba una piedra con una precisión asombrosa para un niño de su edad. Pero, aunque muy hábil con el pedernal y el cuerno, tenía escasa iniciativa, y nos seguía a Oswald y a mí en la mayoría de las cosas. Hacía de ayudante nuestro, llevándonos las varas aguzadas cuando íbamos de caza, afilando nuestros pedernales, transportando a casa lo que matábamos; él hacía la mayor parte de las tareas para capturar las piezas pequeñas, y era el que solía robar de los avisperos la miel para todos nosotros.

También nuestro hermanastro Alexander ayudaba en estas tareas; pero aunque era bastante voluntarioso no podíamos confiar en él, pues raras veces terminaba los trabajos si no le vigilabas y le gritabas cuando los abandonaba. No es que le faltase perspicacia o persistencia; simplemente se quedaba embobado ante cualquier cosa que veía, sobre todo tratándose de animales. Se quedaba como en trance y tenías que darle con una piedra en la cabeza para despertarle. Ni él mismo podía explicarlo. Su observación de los animales era extraordinariamente aguda, pero constituía algo sin un claro objetivo, algo que no se relacionaba con las técnicas de caza, como en el caso de Oswald; y observaba con el mismo placer a los pájaros, la mayor parte de los cuales son,

claro está, totalmente inútiles salvo para indicarte la presencia de la caza mayor. Alexander podía ayudarnos a veces en las expediciones cinegéticas por el mismo motivo. Lo malo era que sentía el mismo interés por un papamoscas que por un avestruz o un antílope.

—Hay algo en ese muchacho, estoy seguro —oí que comentaba Padre a Madre un día, después de que Alexander les explicó que la hembra del rinoceronte siempre camina exactamente detrás del macho—, pero no tengo ni idea de lo que es.—A veces llamaba a Alexander "nuestro joven naturalista".

También tenía yo un hermano mucho más pequeño, William, pero éramos Oswald, Wilbur, Alexander y yo quienes formábamos el grupo que ayudaba a Padre en sus cacerías.

De las chicas, mi hermana Elsie era la que sentía más próxima a mí; habíamos decidido emparejarnos cuando creciéramos. Ella era alta y esbelta como una gacela joven, y sabía correr y saltar y tirar igual que un chico. Madre le asignaba la mayoría de las tareas de la cueva, y a medida que nos hacíamos mayores fue dejando progresivamente de salir en las expediciones de caza. Nunca pude entender por qué Madre encontraba siempre algo urgente para que hiciese ella en casa en el momento mismo en que debíamos salir. Había una expresión anhelante en sus grandes ojos castaños cuando me decía: "Tengo que quedarme para cuidar el fuego y atender a los niños, Ernest, pero tráeme algo ¿lo harás?" Yo siempre lo hacía. Le guardaba los ojos de las piezas, cuando me correspondían; o un hueso con tuétano, o una hoja llena de miel o de pulpa de termitas.

"Gracias, gracias, querido Ernest", me decía mientras lo depositaba en su roja y voluptuosa boca. "Sabía que no te olvidarías de mí", y luego me rodeaba con sus brazos alegremente, y yo consideraba que merecía la pena privarme del placer que le proporcionaba a Elsie. No hubiese sido capaz de hacerlo por nadie más.

Teníamos otras tres hermanas: Ann, Doreen y Alice; Teníamos acordado entre nosotros, los muchachos, que cuando fuésemos mayores, Oswald se uniría a Ann (era una chica fuerte, muy capaz para transportar la caza hasta casa), Alexander a Dorren (que era maternal y le quería

mucho), y Wilbur a Alice. Las cosas iban a ser así de sencillas. El fuego nos daba luz después de ponerse el sol, y aprendimos el infinito lujo de relajarnos alrededor de él al anochecer, mascando nuestra comida, sorbiendo el tuétano de los huesos y contando historias. Estas, al principio, procedían casi exclusivamente de Padre; y la mejor de todas era la de cómo había conseguido traer el fuego salvaje. La recuerdo palabra por palabra.

—Todos recordáis—decía Padre, sentándose cómodamente con una vara para aguzar, pues casi nunca estaba ocioso—. Todos recordáis lo mal que nos iban las cosas en aquella época. Nos estaban cazando y acosando hasta la extinción. Perdisteis tíos, tías, hermanos y hermanas en aquella carnicería. Los carnívoros se habían volcado en nosotros debido a la escasez de ungulados en la región. No sé exactamente a qué se debió esto. Quizás fuese una serie de períodos de sequía que redujeron sus pastos. Quizás a una enfermedad que los diezmase. Lo cierto es que en cuanto los felinos empezaron a comernos en cantidades apreciables, adquirieron rápidamente la costumbre y el gusto de hacerlo, y por supuesto les resultábamos presas más fáciles de capturar.

»Debéis preguntaros sin duda por qué no decidí conducirlos a zonas más seguras. Por supuesto, pensé muchas veces en ello. Pero, ¿adónde íbamos a ir? ¿Hacía el norte, internándonos más en las llanuras, donde los carnívoros podían seguirnos y diezmarnos en el viaje? ¿Volver al bosque, donde incluso ahora a Tío Vanya le resulta cada vez más difícil alimentarse? No podía admitir sacrificar los esfuerzos de centenares de miles de años de evolución y la cultura de la Edad de Piedra y empezar otra vez como monos arborícolas. Mi viejo padre se habría levantado del cocodrilo que le sirvió de tumba, si yo hubiese traicionado todo lo que él defendió. Teníamos que quedarnos, pero teníamos que utilizar la cabeza. Debíamos hallar algún medio de impedir que los leones siguieran devorándonos, un medio definitivo. ¿Cuál podía ser? Al final descubrí que ésta era la cuestión clave. He ahí la maravilla del pensamiento lógico; te permite eliminar sistemáticamente las alternativas hasta dejar sólo la cuestión básica que debes resolver.

Padre sacó una vara chamuscada del fuego e inspeccionó pensativo su humeante punta.

—Yo sabía, como sabemos todos, que los animales temen el fuego. También nosotros lo tememos, pues somos animales como los demás. Lo hemos visto de vez en cuando burbujear y hervir ladera abajo en las montañas, incendiando bosques; y todas las especies huyen de él entonces, aterradas. Y nosotros también, tan deprisa como puede huir el ciervo; y el peligro hace hermanos a leones y hombres-mono. Hemos visto también estallar toda una montaña en humo y llamas y a todos los animales huir aterrados. No ocurre a menudo, pero sabemos lo que pasa cuando ocurre. No hay dolor como la quemadura; ni muerte como la de morir quemado. O eso parece. Siendo así, mi problema era lograr el efecto de un volcán sin perecer yo mismo. Lo que quería era un pequeño volcán portátil. La idea general me asaltó con vívida claridad una noche en que estaba de vigilancia en las barricadas. Pero la idea general (la solución teórica) es una cosa, y la aplicación eficaz otra muy distinta. Las ideas teóricas no permiten expulsar a los osos de las cuevas. Yo estaba extasiado ante la maravilla de mi teoría, pero comprendía que si no hacía algo más que complacerme ante su maravilla, acabaría infaliblemente devorado con el resto de mi familia.

»¿Cómo trabaja el fuego? Mi segunda idea decisiva, que me asaltó poco tiempo después, fue que debía subir a un volcán a observar. Evidentemente era el camino más adecuado, y me maldije por no haberlo pensado antes, os lo aseguro. Sobre todo debía hacerlo entonces, en mitad de una emergencia. Pero no había duda de que mi única esperanza de encontrar el tipo de fuego limitado, tamaño familiar, que deseaba, era subir a un volcán e intentar traer un poco de algún modo. No podía buscarlo en ningún otro sitio, ni tenía tiempo para pensar más. Decidí arriesgarlo todo en un último intento.

»Así que me fui al Ruwenzori. Me orienté por las llamas que salían de la cima y, bordeando los glaciares por un lado, ascendí sin detenerme. La montaña está rodeada de un

cinturón de espeso bosque, formado principalmente por alcanfores y euforbios, lo crucé lo más deprisa que pude, en parte por el suelo y en parte de rama en rama. Al principio veía animales (jabalíes verrugosos, monos, varios felinos, etc.) y bandadas de aves; pero gradualmente, a medida que desaparecían los árboles, fui encontrándome cada vez más solo. Podía oír el rumor de rugidos subterráneos, que me recordaban los del león. Al final me vi ante una zona de sabana, con rocas ennegrecidas, manchas de hierba y raquíuticos árboles; hacía un frío mortal, y había incluso manchas de nieve. El aire se hacía más sutil y me costaba trabajo respirar. Estaba ya completamente solo, salvo por un tetrornis que volaba muy alto haciendo círculos sobre las copas de los árboles que habían quedado atrás y que a lo lejos no parecía más grande que un águila. Un viento helado azotaba la tierra y me temblaban los hombros de frío, pero bajo mis pies notaba a menudo las rocas dolorosamente calientes. Comencé a preguntarme por qué había ido allí; no veía ya más que roca desnuda y lava solidificada, y más arriba, bajo un palio de negro humo, los labios mellados del cráter. Entonces, súbitamente, comprendí lo aventurado de mi empresa: iba a buscar un instrumento capaz de chamuscar las narices de un león en un lugar donde las rocas ardían como si fuesen modera seca. Mi corazón estuvo a punto de desfallecer; sentí un vigoroso impulso que me movía a dar la vuelta y a escapar de allí; pero comprendí que volver con las manos vacías era tan inútil como no volver; y el puro interés del escenario me hizo continuar.

»Mi persistencia se vio súbitamente recompensada. Descubrí que no podía, como en principio me había propuesto, escalar hasta el borde mismo del cráter; las rocas aun ascendían unos mil metros o más por encima de mí. No tenía más elección que abrirme camino en espiral alrededor del cráter, pero cuando salí al otro lado de la montaña vi algo que renovó todas mis esperanzas. Vi que no sería necesario subir hasta la cima misma, lo cual podía haberme costado días, si sobrevivía a la noche en un lugar sin protección como aquél. Lo que vi fue que surgían humo y vapor muy abajo, por aquella ladera de la montaña, solo un poco más arriba de donde yo estaba entonces. Había, pues, fuego disponible mucho más abajo, y suficientemente lejos de los peligros del propio cráter, resplandeciendo y burbujeando con miles de grados centígrados. En consecuencia, crucé oblicuamente la ladera hacia el humo. Allí, después de no pocos trabajos, descubrí algo más providencial. El líquido del interior de la montaña brotaba y descendía lentamente por el flanco rocoso de ésta. Era como si la montaña hubiese sido rasgada por un enemigo, y sus rojas entrañas arrancadas; o quizás como si la montaña hubiese tenido una especie de cólico y estuviese vomitando. Esto, según creo, me aproximó más a la comprensión de cómo había sido hecho el mundo mismo, pero por desgracia, no tuve tiempo de hacer más que precipitadas observaciones. Lo que me interesaba de forma inmediata era que cuando aquel vómito ardiente tocaba un árbol que se interponía en su camino, el árbol se encendía en llamas al instante.

»Allí, entonces, estaba lo que yo quería: una conexión entre el fuego básico de la tierra y el fuego portátil que buscaba yo. Mientras observaba, comprendí el secreto del asunto: pues cuando un árbol se incendiaba, todo árbol que le tocara se incendiaba también. Este era el principio de la transmisión del fuego, demostrado en la naturaleza. Si uno toca el fuego con algo que a este le guste comer, ese algo se incendia inmediatamente. Esto resulta evidente ahora, pero tened en cuenta que yo estaba viéndolo por primera vez.

La vara de Padre había dejado de humear y él comenzó a raspar con aire ausente la punta ennegrecida con un trozo de pedernal.

—El volcán era el fuego padre; los árboles eran hijos e hijas, pero podían convertirse también en padre del fuego a su vez si tocaban otro árbol combustible. La simple aplicación del principio me sugirió inmediatamente una solución. Lo único que tenía que hacer era coger una rama caída, acercarla a uno de los árboles en llamas, y marchar con

ella. Lo intenté inmediatamente; resultaba difícil, pues la pared de lava emitía un calor tremendo y hube de acercarme a cuarenta metros de ella; ¡pero resultó! ¡Mi rama ardía! Tenía

fuego en mis manos. Lancé un grito de alegría mientras me alejaba con la rama de los árboles en llamas, alzándola en el aire, y veía aquel pequeño volcán ardiendo y humeando sobre mi cabeza. Con aquella terrible antorcha en mi mano cabía que podía asustar y hacer huir a un león. No me detuve ni un instante, salí corriendo hacia casa. Hasta que no recorrí un kilómetro no me di cuenta de que mi rama llameante había dejado de llamear y no era más que un tronco ennegrecido y caliente que me quemaba la mano.

"Así que tuve que volver para hacer unos pequeños experimentos. Un fuego pequeño, comprobé, devoraba muy pronto su comida; había que darle más porque si no moría. Para transportarlo me di cuenta de que tendría que establecer una especie de sistema de relevos. Encendía primero una rama y luego, cuando la tuviese casi consumida, encendía otra del árbol más próximo y así sucesivamente. Todo muy simple y lógico, visto desde aquí... pero no lo era tanto entonces. Este plan funcionó admirablemente, si bien descubrí que algunos árboles no ardían tan bien como otros. Pero teniendo cuidado, conseguí llegar hasta aquí perfectamente, con la rama seiscientos diecinueve de la serie, con la que conseguí ahuyentar a los leones y encender un fuego nuestro dentro de la empalizada; el mismo fuego que trajimos aquí, y que no ha vuelto a apagarse desde entonces. Pero aunque se apagase sería muy fácil...

Padre se detuvo de pronto, mirando con la boca abierta la vara que tenía en la mano.

—¡Tiene gracia! —balbució—. Mientras hablaba con vosotros, sin pensarlo siquiera, he hecho un invento importantísimo: la vara de máximo rendimiento con la punta endurecida al fuego!

Siempre andábamos buscando un trozo de madera recto y firme para convertirlo en una buena vara con nuestros rascadores de pedernal, para abatir fácilmente la caza menor, pero el problema era siempre la punta. Hasta para matar a un animal pequeño teníamos que acercarnos mucho, porque desde lejos la punta tenía escaso poder de penetración. Pero resulta difícil acercarse a cinco metros de un animal, y perdíamos muchas piezas por ese motivo. Nuestras varas simplemente rebotaban en la armadura de los animales grandes, y acercarse mucho a la mayoría de ellos resultaba peligroso. El mejor sistema era atacar en bandada, y luego seguir a los animales hasta que se encontraban demasiado agotados para luchar; pero a veces no hacías más que seguirlos hasta que los liquidaba un leopardo o un león.

Las nuevas varas endurecidas al fuego alteraron significativamente la situación. Resultaban mortales para las cebras, por ejemplo, a doce metros. Y practicábamos regularmente con blancos a quince metros. Yo podía acertar a la cuenca ocular de un cráneo de cebra a catorce metros. Oswald a quince, e incluso a más si la vara era buena. Practicábamos, desde luego, con varas sin punta, porque para endurecer las puntas para cazar teníamos que volver al fuego. Después de que la lanzabas unas cuantas veces la punta quedaba roma. Esto limitaba la ventaja de la nueva arma, sin duda, pero su introducción general significó un gran incremento de nuestro suministro de comida. Ya no pasábamos tan a menudo hambre ni frío.

Empezamos a cazar caballos y cebras como algo normal, y también impalas, venados, kongonis, oryx y ovejas, siempre que se nos presentaba la oportunidad, por supuesto. Los ensartábamos en las hierbas altas que cubrían las llanuras, corriendo agachados pero irguiéndonos para localizar a nuestra presa. Aunque los rebaños tenían centinelas que debían avisarles, esta habilidad de correr agachado y erguirse luego o subir a los árboles para buscar la posición más favorable, nos ayudaba mucho. Sólo la jirafa podía mirar por encima de las altas hierbas mejor que nosotros, y normalmente nos localizaba; y luego su gran velocidad las alejaba de nosotros enseguida. No conseguíamos cazar muchas, pero teníamos más suerte con los chalicoteriums, cuyos cuellos eran algo más cortos; pero eran más peligrosos que las jirafas cuando se veían acorralados o heridos, pues podían hacerte tremendas heridas con sus astas. Las nuevas varas permitían también matar búfalos, pero estos animales eran demasiado peligrosos, y al principio muchos perdieron la vida clavándoles varas no lo bastante

profundamente. Nadie corre más deprisa que un búfalo, aunque el animal lleve una vara clavada en el lomo.

En el bosque habíamos cazado siempre cerdos, jabalíes verrugosos, monos y cosas parecidas; pero ahora podíamos atacar también al jabalí gigante. Probamos nuestras nuevas varas con cocodrilos e hipopótamos en los ríos. Pero nos proporcionaban poca seguridad adicional en aquellos lugares peligrosos donde, lo mismo que el resto de los animales, teníamos que arriesgar a menudo nuestras vidas por un trago de agua.

Como los cocodrilos, tendíamos emboscadas a los animales que bajaban a beber a los ríos y estanques. Observando el terror de un animal acorralado, que se lanzaba entre los espinos o se hundía en las ciénagas de papiros, se nos ocurrió la idea de tender trampas. Padre se interesó especialmente en eso, pero nosotros no nos entusiasmos gran cosa con la idea, pues recayó sobre nuestras espaldas la tarea de cavar los pozos en los que habían de caer los animales. Cavar un agujero de tres metros de profundidad y cuatro de anchura, significa mover casi cincuenta metros cúbicos de tierra, lo que no resulta precisamente divertido cuando sólo se dispone de una vara endurecida al fuego para cavar y un omoplato de caballo y las manos desnudas. Pero Padre insistía. Lo que le gustaba de las trampas, según decía, era su carácter automático. "Sé que es un trabajo duro", admitía, pero la idea es magnífica. Lo único que tenemos que hacer es idear un equipo de movimiento de tierras más eficiente". Pero nunca lo hicimos, y fue un alivio para nosotros el que más tarde se le ocurriera la idea de suspender una vara aguzada, con la punta hacia abajo entre dos árboles, sostenida por una cuerda de enredadera, de

tal modo que ésta rodease la lanza y cruzase entre los árboles exactamente a la altura de los colmillos de un jabalí antes de anudarse de un lado. Cuando el jabalí rompía la cuerda la lanza le caía entre los omoplatos. "El germen del sistema autoalimentario" dijo Padre críticamente, y habríamos llenado el bosque con lanzas de este tipo de no ser porque corríamos el peligro de olvidar dónde estaban localizadas y de perecer nosotros mismos. Tío Vanya escapó por los pelos en una ocasión.

Cazábamos abundantemente, con una nueva confianza en nosotros mismos proporcionada por nuestras nuevas varas y por la seguridad de nuestra cueva defendida por el fuego. Cuando matábamos a una pieza, la desollábamos y despiezábamos, regalándonos con la sangre, los sesos y las entrañas en el lugar donde caía, bajo la alegre música de *chip-chip-chip* de los cuchillos de pedernal. Luego cuarteábamos el animal y llevábamos las piezas a casa a hombros: majestuosos trofeos comparados con los conejos, tejones, ardillas o pequeños antílopes que tan a menudo habían sido nuestro único botín en los viejos tiempos. Con las nuevas varas alejábamos fácilmente a las hienas que querían unírseles. Con ellas podíamos aprovecharnos también de las disputas entre los animales. Podíamos observar los combates entre rinocerontes o elefantes en la época de celo y rematar al derrotado, herido o agotado; luego toda la horda se lanzaba sobre el cadáver como una manada de buitres y lo devoraba en un fin de semana. Las grandes hachas se alzaban y caían separando las inmensas vértebras, los gigantescos fémures, grandes como los troncos de los árboles caídos del bosque, llenos de ricos tesoros de tuétanos. El sistema de caza mucho más eficaz permitía a las mujeres quedarse más en casa en vez de seguir a los cazadores y participar también en sus tareas. "El lugar de la mujer es la cueva", empezaba a decir Padre.

Nosotros los muchachos nos incorporábamos a la cacería, no sólo porque nos necesitaban sino porque Padre consideraba que no había más método de educación posible que el método directo. Se nos enseñaba desde nuestra más tierna edad a tallar el pedernal. El muchacho que no estuviese durmiendo o siguiendo a los cazadores, debía estar con sus pedernales, en opinión de Padre. También pensaba que no había edad demasiado temprana para empezar. A los niños, casi nada más nacer, se les ponía un guijarro en cada manecita, y, después de tragarse unos cuantos, pronto aprendían a golpear uno con otro imitando a sus mayores. "Nunca olvidemos",

diría Padre, "que todo depende, en definitiva, de nuestra habilidad para concentrar nuestra visión. Aunque tuviéramos manos y visión estereoscópica no podríamos tallar el pedernal si no fuésemos capaces de centrar la vista". También las niñas tenían que tallar. "Una chica tiene que ser capaz de ganarse la vida por sí misma", decía Padre. "Incluso en estos tiempos. Una chica que sepa realmente afilar un trozo de obsidiana, siempre podrá conseguirse un compañero o una comida decente".

Así pues, nunca se acababa el trabajo de tallado, y Padre nunca se cansaba de hablar sobre este arte. Cuando nos quejábamos de la fragilidad de los filos que tanto trabajo nos habían costado, por ejemplo, decía rápidamente: "No olvides que la fragilidad del pedernal ha hecho posible la ascensión del hombre. Los monos utilizaron herramientas durante miles de años antes de pensar en hacerlas, porque un pedernal, al romperse accidentalmente te proporciona un instrumento de borde cortante, que no hay más que recoger del suelo. Luego alguien tiró una piedra y vio lo que pasaba, y durante mil años más el arte de la fabricación de herramientas fue simplemente el arte de arrojar un trozo de pedernal contra una roca y recoger los fragmentos útiles. ¡Si pensáis que lo que estáis haciendo es un trabajo duro, intentad fabricaros rascadores por ese sistema! Al fin, en vez de tirar los pedernales, los hombres comenzaron a tallarlos, así es como empezó todo. Los métodos modernos han puesto fin a aquella pérdida de tiempo y de material de la antigüedad. Ahora eliminamos un fragmento de un lado—¡Así!— y luego utilizamos esa superficie como una plataforma para conseguir nuevos fragmentos — ¡Así!

¡Uno! ¡Dos! ¡Tres! ¡Cuatro!—¡Qué maravilla! Ahora podéis ver lo uniformes que son los fragmentos, y cuánto más ligeros son los golpes que debéis dar a la piedra. Y podéis variar su fuerza; levemente —¡Así!— si os interesa un fragmento pequeño, o más fuerte—¡Así!— cuando os interesa un fragmento mayor o la superficie lo exige. Bien, ahora quiero que retoquéis todos esos fragmentos para antes de la hora de comer.

El segundo gran departamento de educación era el estudio de los animales que cazábamos, y de los que nos cazaban. Teníamos que aprender dónde vivían, de qué vivían, a qué dedicaban su tiempo, cuál era su olor, y cuál su lenguaje. Desde nuestros primeros años aprendimos a imitar el rugido del león, el carraspeo del leopardo, el *bum-bum* del avestruz, el trompeteo del elefante, el gruñido del rinoceronte y el grito plañidero de la hiena. Descubríamos por qué cebras y caballos, rápidos de pies, se atrevían a relinchar tanto y por qué impalas y gacelas eran tan silenciosas. Seguros en los árboles, los monos podían hablar entre sí, como nosotros, vara en mano, podíamos hacerlo en el suelo; pero los grandes rebaños se movían silenciosamente, rodeados de enemigos. Aprendíamos a encontrar huevos de tortuga y de cocodrilo y a robar las crías de los pájaros en los nidos. Sabíamos encontrar escorpiones y cortarles la cola antes de comerlos.

Estudiábamos también botánica económica. Algunos frutos, algunos hongos y algunas raíces se podían comer: otros no: a lo largo de la Edad de Piedra muchos pioneros habían dado sus vidas para descubrir exactamente cuáles eran unos y cuáles otros. Teníamos el instinto demasiado atrofiado para poder confiar en él. Debíamos aprender la diferencia vital entre la raíz de cazabe que nutría y la que mataba; teníamos que saber cuáles eran los frutos prohibidos, y alejarnos del árbol prohibido, *Acocanthera byss Abyssinica*, cuyas sola savia significaba muerte.

Cuando empezamos a cazar caballos y cebras de forma regular, empezamos a considerar a los grandes felinos más como rivales que como enemigos, y empezamos a verlos incluso como modelos y como profesionales del mismo ramo. Les veíamos trabajar: leopardos y panteras en los cerros altos, leones y dientes de sable en las llanuras, pumas, ocelotes y caracales en la selva y en los árboles; y hienas por todas partes. No podía por menos de impresionarnos el equipo cinético de que disponían: ojos, oídos y olfato que les permitían funcionar perfectamente en la oscuridad, garras retráctiles para sujetar a la presa y para subir a los

árboles, treinta formidables dientes, un magnífico sistema de camuflaje y una velocidad considerable, con una máxima de unos cien kilómetros por hora.

Padre les admiraba tanto como los demás, pero nos advertía que no debíamos exagerar. "No es más que especialización", decía. "Son soberbias máquinas cinegéticas orientadas a un solo objetivo. Cazan a la perfección. Y esa es su debilidad. No pueden hacer otra cosa. No evolucionarán mucho más, creedme. No lo olvidéis, con toda su fuerza y su habilidad, no serán capaces de superar su situación. Si la caza desapareciese, se morirían de hambre; ¡jamás podrían alimentarse de cocos! Algunos de ellos están sentenciados ya. Pensad en el dientes de sable: puede atravesar la yugular de un rinoceronte, pero ¿quién desea vivir de rinocerontes? Sus dientes son mortíferos, no hay duda, pero el dientes de sable tuvo su momento cuando los animales eran más grandes que ahora. Debía de liquidar infinidad de brontopos, amebelodones, megaterios y todos aquellos primeros mamíferos de que solía hablarme mi padre cuando yo era niño; sus colmillos le hacían poderoso cuando la velocidad era mucho menos importante de lo que es hoy, pero ahora le restan movilidad. No olvidéis mis palabras: está sentenciado. Los otros puede que aguanten mucho mejor y sobrevivan, pero llegará un día en que vengan a recoger las migajas de nuestra mesa".

Al oír esto nos reíamos, pero Padre movía la cabeza y añadía: "Reíos, reíos, pero reduciremos al león a la mitad de su tamaño. No es que diga que no haya animales que puedan derrotarnos. Pero lo más probable es que sean antropoides. Siempre estoy al tanto de ese peligro. Vosotros nunca sabéis lo que se cuece. Lo importante, sin embargo, es atenerse con firmeza a unos principios sólidos; y yo estoy totalmente seguro de que el principio de especialización impide, tarde o temprano, la evolución. Sin embargo los animales están fatalmente condenados a ella. Pensad, por ejemplo, en el viejo chalicoteria. No es ni un caballo ni un ciervo ni una jirafa. Tiene el cuello demasiado corto para que le sirva para dominar el paisaje y ver acercarse al enemigo y para alcanzar las hojas altas de los árboles cuando los grandes rebaños han acabado con la hierba. Pero es demasiado grande para poder utilizar con eficacia sus astas. No tiene tampoco pezuñas adecuadas para alcanzar gran velocidad. No es ni una cosa ni otra, y los auténticos especialistas acabarán con él.

—Pero nosotros no somos tampoco ni una cosa ni otra—dije yo.

Las tupidas cejas de Padre se fruncieron pensativas.

—Eso es cierto, hijo mío, no hay duda. Nosotros hemos abandonado los árboles y nos hemos convertido en animales de presa; carecemos, sin embargo, de la dentadura y la velocidad de los felinos. Al mismo tiempo nuestra fuerza se basa en no ser especializado. Sería retrógrado volver a andar a cuatro patas y hacer que se desarrollasen nuestros caninos. Gatos y perros pueden cazar: pero, ¿qué más pueden hacer? Nada más.

—Pero Padre, ¿quién quiere hacer otra cosa? —preguntó Oswald.

—Admito que tú estás bastante especializado, Oswald —dijo Padre con acritud—. De todos modos, quiero que de vez en cuando ocupes tu mente primitiva en cosas más elevadas.

—Pero, ¿qué otra cosa se puede hacer?—insistió Oswald.

—Espera y verás—dijo Padre, frunciendo los labios—. Espera y verás.

—Sí, ahora sí que la has hecho buena, Edward —dijo Tío Vanya, mientras mascaba un lomo de caballo.

—Eso mismo decías antes—replicó Padre, ocupado con un lomo de jabalí—. Pero dime, ¿qué hay de malo, en realidad, en el progreso?

—Tú lo llamas progreso —dijo Tío Vanya, escupiendo un trozo intragable de cartílago en el fuego—. Yo, desobediencia. Sí, Edward, desobediencia. Ningún animal ha intentado nunca robar fuego de los picos de los montes. Tú has violado las leyes naturales establecidas. Ahora comeré un poco de este antílope, Oswald.

—Para mí es un paso adelante—insistió Padre—. Un avance en el proceso evolutivo. Un avance quizás decisivo. ¿Por qué me consideras entonces desobediente? Tío Vanya le apuntó acusatoriamente con una clavícula de antílope.

—Porque lo que has hecho te ha apartado de la naturaleza, Edward. Es una presunción condenable, ¿es qué no te das cuenta? Y eso es decir poco. Tu eras un sencillo hijo de la naturaleza, lleno de gracia, formabas parte del orden natural, aceptabas sus obsequios y sus castigos, sus alegrías y sus terrores: eras bueno, autosuficiente, inocente. Eras un elemento más de la gran textura de la flora y la fauna, viviendo en relaciones perfectamente simbióticas, pero avanzando con el resto de los elementos con infinita lentitud en la majestuosa caravana del cambio natural. Y ahora, ¿dónde estás?

—Bueno, dime, ¿dónde estoy?—replicó Padre.

—Aislado—contestó Tío Vanya.

—¿Aislado de qué?

—De la naturaleza... de tu solar... de cualquier sentido auténtico de pertenencia... del Edén.

—¿Y de ti?—dijo Padre, sonriente.

—Y desde luego de mí—dijo Tío Vanya—. Yo no estoy de acuerdo. Ya te lo he dicho antes. Lo desapruero con todas mis fuerzas. Yo continúo siendo un hijo de la naturaleza sencillo e inocente. Yo he elegido. Sigo manteniéndome como un simio.

—¿Quieres más antílope?

—Probaré el elefante, gracias. ¡Y no creo que hayas ganado gran cosa, Edward! Cualquier animal lo bastante presionado por el hambre utilizará alimentos no habituales; ésa es la ley de la supervivencia. Frutos, raíces y gusanos constituyen mi dieta habitual, pero en circunstancias excepcionales se me permite comer caza. Oye, este elefante está un poco pasado, ¿no crees?

—Sí, desde luego. Aún no conseguimos matar elefantes con bastante eficacia. A éste le herimos y tuvimos que seguirle kilómetros y kilómetros. Luego tardamos varios días en traerle a casa. Los elefantes pesan demasiado. Pero duran mucho.

—Oh, no te disculpes. Sería ridículo, dado lo impropio de todo el procedimiento. No me importa que esté un poco pasado. Así se mastica con más facilidad: nuestros dientes no están hechos para la carne, sabes, Edward. Todos vosotros pasáis la mitad del tiempo masticando. Eso no es nada sano.

—Si, eso es un problema, lo admito—dijo Padre.

—¿Ves como tengo razón? No puedes negar que la naturaleza nos revela claramente sus mandamientos. Nunca serás un cazador ~le caza mayor, porque no tienes dientes para ello. ¿Quieres una prueba más clara? O esto otro: no debes robar fuego del monte porque tienes una magnífica piel peluda para mantenerte caliente.

—No la tengo—protestó Padre—. Llevo años sin tenerla. Además, esta no es la cuestión, ni mucho menos. Teníamos que impedir que los felinos nos comieran. Eso era natural, ¿no crees? Por supuesto, el fuego es una cosa magnífica en otro sentido, ahora que lo tenemos. Echa otro tronco, Oswald, hijo mío.

—No debes comer del árbol de la ciencia del bien y del mal—dijo lúgubrementemente Tío Vanya, retrocediendo.

—Además, no estoy seguro, ni mucho menos, de que nos hayamos separado de la naturaleza—dijo Padre—. Aún no has contestado a mi pregunta. ¿Por qué no puede ser evolución el descubrimiento del fuego, lo mismo que el que la jirafa estirase su cuello o el caballo se libraba de los dedos de los pies? Yo podía desarrollar una piel peluda si descendiese el hielo hasta aquí, supongo. Pero eso llevaría muchísimo tiempo; y luego, cuando volviese a hacer calor, me pasaría otra era penando para perder la piel. Lo mejor es poder quitarse y ponerse la piel a voluntad; hay una buena idea en esto, sabes, aunque quizás resultase difícil llevarla a la práctica. —Tío Vanya resopló—. Tal como están las cosas, tenemos fuego, y

podemos disponer de calor según nuestro gusto. Esto es adaptación. Lo mismo que evolución, sólo que más rápido.

—¡Ahí está el asunto, condenado proyecto de hombre!—gritó Tío Vanya—. ¿No te das cuenta de que no tienes ningún derecho a acelerar las cosas? Precipitar los acontecimientos, eso es lo que estás haciendo en vez de adecuarte a ellos. Pretendes tener voluntad, incluso voluntad libre. Empujando a la naturaleza. A la naturaleza no se la puede empujar; va te darás cuenta de eso, ya.

—Pero si es lo mismo—dijo Padre con indignación—. Sólo que nosotros vamos un poco más deprisa, nada más.

—Qué va a ser lo mismo—dijo Tío Vanya—. ¡Es completamente distinto! Esto es ir disparatadamente aprisa. Intentar hacer en mil años lo que debe durar millones y millones... si es que en realidad debe hacerse, que me parece sumamente improbable. ¡nadie puede vivir a este ritmo mortífero! No me digas que esto es evolución, Edward... además, tú no eres quién para decidir si debes seguir evolucionando o no. Lo que tú estás haciendo, según tus propias palabras, es algo completamente distinto. Lo que tú estás haciendo, y lamento mucho decirlo, es intentar mejorarte a ti mismo. Y eso es antinatural, presuntuoso, es desobediencia, y, permíteme que lo diga, es algo vulgar, burgués y materialista. Ahora dime. Edward—dijo Tío Vanya aviesamente—, hablemos con claridad. Tú crees que estáis creando una especie completamente nueva, ¿verdad?

—Bueno —dijo Padre, con embarazo— yo sólo había pensado...

—¡Lo sabía! —gritó triunfalmente Tío Vanya—. Edward, puedo leer tus pensamientos como un... como un... bueno, yo sé muy bien lo que te propones. Sé muy bien lo que te pasa. ¡El orgullo, el orgullo pecaminoso de la criatura! No quedará impune, recuerda mis palabras. No te saldrás con la tuya. No, y te diré por qué. Ya no eres inocente, pero eres ignorante. Has roto tus lazos con la naturaleza, y crees que vas a poder dominarla. Pues bien, ¡descubrirás que no es tan fácil como piensas, amigo mío! ¿Mejorarte a ti mismo, eh? A ti no te basta el instinto, ¿verdad? Veremos adónde te lleva esto... ¡Maldita sea, que está haciendo ese bestia de niño!

Alexander intentó huir hacia los árboles, pero el largo brazo de Tío Vanya le atrapó rápidamente y le arrastró de nuevo hacia el fuego por una oreja.

—¡Ay! —gritaba Alexander, con la oreja implacablemente retorcida.

—¿Qué estabas haciendo? —atronó Tío Vanya.

—Yo... yo sólo estaba... —gimió Alexander y luego rompió a llorar. Tenía en la mano un palo chamuscado y todo el cuerpo lleno de negros manchones.

—¡Esto es un ultraje! —gritó Tío Vanya.

—Déjame ver—dijo Padre, acercándose apresuradamente; todos nos agrupamos siguiendo la dirección de la colérica mirada de Tío Vanya. Brotó un grito de asombro.

Allí, en la superficie de la roca, estaba la sombra de Tío Vanya, fielmente perfilada a carboncillo. Era inconfundiblemente la sombra de Tío Vanya: sólo a él podían pertenecer aquellos inmensos hombros caídos, aquellas peludas rodillas semiflexionadas, aquella mandíbula prognata y, sobre todo, aquel simiesco brazo extendido en un gesto típico de acusación. Era una sombra inmóvil y fija del modo más asombroso, en medio de todas las otras sombras que danzaban y se agitaban al ritmo del fuego.

—¿Qué es esto?—preguntaba Tío Vanya con voz terrible, aunque sólo podía ver una desastrosa respuesta.

—A-arte representativo —balbució Alexander.

—Niño espantoso—bramó Tío Vanya—. ¿Qué has hecho con mi sombra?

—Ahí la tienes... o si no te ha crecido otra muy deprisa, Vanya —dijo suavemente Padre—. ¿No ves?

—Ah—dijo Tío Vanya, aplacando levemente su cólera—. Sí, ya veo. Pero no quiero separarme de mi sombra ni un sólo instante, por culpa de tus malditos cachorros, Edward.

Podría haberme hecho un daño mucho mayor. Y además no tienes tampoco ningún derecho a esa sombra. Quiero tenerla otra vez... inmediatamente, ¿me has oído?

—Sácala y dásela, Alexander—dijo Padre con severidad, y el pobre Alexander lo intentó.

—No puedo—gimoteó—. Puedo borrarla, sin embargo. Ante nuestro asombro, la sombra desapareció bajo el sucio pie de Alexander—. Era sólo un dibujo—dijo.

—¡Sólo un dibujo!—exclamó Tío Vanya—. Eso es el colmo, no hay duda. ¿Te das cuenta, Edward? No puedes controlarlo, no puedes controlar eso que te complaces en llamar progreso. No has de hacer imagen grabada de tu tío —silbó en el torturado y aterrado oído de Alexander.

—Fue una inconveniencia, Vanya—dijo Padre—, y le castigaré. Pero no creo que el chico quisiera hacerte daño.

—¡Que no quería hacerme daño!—chilló Tío Vanya—. Edward, tú eres tonto. Esta es una generación de víboras. Me voy.

—¿A dónde?—preguntó Padre, inocentemente.

—¡Vuelvo a los árboles!—gritó Tío Vanya—. ¡Vuelvo a la naturaleza!

Padre dio una zurra a Alexander pero no con demasiada convicción, como todos pudimos advertir.

—No dibujes las sombras de la gente, hijo mío —dijo—. Eso no está bien. La gente lo interpreta mal y da lugar a malentendidos, y a incidentes desagradables. En esta etapa del desarrollo cultural debemos andar con cuidado en este campo. Sin embargo, eso no significa que tus... ejem... tus facultades de autoexpresión vayan a quedar totalmente suprimidas. Pensaré en el asunto.

Más tarde Alexander y Padre pasaron mucho tiempo juntos en un lugar donde las rocas caían casi a plomo hasta el suelo; de vez en cuando uno de ellos regresaba al fuego y recogía varas medio quemadas. Cuando intentábamos ver lo que estaban haciendo, nos ahuyentaban a voces. Pero al final volvieron triunfalmente a la cueva, varios días después, gritando:

—¡Ahora podéis ir todos a verlo!

Y todos fuimos en rebaño a la pared rocosa.

¡Allí, majestuoso, de tamaño natural, había un gran mamut negro! Las tías se pusieron a chillar y huyeron aterradas; los niños se subieron a los árboles en todas direcciones. Solo Oswald, Wilbur y yo íbamos armados; inmediatamente lanzamos nuestras varas.

—¡Detrás de las orejas! ¡Defendamos nuestras vidas, muchachos! —gritaba Oswald; pero el mamut permanecía imperturbable mientras las varas rebotaban en su piel. Y entonces vimos que Padre y Alexander estaban riéndose a carcajadas.

—No importa—dijo Padre—. Hemos demostrado un importante principio psicológico.

—Pero es un mamut—dijo Oswald—. Puedo jurar que...

—¿Qué?—preguntó Padre.

—Le vi moverse—murmuró Oswald.

—Exactamente—dijo Padre.

—Es la sombra de un mamut—dije yo—pero, ¿dónde está el mamut?

—Apuesto a que le herimos—dijo Oswald—. Tenemos que bajar y seguirle.

—Creo que será mejor que dibujes un antílope la próxima vez—dijo Padre a Alexander—. Los cazadores tienen una mentalidad demasiado literal.

Sin embargo, poco después Oswald y yo perseguimos a un mamut y conseguimos derribarle. Era la viva imagen de la sombra dibujada. Y luego sucedió una cosa aun más significativa: la sombra de la roca desapareció. A mi me parecía extraño que pudiésemos comer el mamut sin que ello afectase a su sombra, y a la mañana siguiente del día en que lo comimos fui a arrojar una vara o dos contra la sombra. Era una mañana maravillosa, clara, fresca y soleada, después de la lluvia. La sombra había desaparecido.

Volví corriendo a dar la noticia. Padre se enfureció; simplemente no me creía, pero hubo de admitir que yo tenía razón. Estuvo contemplando la roca desnuda durante por lo menos una hora y luego dijo:

—Hay una explicación perfectamente natural.

—Claro que la hay, Padre —dije—. La sombra está dentro de nosotros con el mamut.

—Ernest, hijo mío—dijo Padre—. Con ese cerebro tan sutil llegarás lejos, no hay duda. Puede que demasiado lejos. Vete a tallar pedernales hasta que yo te diga. No podemos permitir que ese cerebro se sobrecargue.

Era un trabajo aburrido y repetitivo para un intelectual. Y tardaron mucho, mucho tiempo en avisarme de que lo dejara.

Yo no había prestado demasiada atención a Alexander hasta aquel súbito despertar de su talento, pero ahora sentía hacia él un creciente respeto. Pronto se dedicó a atrapar las sombras de toda clase de animales en las rocas, y su arte tenía amplio y admirado público. Yo tuve la satisfacción de que pudiese demostrarse que existía una correlación significativa entre el trazado de la sombra, el arrojar contra la sombra las varas y la muerte subsiguiente del animal. Comprendí inmediatamente que esto tenía consecuencias de gran valor práctico, que abría, de hecho, magníficas posibilidades. Padre meditó sobre lo que a mí me parecía una inexplicable ampliación de la forma en que las obras de Alexander desaparecían como resultado de nuestra caza.

—Obras maestras —decía Padre con tristeza—. Magníficos primitivos. Y todo condenado. La técnica brillante, la composición vigorosa, pero el medio frágil, la superficie no preparada y sin protección; pobre hijo mío, la posteridad nunca te proporcionará la gloria que mereces. Dudo que dure mucho más en la cueva, pero, ¿por qué no dibujas dentro?

—Porque allí no puedo ver nada —dijo quedamente Alexander.

—Oh, que fatalidad—dijo Padre, y se alejó suspirando.

Nadie podía considerar a Padre un tipo temperamental, y casi siempre estaba alegre, animado y activo, buscando trabajos para todos, supervisándolo todo. Ahora estaba discutiendo con las tías el raspado y cortado de las pieles; luego estudiando las propiedades de flexibilidad de las cuerdas de enredadera; más tarde pensando en los posibles usos de las astas de las piezas cobradas.

—El secreto de la industria moderna está en la utilización inteligente de los subproductos —solía decir frunciendo el ceño, y luego se levantaba de un salto y cogía a un niño que andaba gateando a cuatro patas, le abofeteaba con ferocidad, y lo hacía ponerse de pie y tiraba de las trenzas a mis hermanas—. ¿Cuándo acabareis de entender que a los dos años deben andar de pie? Os he dicho miles de veces que debemos eliminar esta tendencia instintiva a volver a la locomoción cuadrúpeda. ¡Si no conseguimos eso todo estará perdido! ¡Nuestras manos, nuestros cerebros, todo! Comenzamos a andar erguidos en el Plioceno, y si creéis que voy a tolerar que se destruyan millones de años de progreso por culpa de una pandilla de estúpidas inconscientes, estáis muy confundidas. Obligad a ese niño a andar de pie, o si no os daré una buena zurra.

Pero por esta época pareció que le asaltaban ataques de depresión y desaliento. Esto nos desconcertó, pues nunca habíamos disfrutado de tanta prosperidad. Volvíamos de las cacerías cargados de piezas, y sin embargo Padre nos miraba lúgubrementemente y decía:

—Sí, sí, muy bien, antílope, babuinos... Muy sabroso, no hay duda, pero ¿qué habéis hecho que sea nuevo?

Nosotros explicábamos todo el desarrollo de la cacería y Padre escuchaba atentamente con las mujeres; pero al final, siempre decía:

—Sí, sí, pero es lo mismo de siempre, comprendéis. ¿Qué habéis hecho que sea nuevo?

—Pero, Padre, ¿qué podemos hacer en la caza que sea nuevo?—protestaba Oswald—. Lo hacemos de la forma que tú nos enseñas. ¿Quieres que persigamos leones?

—No, no, no quiero decir eso; lo sabéis muy bien —contestó Padre quejumbrosamente—. No podemos perseguir al león hasta que no tengamos... bueno, ésa es precisamente la cuestión. ¿Estáis satisfechos con vuestro equipo?

—Por supuesto, Padre—dijo Oswald.

—Y tú, Ernest... ¿qué progresos has hecho?—decía Padre con impaciencia, volviéndose hacia mí—. ¡Eres ya prácticamente un adulto, comprendes!

—Bueno, Padre—dije yo—. Estaba pensando en que podía hacer magia con las sombras...

—¡Puaf!—replicó Padre—. ¡Y éstos son mis hijos! William... bueno, me parece que tú eres demasiado joven para exámenes.

—Yo he cogido esto—dijo William inesperadamente.

—¿Qué es eso?—preguntó Padre con dureza, y William alzó un pequeño objeto que se debatía en sus manos.

—Es un perrito—dijo William—. Un cachorro. Le llamo Rags.

—Ten cuidado no te dé una indigestión —dijo Madre—. Se ponen duros enseguida. Será mejor que lo comas inmediatamente, pero mástcalo bien, querido.

—Pero si yo no quiero comerlo—gimió William.

—Échalo aquí entonces—dijo Oswald.

—¡No! —gritó William—. No quiero. No quiero que lo coma nadie. ¡Es mío! No lo comeréis ninguno, ¿me oís? Pobrecito Rags.

—Se ha welto loco—masculló Oswald.

—El cachorro le morderá, Padre—dije yo—. ¿Quieres que se lo quitemos?

—No, no intentes hacerlo, Ernest —gritó William—. Le diré que te muerda.

—Siempre ha sido un niño histérico —dijo Tía Nellie suavemente—. Solían darle mucho más a menudo estos ataques cuando era más pequeño. Déjame a mí, William querido, los perritos muerden. Y tienen unas costumbres muy sucias, sabes. Déjame que lo cuartee para ti, y te lo comerás tú solito de cena.

—¡Os detesto! ¡Os detesto! —gritó William, y el perro empezó a ladrar furioso.

—Un momento, un momento—dijo Padre al ver a Oswald levantarse amenazador—. Hay en esto mucho más de lo que parece a primera vista. Siéntate Oswald. Y cálmate tú, William. Así que no quieres comer el perro. Muy bien, no tendrás que hacerlo. Pero, ¿qué harás con él?

—Yo... —masculló William—. Yo quería educarlo, Padre. Su madre murió, y también sus hermanos y hermanas. Está solo en el mundo y es demasiado pequeño para seguir a la manada. Es muy cariñoso.. casi siempre. Y pensé que si crecía a mi lado podíamos ser amigos siempre.

—¿Y qué objeto tendría esto?—preguntó Oswald impaciente—. Aunque lo consiguieras, el perro no haría más que ponerse demasiado duro para poder comerlo. ¡Recapacita!

—Eso haré, Oswald—dijo Padre—. Ten la bondad de dejarme resolver este asunto a mi. Bien, William, yo no he dicho que fueses desobediente. Pero debes tener sentido. ¿Qué ganaremos, hijo mío, teniendo por amigo a un perrazo amarillo de éstos? Te robará la carne, no te quepa duda.

—No me importaría—dijo terco William—. Al menos mientras sea pequeño. Cuando crezca puede venir a cazar conmigo y tener una parte en la presa. Ayudaría mucho en la caza, porque corre mucho.

—Vaya—gritó Oswald con una gran risotada—. Esta es la idea más estúpida...

—Calma, Oswald —intervino Padre—. ¡Calmaos todos! No es una idea tan estúpida como imagináis. Dejadme pensar... William, no estoy seguro pero creo que has dado por fin con algo nuevo. El perro, el fiel amigo del hombre, hombres y perros cazando. Mm, si, puede ser, quizás

sirva. ¡Podría servir muy bien! Galgos, mastines, podencos... ¡Las posibilidades son magnificas! Dime, William, ¿cuáles son exactamente las relaciones entre ese cachorro y tú?

—Bueno dijo William defensivo—estoy enseñándole a pedir. Ya sabe casi.

—Veamos—dijo Padre.

Nos colocamos todos alrededor de William. El cogió al perro por la piel del cuello con una mano y lo depositó en el suelo, y con la otra situó una zanca de avestruz a un metro por encima de él.

—Tiene que sentarse sobre las piernas traseras —explicó William— y alzar las delanteras y esperar a que yo le dé la zanca. Luego, le enseñaré "espera", y "ya", que significa que no debe tocar la carne hasta que yo diga "ya" después de haber dicho "espera". Luego le enseñaré "por favor" y "gracias", y después de eso debo enseñarle a andar sólo con las patas. traseras, y después...

—Sí, sí—dijo Padre—. Veo que has planeado muy bien todo el sistema, William. Pero ahora veamos cómo se alza sobre las patas traseras y cómo pide.

—Muy bien —dijo William dudoso—. ¡Vamos, Rags, pide! ¡Pide, Rags perrito bueno!

Durante todo este tiempo el cachorro había estado gimiendo y debatiéndose intentando librarse de William. Cuando William lo soltó, las cosas sucedieron demasiado aprisa. Rags dio un salto y asestó a William un feroz mordisco en la mano. William, con un grito de "¡Maldito Rags!", soltó la zanca. Rags la atrapó y se metió entre las piernas de Oswald. Oswald intentó arrearle un puñetazo, falló, y con una explosión de blasfemias se aplastó los nudillos contra el suelo rocoso. Yo, que había intuido vagamente que algo pasaría, había cogido una vara y con ella intenté golpear a Rags, pero sólo golpeé a Alexander en las canillas. Alexander cayó hacia atrás y al caer dio un fuerte golpe en la barriga a Tía Pam con el codo. Tía Pam cayó sentada entre las brasas, lanzó un chillido, agarró a Tía Mildred por el pelo para intentar levantarse, Tía Mildred chilló también, y luego todas las tías empezaron a gemir, mientras Madre aplicaba hojas de llantén al trasero de Tía Pam. Mi hermana Elsie, que había salido corriendo detrás del perro, volvió jadeante.

—Se escapó —dijo.

No volvimos a ver a Rags, aunque William salió tras él tras disculparse precipitadamente.

—Bueno, allá tú —dijo Padre más tarde—. Me temo que era una tarea demasiado grande para ti. Qué lástima.

—Estoy seguro de que emprendí un camino interesante—dijo William, lamiéndose la mano—. Hay que cogerlos muy pequeños y tratarlos con amabilidad.

—Puede que sí—dijo Padre secamente—. Pero el problema es, ¿qué puedes hacer si continúan comportándose como animales salvajes? Ese es el problema. Si esa herida que tienes en la mano se infecta, morirás y serás un mártir del progreso—añadió amablemente—. Así que no te entristezcas demasiado, hijo mío. El adelantarse al propio tiempo es una gran cosa, y más a tu edad. Tú y Alexander os habéis portado muy bien últimamente. Sólo espero que esta temprana promesa no se disipe cuando seáis más viejos por excesiva afición a los placeres de la caza.—Lanzó una mirada feroz hacia Oswald y hacia mí—. Que esto sea una lección para vosotros, los mayores. Hay muchas cosas que meditar, mucho que aprender y nos queda aún un largo, larguísimo camino. No debemos dormirmos en los laureles, no podemos permitirnoslo. Decidme, ¿hacia dónde vamos exactamente?

—Hay mucho que masticar—dijo Madre—. Si no acabáis este elefante se estropeará todo.

—Has puesto el dedo en la llaga, querida—admitió Padre, sirviéndose una costilla—. Me parece que has dado justamente en el clavo. Es algo que ha estado preocupándome mucho tiempo. Muy aproximadamente, calculo que dedicamos un tercio de nuestro tiempo a dormir, otro tercio a conseguir carne y todo el otro tercio a comerla. Aun así, no tenemos tiempo suficiente para comerlo todo. Últimamente mi corazón no marcha nada bien. Pero eso no hace más que subrayar la cuestión. Cuando uno se encuentra tan atrapado en la simple rutina de

ganarse la vida, ¿qué tiempo queda para pensar? De nada vale que me digáis que el masticar facilita la cavilación; no es así... por lo menos no la masticación que nosotros tenemos que hacer. Para ensanchar nuestras mentes y adoptar un enfoque más amplio y más ponderado de nuestros objetivos necesitamos proporcionar un poco de paz a nuestra mandíbulas. Sin un poco de ocio y tranquilidad, no puede haber trabajo creador, ni cultura ni civilización.

—¿Qué es cultura, Padre?—preguntó Oswald con la boca llena de elefante.

—Haces muy bien en preguntarlo—contestó Padre lúgubrementemente—. No hay nadie tan ciego como el que no quiere ver.

—Pero, ¿hasta dónde tenemos que llegar?—pregunté—. Yo creí que estábamos muy bien aquí.

—Tonterías—masculló Padre—. ¿Muy bien aquí? Acabarás diciendo que estamos adecuadamente ajustados a nuestro medio. Eso es lo que dicen todos cuando se cansan de evolucionar. Eso es lo último que dicen los especialistas antes de que otros especialistas aun más especializados vengan y acaben con ellos. ¿Cuántas veces habré de decirte estas cosas, Ernest? Hay veces que tengo la impresión de que no tienes más que aire en la cabeza. Y te dices la coronación y consumación de un millón de años de desarrollo evolutivo. ¡Puaf!

—Bueno—dije, sintiendo que me enrojecían las orejas—. ¿Hasta dónde tenemos que ir?

Padre dejó su elefante, y unió las puntas de sus dedos.

—Eso—dijo—depende de donde estemos ahora.

—¿Dónde estamos?—pregunté.

—No estoy seguro —dijo Padre, la voz súbitamente baja, triste y grave—. No estoy seguro. Creo que hacia la mitad del Pleistoceno. Dudo que hayamos llegado ya al Pleistoceno superior. Me gustaría que así fuese, Ernest, pero mirándote, escuchándote, no puedo creerlo. Si Alexander o William pudiesen aportar algo... pero me temo que sus ideas quedan muy por delante de sus experimentos. En realidad—su voz se convirtió casi en susurro—, en realidad, ha habido momentos últimamente en que he dudado si habremos llegado siquiera a principios del Pleistoceno.

—Has estado trabajando demasiado últimamente, querido—dijo Madre, dándole una palmada en la mano—. Me gustaría que te tomaras unas pequeñas vacaciones.

La cara de mi Padre era en aquel momento una máscara de tragedia y de torturada inseguridad. Cayó en un completo silencio, y no se oía más que el crepitar del fuego y el ruido de las uñas de las mujeres aplastando piojos (*Pediculae antiquae*) que se quitaban unas a otras de sus pelos largos y lacios. Para aliviar la turbación que todos sentíamos, yo hablé de nuevo.

—Dime, Padre—pregunté—, ¿cómo podemos descubrir dónde estamos?

Padre se irguió levemente.

—Sólo por medios indirectos, hijo mío. Hay señales para los que saben leerlas. Permíteme que te dé un ejemplo. Si nos encontrásemos con un hiparion, el caballo de tres dedos, sabríamos que apenas si habríamos salido del Plioceno, que sólo estábamos al principio de nuestra larga, larguísima lucha. ¡Entonces si que tendríais realmente que esforzaros! Seríamos puros donnadies, hablando en términos relativos, puros donnadies.

—Yo nunca he visto un hiparion —dijo Oswald.

—Y confío en que no lo veas nunca—dijo Padre—. De todos modos, tienden a perdurar, estos modelos anticuados, sabéis. Me atrevería a decir que persistieron hasta el bajo Pleistoceno. ¡Mirad el viejo calicoterio! Aún sigue habiendo gran cantidad de ellos.

Pero aunque Padre pareció consolarse con esta reflexión, no me atreví a discutir más el asunto con él. Estuvo triste y pensativo durante semanas a partir de entonces. Yo no entendía qué era lo que le preocupaba. No podía entender por qué podía ser tan importante el momento exacto, la era geológica en que estábamos. ¿Por qué tanto afanarse? Todo parecía irnos muy bien. El sol calentaba y la lluvia refrescaba aquel mundo normal y saludable. La tierra palpitaba y temblaba bajo nuestros pies; los volcanes rugían industriosamente, arrojando lava y

estelas de espeso y negro humo. A veces empapaban el aire olores sulfurosos, y cuando las nubes penetraban en Africa, al avanzar hacia el sur las capas de hielo, teníamos auténticas invasiones de niebla asfixiante. Los géisers de las llanuras lodosas hervían y burbujaban; chorros de vapor brotaban silbando de las válvulas de seguridad del fondo de los estrechos valles. Los bosques ascendían por las laderas de los montes, los montes hervían en sus cimas y desprendían ríos de lava que hacían retroceder de nuevo a la vegetación. Cada planta procuraba por todos los medios competir con las demás; las especies de flores y frutos abundaban con variedad extraordinaria. Parecían decididas a superarse unas a otras y a ser por todos los medios las más aptas para sobrevivir. El interés propio de cada individuo armonizaba para producir el mayor alimento para el mayor número. ¡Oh, dulce mañana de domingo del mundo! ¡Oh, Africa, el más progresista de los continentes, cuna de la Subhumanidad! El trabajo y la magia eran bastante para la época, pensaba yo; éramos artífices que sabíamos trabajar la piedra, domadores del fuego... y podíamos reírnos de cualquiera, prácticamente. A mi me parecía que las cosas iban muy bien.

Pero Padre no habría sido Padre si no hubiese querido algo mejor. No se sentía feliz ni mucho menos con el resultado de sus experimentos para ampliar el uso del fuego. Durante algún tiempo había estado diciendo que debíamos no sólo importar fuego de los volcanes, sino fabricarlo nosotros mismos.

—Es ridículo—dijo, cuando el fuego de nuestra cueva se apagó por diezmilésima o cienmilésima vez, no recuerdo cuál—. Es ridículo que cada vez que las tontas de vuestras tías dejen apagarse la hoguera tenga que subir a un monte de cinco mil metros

de altura. A mi edad, además. Es demasiado. Pero como no hay la menor esperanza de que progresen vuestras tías, o vuestras queridas madres, hay que hacer algo.

—Pero quizás no se pueda hacer fuego—objeté yo—. La combustión espontánea quizás sea una falacia. O puede ser magia...

—¡Puaf! —dijo Padre—. ¡Qué dices, lemuroide! ¿Nunca te has preguntado qué es eso?

Señaló los pedernales que Wilbur estaba tallando. De vez en cuando, al chocar las piedras, brotaban una chispa o dos. Por supuesto todos habíamos visto eso antes; pero hasta entonces nunca lo había relacionado con aquella cosa feroz y ardiente, el fuego. Era como comparar una rata con un mamut. Yo había llegado a la conclusión (que no había confesado a Padre) de que era la vida de la piedra, el alma de la piedra. Si fuese fuego... esto planteaba toda clase de dificultades, tal como que la piedra podía arder. "Puede", gruñó Padre. "Las he visto arder". Como siempre, rechazó todas mis ideas. Pero se emocionó mucho cuando Wilbur le dijo haber advertido que las piedras de un tipo producían más chispas que las de los demás Padre insistió en que si se podía traspasar el fuego de la madera que lanzaba chispas, igual podía hacerse con las piedras

que lanzaban chispas; el principio era exactamente el mismo. Me di cuenta del valor de su argumento; pero vi también lo mal que funcionaba en la práctica. Pues Padre no podía coger las pequeñas chispas esporádicas que brotaban de los pedernales de Wilbur; y cuando, lleno de furia, tiró los pedernales al fuego, no hicieron más que apagarlo.

Intentó esto, dijo, porque si uno golpea suficiente número de veces, y lo bastante fuerte, el pedernal. éste se calienta y se enfurece con el tratamiento. Descubrió que esto era tan cierto en los objetos inanimados en general como con sus propios hijos; si frotaba un palo con otro con bastante fuerza, ambos se calentaban de cólera y esfuerzo. Creía que estaba al borde mismo del éxito, y esperaba que en cualquier momento los palos rompiesen en llamas. Pero no lo hacían. Únicamente se apaciguó al descubrir que si soplabas las brasas apagadas a veces volvían a encenderse. Lo descubrió por el viento. Pero aparte de esto todo era frustración. Las brasas tenían siempre que llegar de un volcán. Pasaron meses: él aún seguía trabajando. Y no era capaz de descubrir como se hacía el fuego ni con piedras ni con palos. Esto parecía torturarlo. Jadeando, abandonaba sus tareas y se volvía furioso hacia mí.

—¡Ernest! ¿Por qué no haces algo? ¿Es que nunca vas a ayudarme? Toma, frota estos dos palos hasta que se calienten... Deben calentarse mucho, ¿entendido?

Yo hacia lo que me ordenaba, pero sabía que era inútil. Yo no era ningún volcán, y enseguida me cansaba. Entonces Padre me estimulaba con algún asta, que aplicada en determinados lugares hacía mucho daño, y me ponía de nuevo a trabajar. Pero no llegábamos a ningún sitio. Padre lo sabía tan bien como yo.

Poco después de esto, volvió el Tío Ian.

Era un hombrecito corpulento, patizambo, pelirrojo, con barba, ojos azules y cicatrices en todo el cuerpo, cada una de las cuales conducía a un emocionante relato cuando le preguntabas, ¿cómo te hiciste esto, Tío Ian?

Tía Angela le vio y le olió desde muy lejos y salió de la cueva como una flecha, gritando: "¡Mi querido muchachito!"

Le condujo triunfalmente hasta la cueva.

—Bueno, Ian—dijo Padre, dando un breve abrazo al Tío Ian—. Bueno, Ian, es una alegría volver verte.

—Bienvenido a casa, Ian—dijo Madre, y todo repetimos: "Bienvenido, bienvenido, bienvenido, tío Ian?"

Tío Ian recorrió ceremoniosamente todo el círculo familiar repitiendo el nombre de cada uno y demostrando que sabía quién era cada cual.

—Vaya, Pam, no he olvidado al pobre Monty; no pasa un día por ti, querida, estás igual que siempre; Nellie, has madurado, creo que has madurado; y quién es este... ¿Oswald? ¡Gran *Deinoterio*! ¿Tanto tiempo he estado fuera? ¡Pero si ya eres un hombre, ¡Oswald! ¿Eh? ¿Tú eres Ernest? Vaya, no pude recordar tu cara, amigo, pero recuerdo perfectamente tu olor y creo que nunca lo olvidaré... es olor extraño, muy parecido al de los elefantes cuando planean hacer alguna travesura. ¿Alexander? ¿William? Vosotros sois todos nuevos. Bien, bien, habéis encontrado un sitio excelente aquí, no hay duda.

Entonces Padre llevó a Tío Ian a recorrer sus dominios y le enseñó todas nuestras mejoras y progresos; y sobre todo, claro, el fuego.

—En China también lo tienen—dijo Tío Ian.

—¡Qué!—exclamó Padre—. ¡No lo creo!

—Sí, lo tienen—repitió Tío Ian—. Ellos son siempre los primeros en todo.

—¿Y pueden hacerlo?—preguntó Padre con ansiedad.

—No me extrañaría—dijo Tío Ian, pero Padre había percibido su vacilación.

—Apuesto a que no —contestó—. Tecnológicamente estamos muy por delante.

—Y dime, ¿tú puedes?—preguntó Tío Ian.

—No exactamente —dijo Padre—. Pero cuando terminemos la serie actual de experimentos, espero poder anunciar...

—Si, por supuesto—dijo el Tío Ian, mientras se hurgaba con la lengua un diente hueco—. ¿Cómo le va a Vanya?

—En los árboles—dijo Padre.

Obsequiamos a nuestro tío con las viandas más selectas de que disponíamos: costillas de mamut, tajadas de calicoterio, ancas de caballo y cebra, paletillas de cordero y cabeza de jabalí. De guarnición añadimos sesos de babuino, huevos de cocodrilo y sangre de tortuga, que Tía Angela recordaba como uno de los platos favoritos del recién llegado.

—Un banquete de primera —dijo por fin Tío Ian, cuando cayó de sus dedos el último hueso—. No había comido tan bien desde Choukoutien.

—Eso es China, ¿no?—gruñó Padre. Tío Ian asintió.

Luego, claro está, hubo de contarnos la historia de sus viajes. Amontonamos gran cantidad de ramas para alimentar el fuego; nos proveímos de huesos para roer, varas para afilar, o, en el caso de las mujeres, pieles para rascar y tendones para ovillar; y nos sentamos a su alrededor.

Fue un relato mágico que duró días y semanas; sólo puedo dar aquí los huesos de este relato. Tío Ian fue el mayor viajero que conocí; el ansia de vagabundeo era algo que llevaba en la sangre; había visitado casi todos los países del mundo y observado con gran penetración cuanto había visto. No era extraño que hubiese tardado tanto en regresar.

—No tiene objeto ir hacia el sur en Africa—dijo—. Se llega a un país muy hermoso pero que es un callejón sin salida, sin nada más que el mar después. Es un lugar atrasado, y la gente está muy atrasada también. Hay allí lo que parece un hombre-mono prometedor; se mantiene muy bien erguido, tan bien como nosotros, y tiene los hombros anchos y la cabeza levantada. Pero cuando se vuelve, es una desilusión. Apenas si tiene capacidad craneana, y su cara es de gorila. Y su vocabulario es casi el de un gorila también, unas veinte o treinta palabras, imagino. Sus pedernales son patéticos, sencillamente patéticos.

—No parece que haya adelantado demasiado—dijo Padre, frotándose las manos con satisfacción.

—Tengo mis dudas—aceptó Tío Ian, y continuó—: No, en Africa hay que ir hacia el norte. Allí hay caza fácil, comida fácil, mucha agua por todas partes. Al principio hay espesos bosques en los que hace un calor infernal; por cierto que allí la gente esta desarrollando pieles negras...

—¡Qué idea más extraordinaria! —exclamó Padre—. ¿Por qué?

—Creen que protegen mejor del sol y que les camufla mejor entre los árboles—dijo Tío Ian.

—Pues están cometiendo un error muy grave—dijo Padre . De eso nada bueno puede salir. El único color de piel humana aceptable es el marrón oscuro el caqui... el color de la tierra, el color de los leones. Yo esto lo considero definitivo desde un punto de vista evolucionista. ¡Seguro que me dirás ahora que te encontraste con alguna especie de homínidos que están desarrollando pieles blancas!

Cuando se apagó la oleada de risas despertadas este comentario, Tío Ian continuó su narración.

—No os riáis tanto—dijo—: hay climas y climas. Pasados los bosques tropicales, se llega al Sahara ¡que es un paraíso! Es una tierra maravillosamente verde y ondulada con grandes ríos e incontables arroyos de agua pura, llenos de peces. Maravillosas montañas, cubiertas de robles, hayas y fresnos. ¡Y pastos! Lozana hierba hasta perderse en el horizonte, salpicada de flores de todos los matices. Cebras, caballos, antílopes, ovejas, toda clase de ganado. Rebaños innumerables.

—¿Y hordas? —preguntó Padre.

—Sí, la especie está bien establecida, Edward. Los territorios de caza están muy bien delimitados, aunque de vez en cuando surge algún lío. Pero hay suficiente para todos y aun sobra. Vete al norte, joven —añadió, volviéndose hacia Oswald, cuyos ojos relampagueaban—. Hay una nueva vida esperando a ti en los grandes espacios abiertos del Sahara. Estuve a punto de quedarme allí. Pero al final no lo hice, seguí.

»Al poco tiempo llegas al lago más grande de todos, un lago mucho mayor que todos los de Africa que corre de este a oeste y parece cerrar el camino. Pero yo fui hacia el oeste a lo largo de la costa de ese lago, donde viven muy cómodamente hombres-mono sólo de mariscos, hasta que llegué a un sitio entre el lago y el océano salado en el que el sol se oculta. Allí hay mucho tráfico, de mamuts, lobos y osos que van al norte, y de hipopótamos y jirafas, leones y Dios sabe cuántos animales más que van hacia el sur. Europa se está poniendo para ellos demasiado fría. Yo noté claramente el frío en mi propia piel cuando crucé los Pirineos, y vi más nieve allí que en el Monte de La Luna. Y si miras hacia el norte ves el hielo, millones de toneladas, bajando...

—Sí, sé lo que es una era glacial —dijo Padre sombrío—. El problema es.. ¿cuál? ¿Gunz? ¿Mindel? ¿Riss o Wurm? Es muy diferente, sabes.

—Yo no sé—dijo Tío Ian—. Yo sólo sé el frío que hacia. Entré en los valles del Dordogne y encontré renos por todas partes.

—¿Qué son renos?—preguntó Oswald.

—Es un venado hecho de modo que pueda aguantar temperaturas extremadamente bajas—dijo Tío Ian—. Según me dijeron, los renos andan corriendo por todas partes y los neandertales corren tras ellos.

—¿Otra especie de homínidos?—preguntó Padre, muy interesado.

—No estoy tan seguro respecto a lo de homínidos —contestó Tío Ian—. Son una especie notable, de todos modos. Distinta de nosotros, desde luego. Tienen mucho pelo, son peludos como cabras gigantes; ¡y buena falta les hace con el viento helado de allí! No son muy altos; pero tampoco es que sean diminutos; yo les llevaré una pulgada o dos, lo que es una ventaja. Son de pecho muy ancho y caminan más como los monos que nosotros, con las rodillas dobladas y apoyándose en los lados exteriores de los pies como los niños. Apenas si tienen cuello: llevan la cabeza encajada entre los hombros, y sus frentes son villanescamente bajas. Pero eso no significa que no contengan materia gris. ¡Desde luego que no! Uno puede ver el cerebro funcionando claramente sobre sus orejas. Los considero inteligentes. Hacen un excelente pedernal. ¡Realmente excelente!

Tienen además algunas ideas curiosas; eso se debe a que se pasan largas noches soñando y contando cuentos en las cuevas:

—¿Qué clase de ideas extrañas?—preguntó Padre.

Tío Ian movió la cabeza.

—Demasiado metafísicas para mí, me temo. Yo soy del tipo práctico. Pero ellos entierran a sus muertos.

—Yo llamo a eso imprevisión—dijo Padre.

—Ellos lo consideran exactamente lo contrario —dijo Tío Ian.

—Y no me gusta la idea del pelo—añadió Padre—. Demasiado especializada.

—Lo que más les preocupa son sus dientes—dijo Tío Ian—. Tienen muy mala dentadura; son unos mártires del dolor de muelas, la mayoría de ellos. Y de la artritis también. Estoy seguro de que caminarían más erguidos de no ser por eso. Es un clima terriblemente húmedo.

—Me pregunto cuando habrán abandonado ellos la rama antropeide común—musitó Padre—. Supongo que como mucho en el Plioceno. ¿Sabes si las uniones con ellos son fértiles?

—Para estar seguro tendría que volver—dijo cautamente Tío Ian—. Pero tengo ciertas razones para creerlo. Me iba muy bien con las chicas, pues todas me llamaban "cara de niño".

—Claro—dijo Padre, uniendo las juntas de sus dedos en un gesto típico, y carraspeó—. Nuestro desarrollo es pedomórfico, sabes, y...

—Sí, sí, claro. Bueno, pues de Francia hube de irme otra vez hacia el este continuó Tío Ian—bordeando la estepa y la tundra y manteniéndome siempre cerca del gran lago. Descubrí que el Nomo Neanderthalis está muy bien asentado en todos los Balcanes. Fue un trabajo duro ir de cueva en cueva, pero al final llegué a Palestina. Allí me encontré neandertales luchando con emigrantes llegados de Africa.

—¿Por qué? ¿Escasez de caza?—preguntó Padre.

—No, que va, es un país muy rico, con arroyos de leche y miel—dijo Tío Ian—. Pero hay algo en el ambiente que hace a los primates tan belicosos como a los gorilas que han comido manzanas amargas. Así que se dedicaban a luchar, pero también a aparearse.

—Prácticamente la misma cosa —dijo Padre—. Vaya, me pregunto qué saldrá de eso... ¿Monos peludos y monos sin pelo mezclándose en Palestina en el Pleistoceno?

—Barbudos profetas viviendo de langostas y miel en el Holoceno—sugerí yo.

—No te hagas el gracioso, Ernest —gruñó Padre—. No te va. Sigue, Ian. ¿Adónde fuiste después?

—A la India, por Arabia—contestó Tío Ian—. Arabia es un país verde y lozano como el Sahara; pero, ¡Oh! ¡Cómo llovía! En la India me encontré con un nuevo carnívoro, el tigre, que caza en los bosques de noche. Es una versión tremendamente perfeccionada del esmolodón. ¡Prefiero con mucho al viejo colmilludo! En la India me pasé la mayoría de las noches en las copas de los árboles, ¡y no me avergüenza decirlo! Y poco más allá me encontré con otra variedad de la familia subhumana.

—¿Otra?—balbució Padre.

—Otra —asintió Tío Ian—. Pero no tienes por qué preocuparte por ellos, Edward. En mi opinión son sólo restos del Mioceno. Absolutamente anticuados. Tienen más o menos la mitad de nuestra talla, y el cerebro de un mono, o poco más. Tienen sobre los ojos grandes arcos óseos, y tras ellos nada que pueda llamarse propiamente cráneo. Yo les habría considerado monos, si no fuese por el hecho de que caminaban erguidos y tenían mandíbulas totalmente rectangulares con lo que podían hablar. Me atrevería a decir que habrían hecho excelentes porteadores, si hubiese tenido tiempo de entrenarlos, o algo para que llevaran. Pero después de matar unos cuantos tuve que seguir.

»Y entonces, Edward, llegué por fin a China, y allí encontré a los prototipos de los chinos, viviendo en cuevas alrededor de Choukoutien. Al principio creí que eran gorilas, pero me equivocaba. Andan mucho más erguidos, y hacen un pedernal estupendo. Lo bastante práctico para matarse unos a otros con él.

Padre meneó la cabeza

—Si no hay derroche no hay necesidad —dijo, mirando con ojos relampagueantes a todo el círculo familiar.

—Y también ellos han conseguido en algún sitio este fuego salvaje que habéis conseguido vosotros —dijo Tío Ian—, y estaban muy orgullosos de ello. Pero, francamente, creo que son demasiado estáticos. Esa es la tendencia que tienen todos los orientales. Me dijeron que había un modelo mayor, del mismo diseño, más al norte, en las nieves de Tartaria. Muy altos, y peludos como osos. Decidí no entrar en contacto con algo tan abominable. Ya tenía bastante con el sinantropus que conocía. Además, quería ver cómo andaban las cosas por América.

—¡Oh, sí, América!—dijo Padre con entusiasmo—. ¿Cómo andan las cosas por allí?

—No lo sé. No pude pasar—dijo Tío Ian con tristeza—. Hay una cortina de hielo entre ellos y el resto del mundo. No puedes pasar. Ni siquiera el Homo Neanderthalis puede. Aquello está lleno de, gliptodones... las zonas que no están tapadas por el hielo, claro.

—Mala noticia es ésa, Ian —dijo Padre—. Muy mala. Significa que no estamos tan lejos como yo esperaba. Aún no hay americanos... Apenas puedo creerlo.

—Bueno, eso fue hace tiempo—dijo Tío Ian—. Puede que ahora ya haya pasado alguien. De hecho, yo volveré para intentar descubrir el paso del nordeste.

—No, no, no—gritó Tía Angela—¡Estás demasiado agotado de tanto viaje! ¡Espera y descansa, no me dejes otra vez!

Tío Ian la consoló, pero pude ver que sus ojos estaban muy lejos. Me di cuenta de que no estaría mucho tiempo entre nosotros. Pero, ay, por desgracia el final llegó más deprisa de lo que esperábamos.

Tío Ian mostró un interés extraordinario en los experimentos de domesticación de animales de William, y cuando Padre dijo: "Se está adelantando a su tiempo, sabes, Ian; aún no hemos llegado tan lejos", Tío Ian dijo: "Yo sé de un animal que me sería muy útil, mucho, si fuese lo bastante dócil...~

Luego, una mañana, hubo un gran griterío. Un animal extraño embistió contra nuestra cueva: un hombre-caballo, que saltaba y bufaba y lanzaba gritos y juramentos.

Retrocedió furiosamente cuando llegó al fuego esparciendo miembros de la familia en todas direcciones. Luego, por un instante, vimos lo que era: no se trataba de ningún centauro, sino del Tío Ian a caballo. Pero en aquel momento mismo Tío Ian abandonó el caballo y salió despedido por el aire. Dio una vuelta en el vacío y luego fue a estrellarse contra el suelo con un golpe sordo. Acudimos a ayudarlo a levantarse, pero ya era demasiado tarde; tenía el cuello roto.

Antes de que el caballo pudiese huir, Oswald le clavó su vara entre los omoplatos y también él cayó sin vida a tierra.

Y entonces descubrimos que nos encontrábamos ante una doble tragedia. El tío Ian, el famoso viajero, estaba muerto, y Tía Angela gemía sobre su cadáver; y el caballo que él había intentado montar (para llegar más deprisa a América) resultó no ser un caballo: era un hiparión.

Poco después de que nos recobrásemos de la muerte del Tío Ian, Padre nos llamó a Oswald, a Alexander, a Wilbur y a mí, y nos dijo que debíamos acompañarle a una expedición. Supusimos que se trataba de una cacería, pero algo en su actitud me dijo que se trataba de algo insólito. Durante días se había mantenido aislado, gruñendo enfurecido cuando alguien se acercaba, y sin hacer nada, lo que era muy impropio de él. El descubrimiento de que los hipariones aún no estaban extinguidos había sido un duro golpe, y me di cuenta de que había empezado a encanecer. Pero por la mañana había recuperado toda su alegría habitual, y se movía con viveza ayudándonos a hacer los preparativos, endureciendo puntas de las varas en el fuego, seleccionando cuchillos de piedra para el viaje y dando a Madre toda serie de instrucciones.

Luego nos condujo hacia el este a través de selva. Esto pronto nos indicó que no íbamos a recibir nuevas lecciones sobre el manejo de los volcanes, pues los Montes de la Luna quedaban tras nosotros y dejamos atrás las llameantes cumbres del monte Kenya y el Ngorongoro sin acercarnos a ellos. Resultaba difícil admitir que se propusiese llegar hasta un monte tan lejano como el Kilimanjaro, que era, por otra parte, más feroz que los anteriores. No parecía tampoco preocupado por la caza, aunque vez en cuando Oswald y yo olíamos piezas. El nos decía que las dejásemos y que siguiésemos. Hasta el anochecer no nos permitió abatir una pieza para la cena. No teníamos fuego, y tuvimos que hacer guardia por turno.

Al día siguiente fue lo mismo, y al siguiente igual, no había duda de que se trataba de una misión muy especial, pero Padre no parecía dispuesto a satisfacer nuestra creciente curiosidad. Aunque estaba de buen humor, siempre que le siguiésemos sin protestar ni alejarnos, aquella fila india, y aquel caminar en línea recta, y la expresión decidida de su cara me daban una desagradable sensación de aburrimiento. Sin embargo, al quinto día pareció tranquilizarse. Dejamos de caminar con la compulsiva disciplina de una fila de hormigas; Padre comenzó a olisquear el viento y a tantear en todas direcciones buscando un olor. ¡Así que en definitiva se trataba de una cacería! Todos nos pusimos a ventear también, pero aunque Oswald localizó varias veces olores de presas, Padre no parecía desear ninguna de ellas. "¿Búfalo, Padre?" decía Oswald, pero padre movía la cabeza negando. "Bueno, entonces, ¿Cebra? ¿Caballo? ¿Elefante? ¿Jirafa?" Pero Padre rechazaba todas estas sugerencias y seguía buscando en el aire otra cosa. Al fin, cuando Oswald dijo desesperado, "¿Mastodonte?" Padre dijo: "No seas idiota. Creo que lo he localizado: sí, son ellos".

Todos alzamos las narices en aquella dirección, y desde luego había algo, leve y lejano, hacia el este, que iba y venía exasperadamente con el fluctuar del viento. Era un aroma familiar, también; pero antes de que pudiésemos identificarlo, Padre dijo:

—Vamos, hijos. Pasaremos mucha sed después, y huelo agua justo detrás de aquellos árboles. Beberemos un poco y luego os lo explicaré todo.

Perdimos el olor entre los árboles, cuando, llenos de curiosidad, seguimos a Padre hasta el agua.

Salimos a un lago, rosado de flamencos y lirios acuáticos, y pronto hallamos un sitio para beber. Había muchos rastros, así que estuvimos durante un rato tirando piedras a los cocodrilos que pudimos ver y a cuantos troncos de árboles de aspecto dudoso había en las cercanías. Y luego Padre se metió en el agua hasta las rodillas, se inclinó, bebió, se remojó el polvoriento torso y la cara y salió de nuevo chapoteando.

—Está bien, hijos. Yo me quedaré vigilando un rato mientras bebéis y os bañáis vosotros. Dadme las varas.

Al cabo de unos segundos también nosotros regresamos a tierra, muy refrescados; pero nos quedamos atónitos al ver que Padre nos había dejado totalmente desvalidos, y estaba ahora de pie con la espalda apoyada en un árbol, en un claro, a treinta metros de distancia. Nuestras varas estaban amontonadas entre dos de las poderosas raíces del árbol, al alcance de su mano, y Padre nos enfrentaba con sus propias varas, una en cada mano, alzadas y apuntando hacia nosotros.

—¡Altol —gritó—. ¡No os acerquéis más! Desde ahí podéis oírme.

Comprendí que nos enfrentábamos a una crisis.

Nos detuvimos.

—Ahora, hijos—dijo Padre—. Os debo una explicación. Pero no intentéis ningún truco siniestro... Quiero decir con eso tirar piedras o algo así. Yo os puedo alcanzar también, y tengo buena cantidad de municiones, así que no corráis el riesgo.

"En fin se trata de algo muy simple, y no hay ninguna necesidad de exaltarse. He estado pensando en esta cuestión mucho tiempo, y he hablado de ella con vuestras madres. Vosotros cuatro habéis pasado va la pubertad. Sois, en todos los sentidos, adultos. Tu, Oswald, tienes por lo menos quince años; Ernest quizás sea un año más joven, Alexander y Wilbur más o menos lo mismo. Sois cazadores expertos; sabéis cazar en el bosque, en la sabana, en el monte, en todas partes. Conocéis perfectamente el arte del tallado de pedernal, aunque solo Wilbur es realmente bueno en él. Sois plenamente capaces de ganaros la vida; además (lo que constituye una ventaja excepcional en muchachos de vuestra edad) sabéis manejar el fuego y mantenerlo. Es hora de que busquéis pareja e iniciéis familias propias en beneficio de la especie; y por eso os he traído aquí. A unos treinta kilómetros al sur hay otra horda...

—¡Era eso! —exclamó Oswald—. ¡Otra horda! ¡Hombres-mono! Debería haberme dado cuenta.

—Hay otra horda—repitió Padre—. Y allí encontraréis las compañeras que queráis.

—Pero, Padre —protesté yo —nosotros no queremos extraños por compañeras. Tenemos nuestras propias chicas en casa. Yo tengo a Elsie y...

—No, no la tienes —interrumpió Padre—. Tu tendrás a una de esas chicas de allí.

—Pero eso es absurdo, Padre—exclamé—. Ya lo teníamos todo decidido.

—La gente siempre se empareja con sus hermanas —dijo Oswald—. Es lo correcto.

—Ya no lo es—dijo Padre—. En este momento comienza la exogamia.

—Pero eso es antinatural, Padre—dije yo—. Sabido es que los animales no hacen distinciones de este tipo. De vez en cuando uno puede salirse de la propia horda, me imagino, pero no se puede considerar norma regular

— Es algo absurdamente impropio —añadió Oswald—. Tenemos a nuestras chicas allí, en casa, y, en cuanto a esas otras...

—Están mucho más cerca éstas en realidad —dijo Padre—. Por eso os traje aquí.

—No entiendo a qué viene todo este problema —dije—. ¿Qué tienen de malo las chicas de casa?

—No tienen nada de malo —dijo Padre—. Pero no sería nada bueno el que os emparejáseis con ellas. Necesitamos mezclar un poco los genes. Pero ésa no es la razón principal. La razón principal es que ellas son demasiado fáciles; demasiado accesibles, plantean muy pocos problemas. Proporcionar un desahogo demasiado desinhibido a la libido indisciplinada. No; si

queremos lograr un desarrollo cultural debemos someter a tensión las emociones del individuo. En suma, un joven debe salir a buscar compañera, cortejarla, capturarla, luchar por ella. Selección natural.

—Pero nosotros podemos muy bien luchar por las chicas en casa—dijo Oswald—. De hecho, tenemos que hacerlo. Es lo habitual. Como los animales. Los machos más fuertes ganan. Eso es selección natural. Hay selección natural para ti —añadió malévolamente, pero Padre no se dio por aludido.

—No el tipo adecuado de selección natural, ya no lo hay. Resulta demasiado peligroso que haya luchas en la familia por las mujeres con todas esas nuevas armas mortíferas como las varas de punta endurecida al fuego a mano. Quizás sirviese cuando los rivales sólo podían machacarse la cabeza con viejos bastones.

—Resulta muy adecuado para ti—dije con amargura.

—Han cambiado los tiempos—dijo Padre—. O más bien, no han cambiado, y ése es el problema. Estamos mucho más atrás de lo que pensábamos. ¡No estoy dispuesto a seguir siendo contemporáneo del hiparión! No puede ser. Estamos estancándonos como especie, y eso es fatal. Tenemos fuego, pero no sabemos hacerlo; podemos conseguir carne, pero tenemos que estar media hora masticándola; tenemos lanzas y su máximo alcance es de setenta metros.

—Noventa y cuatro—dijo Oswald.

—No exageres—dijo Padre—. Te estoy hablando en términos prácticos. Alexander, tu puedes dibujar, pero no puedes fijar la línea que has dibujado, Wilbur, has conseguido hacer algunas hachas manuales de buen filo, pero (me fastidia decirlo) la mayoría de lo que hacemos es muy poco mejor que los eolitos. Ernest, tú te crees capaz de pensar pero no puedes, por lo limitado del campo de cosa que puedes hacer. Así no podemos ampliar nuestro pequeñísimo vocabulario y nuestra limitada gramática; lo que significa una capacidad de abstracción restringida. El lenguaje precede y alimenta el pensamiento, sabéis; y es en realidad galantería llamar lenguaje al escaso centenar de sustantivos de que disponemos, a la serie de verbos que utilizamos para todo, al escaso número de preposiciones y posposiciones, al continuo uso del énfasis, el gesto y la onomatopeya que suplen la escasez de casos y tiempos. No, no, mis queridos hijos; culturalmente estamos poco más allá del *Pithecanthropus erectus*; éste, creedme, no perdurará. Ya habéis oído lo que vuestro llorado Tío Ian nos contó de él. Está destinado al estercolero, con el resto de los fracasos de la naturaleza.

—Yo siempre los mato—dijo Oswald.

—Muy bien—dijo Padre—. Pero nosotros no queremos seguir el mismo camino que ellos. Por eso hemos de hacer un esfuerzo. Quiero que consideréis esto de forma razonable, como adultos responsables —añadió, con un tono de súplica en la voz—. Es algo impropio. No lo niego. Es nuevo. Costará un poco acostumbrarse... si es que lo lográis. Pero no puede conseguir una presa sin crear barreras, inhibiciones, frustraciones, complejos. Es una idea que se me ocurrió observando a los castores. Paran los ríos; y fijaos en la fuerza con la que el agua sale a través de la estrecha abertura que queda. Mirad las cataratas Murchison, por ejemplo, o, mejor aún, las cataratas Victoria. Eso os dará idea de lo que quiero decir: obstrucción para crear fuerza irresistible. Sólo que nosotros no somos ríos, esto es algo que se tiene que hacer en nuestras cabezas.

—Yo tengo una catarata desatada en mi cabeza ahora —dijo Wilbur, sentándose y hundiendo el hocico entre las manos.

—Es difícil de entender al principio —dijo Padre—. Pero si hemos de resolver problemas, si hemos de tener un carácter con tendencia a ver problemas y resolverlos, tenemos que tener moral, conciencia, dificultades personales que despejar, y buscar alivio a ellas volcando nuestra voluntad sobre objetos inanimados fuera de nuestras cabezas.

—Lo pasaremos tan mal—dije yo—que no haremos nada. La felicidad es lo que le hace a uno interesarse por la vida.

—Ni mucho menos—dijo Padre alegremente—. La felicidad te hace perezoso. De tus tribulaciones privadas te volverás a tu trabajo, y lo emprenderás con más fuerza aún.

—No lo creo—dije.

—Ya lo crearás con el tiempo—dijo Padre— Y comprenderéis también por qué es preferible que no tengáis que luchar por vuestras hermanas y tías. Con todo esto, el sentido moral del hombre está en peligro de quedar por debajo de su capacidad tecnológica.

—Ese es un argumento falaz—dije yo.

—Sospecho que es un argumento que oiremos con creciente frecuencia

—Quiero decir—dije—que contradices el argumento anterior. Primero dices que necesitamos moralidad sexual para crear progreso tecnológico, y ahora que necesitamos moralidad sexual para poder controlar el proceso tecnológico. ¿Qué quieres, decir exactamente?

—Ambas cosas—dijo Padre—. Hipótesis alternativas. Un enfoque científico perfectamente respetable del problema. De todas maneras haréis lo que os digo.

—Y entre tanto, Padre—dije yo sarcásticamente mientras nosotros estamos fuera intentando ser exógamos y civilizados, tú tienes en casa a todas las mujeres para ti. ¿Qué es eso, en realidad, sino la viva imagen del primitivo padre de horda celoso de sus hijos que crecen?

—Oh, vamos, vamos, Ernest—dijo Padre, imperante—. Eso es un disparate. Yo he sido un padre lo más indulgente. Podría haber sido el padre horda brutal y haberos expulsado sin más. Sin embargo, en vez de eso, os he traído hasta aquí a poca distancia de un grupo de chicas de lo más encantador. Además, nadie puede acusarme de mujeriego. Siempre me han aburrido enseguida las mujeres. Son todas iguales en el fondo; desnudas y masa son espantosamente aburridas. No es quiera decir nada contra vuestras queridas madres ni mucho menos; pero mis aficiones son las puramente científicas.

—Padre—dijo Alexander, que había guardado silencio hasta entonces—. Padre, ¿y cómo podemos conseguir a esas chicas?

—Debéis cortejarlas—dijo Padre, y luego añadió dubitativamente—; supongo. Algo parecido a como lo hacen los animales. Debéis hinchar el pecho como los palomos o los papos como las ranas toro o hacer que se os pongan rojos los traseros como a los monos. Algo así.

—Pero yo no sé—dijo Alexander—. Y además, me da mucha vergüenza.

—Bueno, ¡eso es cuestión vuestra! —dijo Padre—. Tendréis que arregláros las. Es algo que tenéis hacer por vosotros mismos. No esperéis que yo resuelva todas las dificultades. Cuando estéis todos felizmente emparejados podéis llevar las chicas a casa. Entonces tendremos una tribu en vez de una simple horda. Ahora alejaos. Y, Oswald, no intentes seguirme. Conozco todos tus trucos; son buenos, pero llevo cuarenta años cazando y te aseguro que si me sigues te atravesaré el diafragma con esta lanza. A correr.

Supongo que podríamos haber atacado a Padre si hubiésemos querido. Pero desde luego habría alcanzado a uno y probablemente a dos de nosotros antes de que le dominásemos. Así que, refunfuñando y maldiciendo, retrocedimos, mientras él agitaba su poderosa lanza hacia nosotros. Luego, una vez fuera del campo de tiro, nos volvimos y nos dirigimos al sur.

Después de andar unos cuantos kilómetros, sin embargo, Oswald decidió hacer una parada. Había pasado a ser nuestro jefe.

—Escuchad, hermanos—dijo—de nada sirve seguir vagabundeando. Tenemos que hablar y establecer un plan de ataque. Tenemos que conseguirlo. Si el olor no me engaña, esta gente no vive a más de veinticinco o treinta kilómetros de donde estamos ahora. No sabemos lo que son ni lo que hacen. Podríamos tropezarnos con una partida de caza y podían confundirnos con un grupo de babuinos y hacernos pasar un mal rato.

—¡Eso ni hablar! —protestó Wilbur

—Depende de quién viese primero a quién —gruñó su hermano—. No tiene ningún objeto correr riesgos. —Si se parecen a nosotros, tirarán sus varas y harán preguntas luego—dije yo—. Tienes razón, hermano. Debemos aproximarnos a ellos con mucho cuidado. ¿Qué sugieres tú?

—Debemos armarnos, ése es el primer paso—dijo Oswald incisivamente—. El viejo se llevó nuestras varas. Wilbur, eso es trabajo tuyo. Busca pedernales y haz hachas y rascadores para que podamos afilar varas. Miraremos por aquí a ver si encontramos madera para varas y bastones.

—Pero, ¿para qué hacer varas y bastones?—preguntó Alexander—. ¿Por qué no acudimos a ellos y les explicamos por qué estamos aquí? Estamos cortejando, no cazando.

—Es el mismo asunto—dijo Oswald.

—Por supuesto que lo es—dije yo—. Debemos acercarnos lo más que podamos sin ser vistos, y observar a la horda; Somos sólo cuatro, y ellos pueden ser cuarenta. Nuestra tarea consistirá en seguirlos, y luego apoderarnos de los rezagados si cambian de lugar; o hacer un incursión durante la noche y llevarnos cada uno una chica, como las hienas.

Oswald asintió.

—Estoy de acuerdo con Ernest. No supondréis que ellos van a querer perder sus mujeres, ¿verdad? A ellos no se les ha ocurrido ese disparate de que no pueden emparejar entre sí. No les gustará gran cosa lo que nos proponemos hacer.

Alexander lanzó un gruñido.

—Bueno, yo creo que es una forma muy tosca de ganarse el afecto de una chica —pero comenzó a prestar su apoyo, como siempre, en los preparativos. Sin embargo, al poco rato dijo, de pronto:

—Muchachos, ¿Habéis pensado si... bueno, si a las chicas les gustaremos?

—Claro que les gustaremos —dijo Oswald acremente, mientras preparaba la punta de una cachiporra.

Al fin conseguimos equiparnos plenamente y pudimos continuar nuestro avance. Marchábamos con gran cautela en contra del viento, para que no pudiesen olerlos, y no nos acercamos a ellos hasta la noche. Entonces encontramos sitio para acampar. Al amanecer avanzamos amparados por la niebla y nos situamos sobre una escarpadura en la que nos habíamos fijado ya antes por permitirnos dominar el lugar donde vivía la horda. Cuando las nieblas empezaron a dispersarse, descubrimos que estábamos en realidad casi directamente sobre ellos.

Vivían en la ribera de uno de los lagos que recorren Africa en una cadena ininterrumpida desde Etiopía al Zambeze. Su inmensidad grisazulada se extendía hasta el horizonte, flanqueada por una serie de volcanes de cuyas cimas brotaba incesantemente humo que se perdía en el pálido palio del cielo azul. Pero no había ningún humo en el lugar donde estaba la horda, debajo de nosotros, que desafiase a aquel otro. Un promontorio flanqueado por ciénagas atestadas de papiros estaba salpicado de agujeros excavados en el suelo, algunos toscamente techados con ramas de palma y bambú. De cuando en cuando se veían entre ellos figuras acuclilladas de color tostado; sólo el *chip-chip* del choque de pedernal contra pedernal les proclamaba hombres-mono y no un grupo de chimpancés.

—No tienen fuego; no tienen cueva—dijo Oswald, con despecho.

—Y no tienen ni idea de cómo se trabaja el pedernal; ¡Escuchad! —exclamó Wilbur.

—Y ésta es la clase de gente con la que debemos emparejarnos—gruñí yo—. ¡Vaya selección natural! —Volvía a brotar en mí la rabia contra Padre.

Al aumentar la luz, se hizo más patente lo sórdido de aquellas barracas paleolíticas; pero Alexander dijo:

—No creo que sea tan malo como pensamos. Aquella chica me gusta bastante.

Y todos pudimos ver que una chica muy aceptablemente conformada había salido de debajo de uno de aquellos pabellones y bajaba a la orilla del lago a beber.

—¡Facofero! ¡Tienes toda la razón!—exclamó Oswald con súbito entusiasmo—. ¡Tiene cuartos traseros de hipopótamo! ¡Soberbio! Bueno, ¡quién podía haber pensado en algo como eso!

—¡Hay otra!—dijo Alexander en entusiasmado susurro, y tenía razón.

Había surgido ahora una segunda y espléndida belleza rústica, y allí estaba estirando los brazos y exhibiendo su busto mientras tomaba profundas bocanadas de aire matutino. Cuando se dirigió a la orilla del agua apareció siguiéndola otra majestuosa hembra de la especie, de tales proporciones elefantinas que Oswald acalló justo a tiempo el silbido lobuno que empezaba a brotar de los labios de Wilbur.

—Contrólate, so lemur —masculló Oswald, que devoraba también con la vista a la muchacha.

—Bueno, ¿qué estamos esperando?—preguntó Wilbur—. Bajemos y cojamos una cada uno.

—Fíjate en eso —dijo Oswald señalando; y descubrimos entonces una inconfundible figura paternal, subhumana realmente, en líneas generales, pero gorilesca en la anchura de hombros y en el desarrollo muscular, que vigilaba incansable la base del promontorio, con un portentoso garrote en la mano, alzando cada poco sus anchos ollares para olisquear la fresca brisa, y aun a aquella distancia podíamos oír los gruñidos que emitía, que sólo podían tener un significado: no se admitían rivales.

—Ya veo, ya —dijo Wilbur, y nuestro ardor se aplacó notablemente al contemplar a aquel centinela amenazador.

—Un ataque directo resultaría demasiado costoso —dijo Oswald—. Retirémonos un poco y hablemos.

Nos retiramos para celebrar consejo de guerra.

—Yo voto por el ataque nocturno—dijo Oswald—. Irrumpiremos según oscurezca, rugiendo como leones, cogeremos a una chica cada uno y nos largaremos con ella antes de que el viejo reaccione. ¿Qué os parece este plan?

Yo pensé un momento.

—Supongo que duerme con un ojo abierto. Tiene que hacerlo, con todas esas chicas maravillosas a su alrededor. Además las chicas deben tener hermanos que hacen guardia, y que dan la voz de alarma si oyen llegar leones. Aunque lo consiguiéramos, en la oscuridad nunca sabríamos a cuál cogíamos. Creo que nos interesan esas chicas, y no cualquier vieja que podamos coger...

Todos mis hermanos asintieron vigorosamente.

—Claro, claro, tienes razón—dijo Alexander.

—Bien, ¿qué sugieres tú?—preguntó Oswald.

—¿Y si pudiésemos llevar antorchas?—dijo Alexander.

—Sí, ésa es una buena idea—dijo Oswald—. Ese podría ser realmente el sistema. El fuego tiene que asustarles como a cualquier otro animal. Entraríamos con ramas ardiendo en la mano, elegiríamos a las chicas que quisiéramos a la luz de las antorchas, y nos largaríamos antes de que la horda se recobrase de su pánico.

Yo negué con un gesto.

—No, no resultaría. El volcán más próximo está a cincuenta kilómetros de aquí y seguro que nos localizarían aproximándonos con las antorchas mucho antes de llegar. Perderíamos así todo el elemento sorpresa, y aunque se asustasen y huyesen, las chicas huirían con ellos.

—De acuerdo—dijo Oswald—. Tienes razón. Ahora propón tú algo, Ernest... si se te ocurre. Tal como enfocáis vosotros las cosas me parece que no vamos a conseguir ninguna chica.

Pero yo había estado pensando, y se me había ocurrido un plan.

—Yo creo que hay un medio mucho más simple de conseguirlo—dije lentamente—. Pensad: No tienen fuego, así que apenas pueden cazar piezas grandes.

Son más recolectores que cazadores. Eso significa que tienen que alejarse mucho para conseguir comida bastante para la horda. Y *eso* significa que las mujeres jóvenes salen con los hombres a coger conejos e insectos mientras ellos persiguen antílopes. Supongo que se separan mucho unos de otros. Propongo que dividamos toda la zona en cuatro territorios y que cada uno de nosotros se adjudique uno. Luego, cuando un grupo entre en uno de los territorios, el que sea, se encargará de seguirle, esperar a poder desviar a una chica del grupo principal, capturarla y llevársela. La echarán de menos, por supuesto, pero lo más probable es que atribuyan su desaparición a los leopardos. Deben perder a sus jóvenes de ese modo con mucha frecuencia. Por supuesto, uno de nosotros puede tener mala suerte, pero repartimos el riesgo dividiéndonos. Sugiero que nos demos un mes, por ejemplo, para conseguir una chica, y que dentro de un mes nos reunamos en el lugar donde nos dejó Padre, y volvamos a casa. Con un poco de suerte, todos tendremos una chica para llevar.

Los otros meditaron el plan que yo proponía, y tras discutirlo un rato lo aceptaron como el más práctico, dadas las circunstancias. Después de todo, teníamos a nuestro favor el factor sorpresa; la horda no tendría la más remota idea de lo que nos proponíamos, pues aquel tipo de emparejamiento era algo insólito. Había auténticas posibilidades de que consiguiésemos limpiamente nuestro objetivo.

Y así conocí a Griselda.

11

—Hola —dijo ella—. ¡Pareces muy sofocado!

Lo estaba. Tenía la sensación de haber estado persiguiendo a aquella maldita muchacha a todo lo largo y ancho de África. Mi plan había funcionado perfectamente. Habíamos dividido la zona de detrás del lago y cada uno de nosotros, como una araña en su tela, se había retirado a su parcela correspondiente a esperar la presa. Tal como yo esperaba, la horda había salido y se había dispersado en busca de provisiones: unos tras huevos de cocodrilos, otros a asaltar hormigueros, buscando mangostas, otras a cavar buscando topos, otros a cazar monos y caza menor de este género; las chicas había ido también; esperé mi oportunidad hasta que una chica se separó del resto; procuré deslizarme entre ella y los demás; fui aproximándome, gruñendo como un leopardo, y conseguí alejarla; entonces, cuando se hallaba ya demasiado lejos de los suyos para pedir ayuda, me lancé directamente contra ella. Esperaba poder alcanzarla enseguida corriendo, u obligarla a subir a un árbol. Pero me equivocaba. Cuando llegué al punto donde esperaba cazarla, ella no estaba allí, sino unos cien metros más allá. Aquello me desconcertó un poco. Pensé, sin embargo, que si ella podía superarme en una carrera breve, yo sería capaz de agotarla en una carrera prolongada; y me dispuse a hacerlo. Mi única preocupación era que ella pudiese rodear y volver en círculo a su punto de partida; cada vez que mostraba indicios de hacerlo, yo se lo impedía corriendo en diagonal, con un tremendo esfuerzo. Por desgracia, siempre intentaba hacer esto cuando mi maniobra para impedirlo me obligaba a iniciar un rápido movimiento oblicuo a través de una ciénaga. Parecía saber donde estaban las ciénagas más lodosas, sucias y llenas de sanguijuelas. Pero yo no podía darme por vencido por inconvenientes de este género; le demostré que si no era un leopardo quien la perseguía, era un hipopótamo. Cuando salía de las ciénagas, cubierto de barro y sanguijuelas de la cabeza a los pies, me obligaba a emprender una carrera a través de las hierbas altas, con el ritmo y el vigor de un avestruz. Y ella parecía además inmune como un avestruz a las garrapatas, que se lanzaban todas sobre mí. Pero no la perdí de vista un instante, ni perdí su rastro, desbaratando todos sus intentos de hacerme perder su olor.

Luego intentó despistarme metiéndose en ríos y lagos. Descubrí que además de ser capaz de correr como un avestruz, lo era de nadar más deprisa que un cocodrilo. Cuando cruzaba ríos o lagos pasaba por delante de los cocodrilos, a los que despertaba chapoteando como un gibón

descuidado caído de una rama, al que arrastrase la corriente. Cuando yo me metía en el agua, los cocodrilos, que no habían podido alcanzarla a ella, podían tranquilamente lanzarse sobre mi. Inventé una nueva braza rápida sobre la marcha, de la que debería haberme sentido muy orgulloso si hubiese tenido tiempo para pensarlo.

Ella intentó luego entorpecer la persecución metiéndose entre leones que estaban tomando el sol o hembras dientes de sable con cachorros. Normalmente hacía esto cuando ella estaba cerca de un árbol muy alto y yo muy lejos. Pasamos varias noches en

árboles separados por menos de doscientos metros y yo estaba seguro de que cuando los leones se hubiesen cansado de esperar, podría capturarla, pero ella siempre bajaba y empezaba a correr antes que yo.

Subió a varias montañas. Yo disminuía la distancia en la subida, y si no hubiese sido por las piedras que ella, en su desesperada tentativa de escapar, desplazaba con los pies, y que me daban en la cabeza cuando subía tras ella (normalmente en las subidas muy escarpadas), la hubiese capturado. Pero al bajar me dejaba atrás de nuevo; posiblemente porque a mí me dolía la cabeza.

Como siempre iba delante podía, claro está, coger los conejos, liebres y ardillas de pasada; así desayunaba y cenaba; pero cuando pasaba yo ya me había espantado toda la caza, y tenía que conformarme con los indigeribles despojos que ella iba tirando. Cuando no estaba hambriento tenía dolor de estómago.

De vez en cuando me preguntaba si merecía la pena en realidad. En más de una ocasión decidí que no, y aminore la marcha. ¿Para qué necesitaba yo, en realidad, pareja? Descubrí, examinando mis sentimientos, que después de todo no tenía el menor interés. Quizás el auténtico valor de la experiencia fuese el mostrarme que yo tenía madera de soltero. Pero entonces la chica salía corriendo de pronto de entre unos matorrales a menos de veinte metros de distancia, con un grito desesperado, y la posibilidad de alcanzarla me parecía demasiado buena para dejarla escapar, y, con el bastón en alto, corría tras ella de nuevo. Pero siempre ella lograba burlarme con algún truco habilidoso.

Mi ritmo fue disminuyendo gradualmente hasta que se transformó en simple caminar. No podía correr ya, aunque ella apareciese a escasos metros o atascada entre las enredaderas de la selva, atrapada, casi al alcance de la mano. Estaba ya cansado de todo aquello. Si Oswald era capaz de capturar a una de aquellas mujeres, yo admitiría sin vacilación que era mejor hombre que yo. Abandonaría definitivamente todo aquel asunto y me reuniría con los demás en el lugar previsto.

Acababa de tomar esta decisión cuando salí a un claro del bosque y allí, sentada en un tronco caído y peinándose con aire indiferente su largo cabello con un hueso de pescado, Griselda me sonreía.

—Pareces sofocado... e irritado.

—Ahora sí que te tengo—dije desmayadamente, y alcé mi bastón.

Ella palmeó el tronco.

—Ven, siéntate junto a mi y háblame de ti. Me muero de curiosidad.

Parecía como si no pudiese hacer otra cosa, y además las rodillas me dolían de fatiga, así que me senté y ella cogió mi bastón y lo colocó a un lado. Yo me enjuagué la frente con un puñado de hierba.

—¡Ay! —dije.

—¿Cómo te llamas?—me preguntó, con voz suave y alentadora.

—Ernest.

—Un nombre muy bonito. Te va muy bien. Eres tan serio. Yo me llamo Griselda. Un nombre muy tonto, desde luego, pero mis padres tienen unas ideas terriblemente románticas. Por eso me pusieron ese nombre. También yo soy muy romántica. ¿Y tú?

—No. —dije.

—Oh, tienes que serlo, para perseguirme durante tanto tiempo. Pobrecito mío. No pude despistarte, simplemente no pude. Pero hice todo lo posible, tienes que admitirlo. He estado corriendo durante diez días.

—Once —dije yo—. Casi doce.

—¿De veras?—dijo Griselda despreocupadamente—. Como vuela el tiempo cuando una está interesada, ¿verdad? ¿Te gustó la caza?—Sus grandes ojos castaños, como suaves estanques bajo los cuales se agazapaban cocodrilos al acecho, se posaron interrogantes en mi rostro.

—Bueno... Si, mucho—dije.

—Entonces magnifico —dijo ella—. Ya sabía yo que coincidiríamos, Ernest.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

Ella palmeó con las manos y los pies.

—Desde el primer día en que te olí. Pensé, qué persona tan interesante; tan extraña, tan... bueno, tan diferente.

En contra de mi voluntad, me sentí curioso.

—¿Cuándo fue eso, Griselda?

—Bueno, el día que llegasteis, claro. Tú y tus hermanos. Subisteis todos a aquella colina para vernos. Fue un poco grosero. Padre estaba muy enfadado. Decía que la generación moderna no tiene modales. Nos dijo que no debíamos hablar una palabra con vosotros. Que tenía que deciros unas cuantas cosas él primero.

—Así que lo sabíais todo—dije yo pesadamente—. Nos visteis y nos olisteis.

—Eso es porque eres tan distinto—dijo Griselda, rápidamente—. Tan diferente.—Bajó la voz y dijo, con suavidad—: Tan distinguido.

—Y, ¿suponíais lo que buscábamos?

—Bueno—dijo ella—. Estaba muy claro, ¿no es cierto? Nosotras, mis hermanos y yo, estábamos... emocionadas.

—¿De veras? No me digas.

—Desde luego. Allí donde vivimos no va mucha gente. Es un sitio muy aburrido—hizo una mueca—. Padre no nos deja recibir nunca a nadie. O si nos deja, bueno...

—Da igual—dije—. Sólo con verle te asustas.

—Eso pensamos. Así que era un problema, sabes. Afortunadamente tuvo un accidente no hace mucho con un rinoceronte. Chocaron cabeza con cabeza, sabes; imprudencia de ambos; no miraban por donde iban. Padre perdió el sentido del olfato, y contrajo también un poco de astigmatismo.

—¿Y el rinoceronte?

—Lo comimos. Bueno, Padre nos dijo que debíamos quedarnos en casa y alimentarnos de anguilas y peces hasta que él os cazase; pero le convencimos de que os habíais marchado. El está muy orgulloso de su apariencia, y cree que puede asustar a cualquiera, aunque es muy bueno si le tratas adecuadamente. Así que acabamos saliendo a cazar como siempre. Y entonces tú me localizaste y me perseguiste implacablemente... ¡Y aquí estoy!—bajó los ojos con un gesto sumiso.

—Griselda —dije—. Aclaremos esto de una vez. ¿Quieres decir que engañasteis a vuestro padre y salisteis a cazar sabiendo perfectamente que estábamos esperándoos?

—Bueno, yo no lo sabía exactamente, pero pensé...

—¿Cuándo yo rugía como un león y gruñía como un hipopótamo sabías que no era un león ni un hipopótamo sino yo?

—Creo que reconocería tu voz en cualquier parte, Ernest; es tan distinta, tan...

—Y entonces—continué—sin el menor miedo...

—¡Yo estaba petrificada!

—Sin el menor miedo—grité—, cuando yo te perseguí corríste deliberadamente con todas tus fuerzas a través de ciénagas y ríos y selva impenetrable y subiste y bajaste montañas como una mezcla de pato, avestruz y cabra...

—¡Oh, querido, que cosas se te ocurren!

—Y durante todo ese tiempo estabas simplemente conduciéndome y no tenías intención alguna de huir de mí...

—¡Claro que no!

La miré fijamente, mudo de cólera.

—Querido—protestó ella—. Una tiene su recato, sabes.

—¡Recato! T~¿...

—Por supuesto —dijo ella, con dignidad—. Además yo creí que a ti te gustaba. Quería complacerte proporcionándote una buena carrera.

—¡Por favor!—bramé—. ¡Una buena carrera! Estuve a punto de morir una docena de veces...

—Oh, no digas eso, Ernest. Tú eres terriblemente fuerte. Y tan apasionado. Perseguirme tanto tiempo. Yo cómo iba a quedarme quieta para que me cazaras.

—No creo una palabra de todo eso—mascullé—. Tú me has hecho recorrer la selva. ¡Me has convertido en un mono! ¡Una especie de colobo rabilargo! ¡No entiendo qué es lo que pude oler en ti! No quiero saber nada más de ti, ¿me oyes? Nada. Te odio.

Los grandes ojos castaños de Griselda se llenaron lentamente de lágrimas.

—Yo... sólo... pretendía... ser... amable... contigo...

Me levanté.

—Me voy. Puedes muy bien volver sola. No te capturaré.

Ella extendió su mano ciegamente.

—Oh, ¡Pero si me has capturado ya! No puedes irte ahora. Somos pareja.

Me estremecí ante la idea.

—Yo no te he capturado, Griselda. ¡No somos pareja! ¡Me voy, ya te lo he dicho!

—No puedes. Sería demasiado deshonroso. Es... es una ruptura de compromiso. Perseguirme tanto tiempo y luego devolverme sencillamente, como un pedernal gastado. No puedo volver a casa ahora. Preferiría morir. Si... si me dejas, moriré. Tú me has capturado y debes conservarme a tu lado.

—¡Cuernos! —dije, pero sentía algo extraño e inquietante en mi interior—. Me voy y no volveré. Adiós.

Esperé a que ella dijese algo... que admitiese que no había sido capturada y que volvería a casa. Pero se limitó a gimotear.

Me alejé furioso y penetré en el bosque. Dejándome olvidado el bastón.

Caía ya la noche, pero yo estaba demasiado alterado para darme cuenta. ¡Griselda! Había demostrado ser una mala pécora, falsa, desvergonzada... sí, cruel. Malévola e irracional. El descaro de su última pretensión me dejaba atónito. ¿Capturada? Y luego aquellas lágrimas para intentar obtener la compasión que no había logrado con sus palabras de leona en celo. Triste, realmente. ¿Como podía pensar en aquella mujer para madre de mis hijos?

Tenía que admitir, sin duda, que era rápida corriendo. Me había superado a mí, un macho... aunque, claro está, se habla tomado todo el tiempo una ventaja injusta. De todas modos, difícilmente puedo quejarme de ello. Huir era huir: Tener que hacerlo de vez en cuando, era un arte en sí mismo y Griselda había demostrado ser una auténtica especialista. No había duda de que si era capaz de enseñar aquello a sus hijos estos serían maestros en capacidad de supervivencia.

Había también algo razonable en lo que decía de no poder volver a casa. Su padre parecía todo lo celoso que podía ser un padre de horda. No le placería gran cosa aquel callejeo a través de Kenia, Tanganika y probablemente Nlasalandia con un joven cavernícola persiguiéndola

apasionadamente. Por supuesto, no se moriría si no regresaba. Podía correr entre un rebaño de jirafas si era necesario. Tarde o temprano tropezaría con algún hombre-mono y sería convenientemente capturada.

¿Deseaba yo tal cosa? Pense que, después de todo, había corrido mucho tras ella. Era una lástima, en parte, abandonar la presa. Por muy mal que ella me hubiese tratado, además, era evidente que tenía muy buena opinión de mí. No podía dudar de la sinceridad de su confesada admiración. Yo era algo completamente nuevo para ella. Y en descargo de su conducta debía considerar el medio tan poco propicio en que había crecido. ¿Qué posibilidades había tenido ella en aquellos míseros nidos a la orilla del lago de descubrir las costumbres y hábitos de la vida de horda decente? En nuestra cueva podía progresar. Además, se quedaría deslumbrada cuando descubriese que yo era capaz de controlar el fuego; toda nuestra familia le parecería muy por encima de ella. Esto la apabullaría bastante. Tendría que pegarle, duro y a menudo, pero si actuaba con firmeza desde el principio... si entonces mismo daba la vuelta y le atizaba la mayor paliza de su vida...

No, ella era imposible. Y además, volver sería una rendición; sería admitir que estaba equivocado, que la había capturado, que éramos pareja, ¡que había ganado ella! ¡No y mil veces no! Por supuesto, era una chica muy bonita. La horda tendría que admitirlo. Padre se quedaría asombrado. El me había quitado a Ellie, y ahora yo le quitaría a Griselda. Precisamente el tipo de chica con ideas que a él le gustaba, además. ¡Ya le daría yo a él exogamia!

Me detuve. Era ya completamente de noche y aún no había salido la luna. Inmerso en mis propios pensamientos no había advertido el creciente estruendo del tráfico selvático. Su cacofonía lo invadía todo ya. Las ranas croaban incansables, gritándose unas a otras en las charcas; las moscas silbaban en el aire; los chillidos de los conejos eran contestados por los de los búhos; cocodrilos e hipopótamos gruñían; tosían los leopardos entre la maleza; reían las hienas y chillaban los monos. En los claros, los leones se lanzaban sobre la caza, y estremecía la tierra el estruendo de veinte mil pezuñas. Cerca de allí bramaban los elefantes mientras se desplomaban los árboles con un estruendo de raíces rotas y con los diversos gritos y chillidos de la rica fauna que habita su follaje. Todos se perseguían, decididos a demostrarse la especie dominante; y comprendí de pronto dos cosas: primero, que alguien me seguía; y segundo, que me había olvidado el bastón.

Me volví y eché a correr. Ni Griselda me hubiese dejado atrás. Me lancé a través de la selva, esquivando ramas, saltando arroyos, surcando audazmente el aire agarrado a las lianas que festoneaban los árboles. ¿Debía refugiarme en lo alto de un árbol o no? Esa era la cuestión. Si mi perseguidor era un gran felino, estaría a salvo; si era un felino más pequeño, me seguiría y entonces, en una balanceante rama, a trece metros del suelo, serían mis dientes y mis manos contra sus dientes y sus garras. Pero si me quedaba en tierra me alcanzaría de cualquier modo; si me lanzaba al agua, allí estarían esperándome los cocodrilos. Continué pues corriendo, sin aliento. Sentía a mi perseguidor cada vez más cerca. Ante mí se abrió un claro; aquello era, me di cuenta, el final: el lugar ideal para saltar sobre mi espalda. Pero era demasiado tarde para parar. El impulso me lanzó hacia el centro del claro iluminado por la luna, convirtiéndome en un blanco perfecto; oí que el gran felino se detenía, se encogía y abandonaba el suelo; todo se volvió rojo ante mis ojos mientras hacía un último y desesperado esfuerzo; y entonces, precisamente cuando esperaba sentir que una docena de garras se hundía en mi carne y un peso inmenso y caliente me arrojaba al suelo, se oyó un tremendo ¡Paf! y luego un pesado cuerpo caer a tierra tras de mí. Fue como si el peso bajo el cual mis hombros estaban ya inclinándose se esfumase; pero transcurrieron aún unos cuantos segundos antes de que pudiese detenerme y mirar por encima del hombro. Cuando lo hice, vi un leopardo despatarrado en tierra, y a un hombre-mono corriendo hacia él, y enarbolando mi bastón manchado de sangre. ¡Paf! ¡Crank!

El cráneo del leopardo quedó destrozado antes de que pudiese recobrase de aquel primer golpe que le había derribado en mitad de su salto.

—¡Griselda! —balbucí.

—Ernest—exclamó ella—. ¡Querido mío! ¡Sabía que volverías por mi! Pareces sofocado. Cuánto has debido correr. No importa, no te preocupes, la cena está servida. Empecemos inmediatamente, ¿de acuerdo?

Debería haberle dado, claro está, la zurra allí mismo, inmediatamente; pero estaba agotado y hambriento; y además el bastón lo tenía ella. Decidí, por tanto, posponer el asunto para cuando nos hubiésemos anticipado a los chacales y hienas que pronto olerían la súbita muerte del leopardo. Una comida pesada después de tanto ejercicio, sin embargo, me empujó inexorablemente al sueño, y me derrumbé exhausto a los pies de una mimosa. Griselda se quedó haciendo guardia con el bastón.

Desperté refrescado unas horas después. La luna se hundía tras los montes, pero todo estaba teñido de plata. Griselda se había sentado en un tronco y contemplaba pensativa al último buitre que rebañaba los huesos plateados del leopardo. Pero lo que me hizo ponerme en pie de un salto fue ver cómo había enrollado su largo pelo en la quijada del leopardo, y con qué arte se había echado al cuello el rabo del leopardo haciendo que la punta colgase entre sus pechos con consumada coquetería.

—¡Griselda! —grité con voz de trueno—. ¡Ahora sí que te he cogido!

¡Amor! ¡Dulce amor! Siempre he sostenido que fue uno de los mayores descubrimientos del Pleistoceno Medio, pese a lo fértil que fue ese período en inventos y avances culturales. De momento a mí me cogió totalmente por sorpresa. Me vi convertido de pronto en una criatura tan distinta y nueva como las serpientes que se desprenden de su piel; me vi de pronto libre, ágil, oreado de bienestar y placer. Era como una libélula en el aire después de una larga noche de crisálida. Pero todo esto son sólo metáforas banales e inútiles; las generaciones modernas han perdido ese primer arrebato maravilloso e increíble. Hoy los jóvenes saben ya lo que tienen que esperar; se les han dicho demasiadas cosas; prevén con demasiada ambición. Pero para mí fue una metamorfosis precisamente porque no tenía la menor idea de lo que iba a pasar. Sí, es un privilegio muy especial el ser el primero que experimenta una nueva experiencia humana, sea la que sea; ¡Más aun tratándose del amor! ¡Imagínenselo! Amor, cuando los jóvenes se encuentran de pronto con él en medio de la selva o a la orilla de un lago o en el pico de un monte. Hoy es ya una cuestión corriente, vulgar, algo de segunda mano, que ocupa un puesto útil en el proceso evolutivo; pero, ¡ay, cuando era recién nacido!

Yo no tenía ni capacidad ni deseo de analizar aquello; considerándolo desde aquí, me doy cuenta que brotó, como fruto espontáneo, de aquella primera inhibición que Padre nos impuso por motivos puramente sociológicos. Obstaculizó así nuestras simples inclinaciones, y la recompensa imprevista fue este grato, emocionante y extraordinario banquete de sensaciones. No es que nos reprimiésemos, Griselda y yo, mientras recorríamos el mundo juntos. Por el contrario, no sólo teníamos una sensación de plenitud en aquel nuevo campo dentro de nosotros mismos, sino que considerábamos la naturaleza toda nuestra cámara nupcial. Nos sentíamos invulnerables, como si la unión de dos débiles semicriaturas de fina piel hubiese pasado a dominar invencible la tierra.

Nos reíamos descaradamente de los leones en sus guaridas; pasábamos corriendo ante las panteras dormidas y les retorcíamos el rabo; nos perseguíamos por arroyos y ríos apoyándonos en los lomos de los adormilados cocodrilos y de los sorprendidos hipopótamos como si fuesen piedras; saltamos las cataratas con las percas y los peces-tigre y surcábamos los rápidos con las anguilas. Jugeteábamos entre las patas de los coléricos elefantes que pateaban demasiado tarde y trompeteaban en vano; lanzábamos guirnaldas de buganvillas a los cuernos de los irritados rinocerontes; espantábamos a los ciervos de sus pastos con bien dirigidos proyectiles de jazmines y hiedra que flotaban como pendones al viento colgando de sus astas. Nos

uníamos a los monos antes de que se diesen cuenta de que estábamos entre ellos y chillábamos y saltábamos a su compás. Arranqué hermosas plumas a avestruces, flamencos y otras mil aves para adornar el pelo de Griselda; me coloqué en la cabeza también un huevo de *aeipiornis*. Nuestras alegres risas resonaron entre los matorrales y los árboles, los grandes lagos las transmitieron a los montes y los montes devolvieron su eco a los llanos.

Fue la juerga más colosal que pueda imaginarse, aunque estuvimos a punto de perecer en más de una ocasión.

Al atardecer paseábamos, enlazados por la cintura, disfrutando de los maravillosos colores del crepúsculo; luego contemplábamos las relumbrantes estrellas y el cielo cruzado constantemente por los resplandores de los meteoritos; contemplábamos las llamas que brotaban de los volcanes en el horizonte, el brillo de los ojos de los felinos entre la maleza, el incesante parpadeo de las luciérnagas. Luego yo le hablaba a Griselda de la cueva adonde iba a llevarla; del gran fuego que ardía incesantemente a la entrada; y del gran escándalo que se organizaba si alguien lo dejaba apagarse; de nuestras proezas con la lanza y con las trampas y de las grandes fiestas que celebrábamos. Ella a su vez no se cansaba nunca de hacerme preguntas sobre sus nuevos parientes, y hablaba quejumbrosa de la tiranía de la que la había sacado. Un amo despótico e implacable que exigía absoluta sumisión a sus aterradas mujeres y que se disponía incluso, por entonces, a expulsar a sus hijos de la horda. Sus ojos brillaban como los de un halcón cuando exclamó:

—¡Oh, Ernest, que bien lo pasaré! ¡Oh, amor!

Súbitamente terminó nuestra luna de miel, y llegó el momento de acudir al lugar de reunión donde debían estar esperándonos mis hermanos y sus compañeras... si es que habían capturado alguna. Oswald, estaba seguro de que lo había conseguido, pero tenía mis dudas respecto a Wilbur y a Alexander. Griselda, sin embargo, no dudaba en absoluto de sus tres hermanas. Sugirió que nos aproximásemos al lugar de reunión secretamente y viésemos quién llega primero y quién había cogido a quién.

Sólo había llegado Oswald, que sentado junto lago hablaba con una rolliza y guapa chica que escuchaba absorta y con ojos resplandecientes.

—¡Es Clementina! —dijo Griselda entre risas.

—Así que allí estaba yo, totalmente solo —decía Oswald—; no había ni un árbol a la vista, tenía la lanza rota... hasta el león herido corre para salvar la vida cuando embiste el búfalo. Sólo podía hacer un cosa, y la hice. Corrí hacia él lo más deprisa que pude, me apoyé en sus cuernos y di un salto por encima con tanta rapidez que no pudo siquiera empujarme con la cabeza.

—¡Oh, es aterrador, Oswald! —balbució la chica.

—Otra vez... empezó Oswald, cuando nosotros salimos y nos lanzamos hacia ellos con gritos de alegría.

Luego, después de habernos felicitado mutuamente por nuestras capturas, y de que las muchachas se fueran a buscar de comer, le pregunté a Oswald como le había ido. Rompió a reír.

—Tan fácil como liquidar a un cocodrilo, mi querido amigo dijo—. No creas, me hizo correr lo mío ¡En fin! Una chica tiene su recato, comprendes.

—¿Cuánto... cuánto te hizo correr, Oswald? —pregunté.

—Bueno, no sé—dijo despreocupadamente—. Unos quince días, más o menos. Corre mucho realmente Clemmie; y luego, yo llevaba mi bastón. Pero disfruté mucho.

—¿Escalando montañas? —pregunté sin darle importancia

—Una o dos, una o dos—dijo Oswald, llevándose la mano a la nuca un instante—. Es muy juguetona esta Clemmie. ¿Y cómo te fue a ti, Ernest?

—Parecido, parecido —dije—. Pero da la sensación de que Alexander y Wilbur aún siguen... cazando, ¿no te parece?

Oswald asintió nuevamente.

—Me pregunto —dijo— si no será una tontería esperarles. Francamente no me sorprendería que este trabajo les llevase un año o dos.

Pero en aquel mismo instante nos sorprendió un estruendo entre la maleza, como si se aproximase algún animal, un jabalí verrugoso o un armadillo, por ejemplo; era, sin embargo, Wilbur, con otra chica, cubiertos de sudor e inclinados como chimpancés ambos, tambaleándose, bajo el peso de una enorme roca roja cada uno.

—¡Honorita, querida!—gritaron Griselda y Clementina, mientras la nueva chica dejaba caer su carga. Un instante después las tres parlotaban como loros.

—Wilbur—dijo Oswald—, ¿qué demonios haces con eso?

Wilbur depositó su roca con sumo cuidado junto a la de su pareja y se enderezó laboriosamente.

—Qué hay, muchachos—dijo—. Calor, ¿eh?

—¿Dónde has cogido eso?—pregunté yo.

Wilbur rió entre dientes.

—Muy interesante. Nunca había visto esta formación. Estoy experimentando con ella. Creo que a Padre le parecerá que tiene posibilidades notables.

—¿Quieres decir que vas a llevar eso a casa? ¡Por favor! ¿De dónde lo traes?

—Oh, de muy lejos. No se encuentra en todas partes, por lo que he podido ver. Supongo que es por las condiciones atmosféricas. En esencia sé trata de una especie de compuesto de polvo volcánico. Honorita me ayudó. Una buena chica, voy a presentársela... ¡Honorita!

—¿No pretenderás decir —dijo Oswald, contemplando los musculosos miembros de Honorita —que cazaste a esta chica llevando media montaña contigo?

—¡El no me cazó! —exclamó Honorita con tono irritado—. Aunque intenté atraer su atención para que lo hiciera se dedicó a investigar esas horribles piedras y no me hizo el menor caso. Entonces yo me acerqué a él y dije: "¿Estás ocupado, verdad?~" E imaginad lo que dijo: "Bastante". Eso dijo. Sólo eso. "Bastante~.

—¡Oh!—dijo Griselda—. ¿Qué hiciste tú entonces, querida?

—Yo dije: "¿Y cómo se llama usted, Señor Ocupado? ¿Es usted un geólogo o algo así?" ¿Y qué creéis que dijo?

—Oh, continúa, querida—susurró Griselda.

—Pues dijo: "Me temo que sólo un aficionado", eso dijo: "Sólo un aficionado". Bueno, estuve a punto de irme. Lo habría hecho, pero el dijo: "Oye, por que no me echas una mano, yo no puedo con todo", y me di cuenta de que no me miraría siquiera hasta que consiguiese su juguete, así que pensé que sería mejor ayudarlo. Así lo hice, pero se me cayó la piedra de la mano y fue a dar en los pies del Sr. Geólogo Aficionado, y entonces ya no podía cazarme, aunque quisiese, pues se había quedado cojo.

Wilbur la miraba con aire bovino.

—Debo decir que Honorita se portó magníficamente. Allí estuvo ahuyentando a los leones y a los leopardos hasta que pude caminar de nuevo, y entonces me ayudó enormemente en mi trabajo.

—¡Oh, enormemente! —exclamó Honorita.

—Y así, ahora somos pareja —concluyó sencillamente Wilbur.

—Eso somos también nosotros—dijo una voz tímida a nuestra espalda.

Todos nos volvimos para ver a Alexander, con el bastón en una mano y una chica realmente encantadora, que tenía anchuras de hipopótamo, cogida amorosamente de la otra.

—¡Alex!—gritamos nosotros.

—¡Petronella!—gritaron ellas.

Y siguió una vez más la ronda de presentaciones y felicitaciones.

Pero tan pronto como pudimos, Oswald, Wilbur y yo llevamos a Alexander aparte y le preguntamos cómo había obtenido los favores de la hermosa Petronella; no había duda de que estaba absolutamente loca por él.

A Alexander pareció sorprenderle nuestra pregunta.

—Bueno, lo normal, supongo. Al día siguiente de separarnos me oculté entre unos matorrales y me puse a observar a unos patos (qué sorprendentes son los patos) cuando de pronto todos levantaron el vuelo con un despliegue de espuma... Tienen que correr como un metro para elevarse, sabéis... y entonces pasó Petronella justo delante de mí. Me levanté de un salto y la dejé sin sentido de un golpe de bastón. Hice bien, ¿no es cierto?—añadió, con ansiedad.

—Muy bien—dijo Oswald, con expresión insondable.

—Menos mal —dijo Alexander con alivio—. Me pareció un poco tosco el procedimiento. La pobre tenía la cabeza dolorida cuando volvió en sí, pero pronto la hice reír con unos bocetos de patos que yo había hecho en la arena para pasar el rato mientras ella estaba inconsciente. Pasamos una maravillosa luna de miel—añadió con una sonrisa de felicidad—. Realmente maravillosa. ¿No creéis que es magnífico el amor?

—¡Lo es!—respondimos a coro.

Unos días más tarde regresamos a casa. Fue un viaje bastante lento, pues Wilbur no quiso desprenderse de sus rocas. El y Honoria recorrían unos diez metros con ellas y luego tenían que pararse y posarlas. Honoria sugirió varias veces que sus hermanas debían ayudarla.

—Es tu pareja, querida —contestaban estas invariablemente.

Así que tuvimos mucho tiempo para hacer pequeñas cacerías, para contemplar el paisaje, hacer excursiones, observar a los pájaros. Al fin, sin embargo, llegamos al país familiar y tuvimos que empezar a andar con más tiento para evitar las trampas. Al fin localizamos una larga espiral de humo que se elevaba hacia el cielo, y las muchachas se quedaron asombradas. No podían creer que se tratase de humo industrial, no volcánico. Pero a medida que nos acercábamos, empezamos a mirarnos unos a otros inquietos. Algo iba mal. Yo lo sabía. Y Oswald, y Alexander, y las chicas. Incluso Wilbur, que jadeaba bajo el peso de su piedra. Al fin Oswald habló por todos:

—¿Qué es ese terrible olor?

Nos paramos a oler.

—Me recuerda algo —dije— pero no puedo situarlo.

—No son cadáveres, ni volcanes—dijo Oswald—, pero hay algo ardiendo. Temo que haya habido un accidente.

Sin embargo no resulta del todo desagradable —dijo Alexander— y ejerce sobre mí un efecto curioso: se me llena la boca de saliva.

Descubrimos que producía ese efecto en todos nosotros.

—Vamos —dijo Oswald—. Será mejor que comprobemos lo que es— y, con Wilbur y Honoria siguiéndonos trabajosamente, fuimos hacia la cueva. Aquel extraño olor torturante era cada vez más intenso.

Vimos con alivio que toda la horda estaba en casa, sentada alrededor del fuego, que sin embargo chisporroteaba, crepitaba y chirriaba de modo muy extraño. De vez en cuando se levantaba una tía, pinchaba un gran trozo de carne entre las brasas y le daba la vuelta.

—Vaya, eso es paletilla de caballo —murmuró Oswald.

—Y eso lomo de antílope—comenté yo. Recorrimos el último kilómetro a toda prisa, y, con nuestras mujeres pisándonos los talones, irrumpimos en el círculo familiar.

—Bienvenidos a casa, queridos—gritó Padre.

—Llegáis a tiempo para la cena —gritó Madre, y había lágrimas de alegría en su bondadoso rostro.

Luego hubo una algarabía de gritos, risas, abrazos: "¿Clementina? ¡Oswald es un hombre afortunado!" "¿Y quién es la señorita de los ojos brillantes? ¿Griselda? ¡Justamente lo que Ernest necesita, querida!" "¿Petronella? Qué figura tan soberbia... ¡Quién iba a pensar que nuestro Alexander consiguiera una chica así!" "¿Y Honoria? Bueno, bueno, qué bonita.. ¿Y qué es esto que nos has traído? Qué roca más bonita... Qué detalle de tu parte, querida, traernos un regalo". Y así sucesivamente hasta que yo alcé la voz.

—¡Madre! ¿Por qué demonios estáis utilizando carne buena como leña?

—Oh, Ernest, con tanta excitación se me olvidó; me temo que se ha pasado un poco... —y rápidamente se apartó del grupo y retiró del fuego un gran pedazo de antílope humeante.

—Oh, queridos—dijo, inspeccionándolo—. Por este lado se ha quemado del todo.

—No importa, amor mío—dijo Padre—. Ya sabes que a mí me gusta bastante hecho. Cogeré un trozo de este lado con mucho gusto.

—Pero, ¿de qué estáis hablando?—imploré yo.

—¿De qué hablamos? ¡Del guisado, por supuesto!

—¿Qué es eso? —pregunté pacientemente.

—La cena—dijo Padre—. Oh, claro, ahora caigo, tu madre no lo había inventado antes de que os fueseis. Guisar, hijos míos, es... bueno, es una forma de preparar la caza antes de comerla; es un método totalmente nuevo que sirve para reducir... bueno, los ligamentos y músculos, a una forma más adecuada para la masticación... y, bueno...

Frunció el ceño, y luego apareció en su rostro una feliz sonrisa.

—Pero, ¿para qué voy a intentar explicároslo? Se entiende mejor comiéndolo. Vamos, empezad.

Mis hermanos y nuestras mujeres se colocaron alrededor de un extraño y aromático trozo de carne que Madre les pasó. Las chicas, que ya estaban bastante asustadas del fuego, retrocedían tímidamente; pero Oswald cogió audazmente la carne, se la acercó al hocico, hundió sus dientes en ella y arrancó un trozo. Inmediatamente se puso encarnado y empezó a escupir y a jadear violentamente y soltó la carne (que Madre cogió limpiamente en el aire); le lloraban los ojos y se frotaba el cuello y hacía gestos con la boca.

—Oh, cuánto lo siento, Oswald —dijo Padre—. Claro, tú no lo sabías. Debí decirte que estaba caliente.

—Corre al río, querido —dijo Madre y bebe un poco de agua.

Oswald desapareció y un instante después oímos un gran chapoteo.

—Ya nos hemos acostumbrado —me dijo Padre— pero al principio hay que andar con cuidado. Un buen sistema es soplar y luego mordisquear un poco los bordes. Enseguida le coges el truco.

Así advertidos, los demás comenzamos a practicar el nuevo sistema. Al principio nos quemábamos la boca, pero descubrimos que merecía la pena perseverar. La carne parecía literalmente deshacerse en la boca; el gusto (el sabor mezclado de la ceniza, la carne medio quemada, la grasa semilíquida) era delicioso. ¡Especialmente el jugo! Apenas si se necesitaba masticar; el vigor y la elasticidad de aquellos músculos que podían lanzar a un ñu de doscientos kilos a ochenta kilómetros por hora se disolvían en la lengua. Era una revelación.

Pedimos a Madre que nos explicase cómo había hecho aquel descubrimiento trascendental. Pero ella se limitó a sonreír, y fue William el que dijo, mitad con orgullo, mitad con tristeza:

—Fue mi pobrecito Cochinillo.

Padre explicó:

—Si, William colaboró también en este notable invento, cuyas posibilidades apenas si hemos empezado a explorar. ¿Os acordáis del perro? Pues bien, William intentó otra vez el experimento, poco después de que vosotros os fueseis, esta vez con un pequeño jabalí, al que le puso por nombre Cochinillo. Nunca vi animal más revoltoso, estúpido y terco. William lo mantenía sujeto con una cuerda de yedra, pero aun así se dedicaba a golpear a la gente con la

cabeza en las canillas. O si no a dar vueltas y vueltas alrededor de uno enlazándolo con la cuerda; además, empezó a morder a la gente. Bueno, pues un día, estábamos todos fuera cazando, salvo vuestra madre y los pequeños, y al parecer Cochinillo se enrolló en un gran tronco, y tu madre no se dio cuenta y lo echó al fuego.

—Eso dice ella —gruñó William.

—Así que el animal murió abrasado—dijo Padre—. Pero el asunto fue cómo tu madre percibió que estaba bueno para comer en un determinado estadio del proceso de combustión, y lo sacó entonces y sólo entonces. Un notable ejemplo de pensamiento intuitivo resolviendo de un golpe el problema; una síntesis instantánea de ideas que el cerebro de un simple mono nunca podría...

—Pero Madre—pregunté—¿qué te hizo relacionar al cerdo quemado con la comida?

—Bueno, querido —dijo Madre—. Supongo que fue una tontería, en realidad, pero ya sabes las taquicardias que le dan a Padre últimamente (sobre todo después de comer elefante), y estaba preocupada; entonces, cuando el animalito del pobre William empezó a asarse no pude dejar de recordar el olor extraño del Tío Vanya cuando pisó una brasa y cuando la Tía Pam se cayó en el fuego, y lo blandas que quedaron las partes alcanzadas por el fuego.

—¡Así que por eso me había parecido familiar el olor del asado!

—Genio—dijo Padre respetuosamente—. Puro genio. Un paso adelante de toda la especie. Un paso adelante de incalculable valor, que abre magnificas posibilidades.

—¿Y se puede cocinar cualquier cosa? —preguntó Oswald—. ¿O sólo cerdo y antílope?

—Cualquier cosa —dijo Padre animosamente—. Cuanto mayor sea el animal, mayor ha de ser el fuego. Eso es todo. Si se trata de un mamut, hay que hacer una hoguera lo bastante grande para un mamut.

—Lo traeré —dijo Oswald.

—Hazlo, querido—dijo Padre—y organizaremos un gran banquete toda la horda. Estamos obligados además. Tenemos que hacer una gran celebración con discursos después de la comida y todo. Sí —añadió pensativo—, yo haré un discurso, desde luego.

Oswald se puso inmediatamente a hacer planes para una expedición cinegética de lo más ambicioso. Me di cuenta de que Padre se sentía muy contento de poder dejarlo todo en manos de Oswald. El y Wilbur iban y venían con aire misterioso y se negaban a contestar a las preguntas que les hacíamos, y a veces llegaban tarde a comer. Las mujeres iban adaptándose bastante bien, de ese modo que se adaptan los monos y las mujeres: chillando y discutiendo y hablando como las mujeres hablan, esa especie de dialecto especializado en el que cualquier otra palabras parece decirse entre comillas. Pero para mi pesar descubrí que se había producido un cambio en mi querida hermana Elsie. Yo tenía muchas ganas de verla de nuevo, incluso durante mi luna de miel, y le había hablado a Griselda de ella y ella había dicho: "Estoy segura de que llegaremos a ser grandes amigas". Yo había pensado que, a su debido tiempo, pese a lo que Padre dijese, no habría razón alguna por la que Elsie no pudiese venir a vivir con Griselda y conmigo. Entonces yo iniciarla una horda propia realmente ambiciosa. Un harén... como los chimpancés. Y desde el principio, Elsie pareció adorar a Griselda. Estaban siempre juntas; Griselda enseñó a Elsie a colgarse trozos de pieles de animales alrededor del cuello y a arreglarse el pelo con espinas de peces y orquídeas. Elsie enseñó a Griselda a cocinar. Pero Elsie no tenía tiempo para mi. Todo el sentimiento de camaradería que existía antes entre nosotros, parecía haberse desvanecido. Si me acercaba a hablar con ella, me contestaba con brusquedad: "Ahora no me molestes, Ernie, ¿no ves que estoy ocupada?" Y si le daba los riñones asados de mi trozo de cordero, inmediatamente se los pasaba a los pequeños o a Griselda, diciendo: "Son tuyos, querida; tienes que enseñar a Ernest mejores modales en la mesa". Resultaba además más duro todo esto teniendo en cuenta que Elsie se había convertido en una joven encantadora, siendo en cuanto a formas y color el complemento perfecto de Griselda, y además tan veloz como ella corriendo, y tan diestra.

Tampoco me agradaba gran cosa cómo trataba Padre a ambas chicas. Cuando regresaba de sus misteriosas excursiones con Wilbur, a veces cansado y desalentado, parecía no querer más compañía que la suya; y enseguida se les oía reír a los tres, felices. Más de una vez sorprendí a Padre paseando, Griselda a un lado y Elsie al otro, rodeando a ambas por la cintura. Y no sentía la menor vergüenza cuando yo me unía a ellos.

—Hola, Ernest —gritaba—. ¡Ya ves que tu viejo padre aún puede manejar a un par de chicas bonitas!

—Yo creí que sólo te interesaban las cuestiones científicas —contesté fríamente, alejándome.

Por alguna razón, todos parecían encontrar esto sumamente divertido, y cuando más tarde volví a plantearle la cuestión a Griselda, ella sólo dijo, frotando su nariz contra la mía:

—No te inquietes, celosillo. Estoy cultivando a tu familia. Pero te quiero a ti, y seguiré siempre contigo.—Yo me sentía, de todos modos, muy desgraciado.

Descubrí que las comidas cocinadas introducían una gran diferencia en mi vida. Ahora que el comer significaba mucho menos tiempo, tenía suficientes periodos de ocio para poner en orden mis pensamientos. Oswald dedicaba el tiempo libre a cazar, y Padre a experimentar; pero yo dedicaba buena parte de él a la introspección. Y, súbitamente, comprendí cuántas cosas ocurrían encima de mis mandíbulas y detrás de mis ojos, con total independencia de lo que sucedía frente a ellos. Tanta independencia, en realidad, que, cuando me dormía, estos acontecimientos internos seguían desarrollándose, e incluso con mayor viveza. Pero yo perdía por completo el control de ellos y se convertían en una especie de imagen espejo, un reflejo sobre el agua quieta, del mundo espacial en que se movían mis miembros exteriores. Sin embargo, yo también tenía un cuerpo en aquel mundo; un cuerpo-sombra que a veces se movía de un punto a otro a una velocidad de centenares de kilómetros por hora, pero que parecía enraizado en tierra cuando intentaba desesperadamente huir de un león. No bastaba con desechar todo esto como sueño, pues era tan sólida parte de la realidad como mi hacha de pedernal. Sucedió. De modo tan impredecible y aterrador como en el mundo exterior, quizás de modo más impredecible y aterrador.

Una noche que estaba en la tierra de los sueños, por ejemplo, fui perseguido horas y horas por un león. Al final me arrinconó. Acorralado, le arrojé mi lanza, que parecía haberse convertido en una simple caña. Sin embargo, voló ligera por el aire y ensartó al león con la misma facilidad que si fuese el gibón asado que había comido para la cena. Además, de un modo incomprensible, el león era el gibón, Y de pronto, el león dijo alegremente:

—¡Al fin, Ernest, has hecho algo por la especie! Has reemplazado al animal jefe. Las posibilidades son magníficas. Explotadas adecuadamente, pueden llevar a la subhumanidad a las más altas ramas del árbol de la evolución. ¡Gloria, gloria, aleluya, mis ojos contemplan el fin del Pleistoceno!

Con la voz de Padre repiqueteándome en los oídos, desperté bajo las estrellas, temblando y sudando. Desde aquel día no he vuelto a comer de noche gibón asado.

Los preparativos de Oswald aún no estaban a punto. Una mañana volvió de una prolongada expedición de reconocimiento, a decirnos que grandes rebaños de mamuts, elefantes, bisontes, búfalos y una magnífica selección de ungulados avanzaban hacia posiciones muy adecuadas para el ataque. Al cabo de una hora, salió toda la horda, dejando a Madre y a Tía Mildred al cargo de los niños de edad precinegética. Oswald se puso al mando de la expedición, y Padre obedecía sus órdenes con presteza y habilidad. Oswald desplegó el cuerpo principal de sus fuerzas a lo largo del territorio en una gran red, en la que los animales habrían de entrar con el viento en contra; un pequeño destacamento, formando principalmente por mujeres, se encargó de realizar una marcha rápida a través del territorio para situarse detrás de los rebaños y

dirigirlos, mediante ruidos y gritos, al interior de la red; los niños más pequeños actuaban como correos para informar de las posiciones de los diversos grupos. El mismo, con su estado mayor, escalo un cerro convenientemente emplazado de modo que desde allí pudiese dirigir las operaciones, y unirse a los cazadores que pudiesen necesitar refuerzos en un momento dado.

Todo se desarrolló a las mil maravillas. Los rebaños estaban tan asustados por los batidores, que corrieron a ciegas cayendo en emboscada tras emboscada. Algunos de los grupos de Oswald condujeron con gran habilidad mamuts y elefantes a pozos y trampas, mientras otros alanceaban caballos, cebras, búfalos e incluso gacelas a fin de poder disponer de buena variedad de carne. Al cabo de una semana, teníamos mucho más almacenado de lo que podíamos transportar hasta casa; pero, como siempre, tuvimos que compartir nuestro botín con toda una hueste de hienas, chacales, buitres y milanos que aparecían por todas partes dispuestos a hartarse a nuestra costa.

—Muy bien, muy bien—dijo Padre, supervisando con satisfacción la carnicería—. ¿Os acordáis cuando nosotros figurábamos también entre los carroñeros? Ahora son ellos los que nos siguen—y con una piedra bien dirigida hizo huir cojeando entre aullidos a una hiena.

Cargados de carne de todo tipo, volvimos alegremente a casa, y encontramos a Madre esperándonos con un gran fuego. Pronto fabricamos espetones y parrillas con madera verde; extendimos brasas para asar, y amontonamos cenizas para cocer huevos de avestruz, de *aepiornis*, de cigüeña y de flamenco. Al caer la noche, una poderosa claridad iluminó el campo; y poco después llegó Tío Vanya.

—¡Hombre, Vanya! —gritó alegremente Padre—. Llegas a tiempo para la fiesta. ¡Cuánto me alegro de que hayas venido!

Tío Vanya contempló sombrío el banquete que estaba preparándose, olisqueó su fascinante aroma, y dijo:

—Vais de mal en peor, Edward. ¿Has pensado en las consecuencias de los alimentos cocinados para tu dentadura? No me extrañaría que la mitad de vosotros tengáis ya podridos los dientes. Sí, me quedaré. Pero puedo ver en que triste ocasión.

Sin embargo, le convencimos para que probara los diversos platos, y por lo que pude ver comió con la misma voracidad que el resto.

Y fue, desde luego, un gran asado aquél, servido con una variedad culinaria más que homérica: todo tipo de carne asada, frita, a la parrilla. Para el plato principal cortamos tiras de los muslos de elefantes, antílopes y bisontes, los envolvimos en capas de grasa y pusimos encima más carne cruda. Asados los trozos, los salpicamos con la sangre de los animales, zumo de moras y yemas de huevos de *aepiornis*; luego los sacamos y comimos las partes internas y cortamos las exteriores en trozos pequeños y los tostamos pinchados en espetones.

Por fin, concluimos. Entonces Padre se levantó y habló.

—¡Parientes, compañeros, hijos e hijas! Esta es realmente una ocasión feliz y auspiciosa, y creo que no pueden faltar unas palabras para explicar su significado, y pasar revista a triunfos anteriores y pensar en futuras empresas. Esta noche damos oficialmente la bienvenida a la horda a cuatro encantadoras damas que se han convertido en compañeras de nuestros cuatro hijos mayores. Pero hacemos algo más que eso: su llegada aquí inaugura la nueva costumbre según la cual un hombre-mono debe buscar y hallar otro grupo de la familia subhumana, y toda chica-mono debe dejar padre y madre y seguir a su compañero. Esta noble institución, como ya he explicado, creará nuevas energías que contribuirán a acelerar sin duda el ritmo del progreso material y moral. Estoy completamente seguro de que los que han participado en este importante experimento, por doloroso que pudiera resultar al principio, se sienten muchísimo mejor

gracias a él.

—Así es —dijeron Oswald, Wilbur, Alexander y las chicas cuando Padre hizo una pausa ante los aplausos.

—Tecnológicamente—continuó Padre, después de hacer una inclinación de agradecimiento—estamos pasando por una auténtica revolución. El perfeccionamiento de los instrumentos de pedernal es lento, pero firme. Por otra parte, con el dominio del fuego, tenemos en nuestras manos un arma invencible para la supremacía mundial.

—¡Qué vergüenza, oh qué vergüenza! —gritó Tío Vanya—. Wilbur, mira a ver si puedes romperme este hueso, hijo mío, que no puedo sacar el tuétano.

—Creí que os sorprendería—dijo Padre—, pero sin duda es evidente... ¿Suponíais cuando arrojamos a los osos de esa cueva que íbamos a contentarnos con eso? Fue sólo una importante batalla en una gran guerra. Todos los días aparecen hombres-monos devorados por carnívoros, aplastados por elefantes, mastodontes e hipopótamos, destrozados por rinocerontes, ensartados por todos los animales de cuernos, envenenados por los mordiscos de las serpientes venenosas o estrangulados por las que no tienen veneno. Y lo que colmillos, cuernos, pezuñas o veneno dejan lo destruyen toda una serie de otros enemigos mortíferos, algunos tan pequeños que apenas se ven, pero que llegan en tan incontables huestes que no podemos derrotarlos. Todavía.

~El hombre no lleva aún mucho tiempo sobre la Tierra, y la especie misma corre constante peligro de extinción. Nuestra respuesta es la lucha; dedicarnos a exterminar todas las especies que nos exterminen a nosotros, y respetar sólo a las que se someten. Al resto de las especies les decimos: ¡Cuidado! O sois nuestros esclavos o desapareceréis de la superficie de la Tierra. Los amos aquí seremos nosotros; vamos a derrotaros en la batalla del pensamiento, en la batalla táctica, en la batalla de la evolución y en la de la propagación de la especie. Esa es nuestra política; no hay otra.

—Si que la hay —dijo Tío Vanya—. Volver a los árboles.

—¡Bah! ¡Volver al Mioceno!—replicó Padre.

—Nada tenía de malo el viejo Mioceno —masculló Tío Vanya—. La gente sabía cuál era su sitio...

—Y mira lo que ha sido de ellos: ¡fósiles!—replicó Padre—. El dilema es volver atrás o seguir adelante; pero no puede uno quedarse parado... ni siquiera en los árboles. Os digo que el deber del hombre-mono es sólo uno: continuar, seguir adelante, en pro de la Humanidad, la Historia, la Civilización. Decidamos pues esta noche...

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! Tío Vanya comenzó a golpearse el pecho con los puños como un gorila desdeñoso.

—Decidamos—dijo Padre, alzando la voz—. Decidamos, repito, no darnos jamas por satisfechos, perseguir constantemente el progreso. En la elaboración de pedernales continuemos hasta pasar del Paleolítico al Neolítico...

Wilbur, con un grito, golpeó dos pedernales: ¡*Chip, chip, chip!*

—En el campo de la caza, debemos mejorar constantemente nuestros proyectiles...

Oswald empezó a hacer chocar entre sí sus varas, animosamente.

—En el campo doméstico, que las artes del hogar colaboren también cada vez más en esta gran lucha...

Resplandeciente de dicha, Madre comenzó a tamborilear con los huesecitos que utilizaba para enseñar a los niños a afilar sus dientes de leche.

—Que las bellas artes se desarrollen y estimulen nuestra observación de la naturaleza...

Alexander cogió un cuerno de cabra y sopló por él lanzando un extraño ruido.

—Y aquéllos que nada han aportado todavía a esta gran empresa, y no han hecho hasta ahora más que discutir y poner inconvenientes, apliquen su ingenio... también a esta empresa común...

Yo empecé a silbar despectivamente.

El ruido era ahora tremendo, y ahogó por completo el final del discurso de Padre. Tío Vanya se golpeaba el pecho con firme repiqueteo, y todos tamborileaban o golpeaban con algo. Luego la voz de Padre volvió a elevarse sobre el estruendo:

—¡Eso es, seguid, estamos consiguiendo algo interesante! ¡Presto, Oswald! ¡Mantén la nota, Ernest! Introduce ahora la percusión, Vanya, eso es. Y ahora tú también, Wilbur. Ahora los instrumentos de viento, Alexander; castañuelas, amor mío, por favor; otra vez los tambores, Vanya...

*¡Clat, clach, raj raj, bum bum! ¡Clach, clat! ¡Buuuum, raj raj, bum bum!*

Con una vara en la mano, Padre iba indicándonos el orden, haciéndonos callar con la otra mano. El ruido comenzó a tomar forma; a cobrar vida, a girar de un lado a otro como una nerviosa serpiente.

*¡Raj bum raj, clat, clach! ¡Bum, clat, raj, bum!*

De pronto se produjo una agitación y un movimiento. Las mujeres se habían puesto de pie y habían empezado a agitarse extrañamente, moviendo sus puños en el aire.

—¡Seguid! —gritó Padre entusiasmado, cuando la hilera de mujeres se aproximó a la hoguera—. ¡Mantened el ritmo! *¡Molto Allegro!* ¡Presto! ¡Tambores! ¡Castañuelas! ¡Viento! Seguid!

Abajo en el bosque los leones rugían en protesta, los elefantes bramaban irritados en las ciénagas, y todos los chacales de la selva se pusieron a ladrar. Podíamos llevar poco tiempo sobre la Tierra; la especie podía estar muy esparcida; la lucha por la supervivencia podía ser dura y la Era Paleolítica extenderse interminablemente ante nosotros; pero bailábamos.

Sudábamos por frentes y lomos; Tío Vanya se había aporreado tanto el pecho que lo tenía lleno de cardenales; la voz de Padre era ronca; pero las mujeres seguían agitándose y girando y aullando a la luz de la hoguera. ¡Que danza tan maravillosa aquella primera danza! Terminó abruptamente. Irrumpieron de pronto media docena de grandes sombras, se aproximaron a las mujeres y en medio de chillidos y de piernas agitándose en el aire, desaparecieron con ellas como águilas con su presa. Elsie, Ann, Alice, Doreen desaparecieron en la oscuridad; y con ellas varias tías.

Aunque estaba agotado de tanto silbar, me lancé en su persecución; pero tropecé con las piernas extendidas de Griselda y caí de bruces. Oswald tiró sus lanzas en vano; Wilbur y Alexander se quedaron inmóviles de asombro. Tía Mildred se había refugiado bajo el brazo protector de Tío Vanya como un cachorro en su madriguera; Padre se dedicaba a observar sin demasiado interés, el bastón alzado, como si estuviese a punto de iniciar otra vez la música. Nuestras hermanas habían desaparecido.

Aunque estaba medio atontado por el golpe, intenté organizar un grupo para salir en su persecución.

—Deja en paz a mis hermanos, Ernest —dijo Griselda.

—Emparéjate y deja emparejar—dijo Padre—. Bien, Madre, ya no tenemos que preocuparnos de las niñas. No llores; son excelentes cocineras y harán unas magnificas esposas. Así es la vida, como sabes.

De pronto lo comprendí todo. Miré a Padre, luego a Griselda. ¡Así que aquél era el secreto que se traían! ¡Y también Elsie! ¡Oh, cuánta perfidia!

—¡Vosotros lo planeasteis todo! —bramé.

—No, no, hijo mío —dijo Padre—Permíteme que te diga que lo dejé en manos de la naturaleza... únicamente la encaucé un poco, eso es todo.

—¡Pero me han dejado a mi! gimió Tía Pam—. ¡Se han llevado a Aggie, a Angela y a Nellie y me han dejado a mi! —Realmente, ella era la única tía viuda que quedaba.

—Bueno, no creo que estén todavía tan lejos—dijo Padre.

En un instante Tía Pam, su largo pelo flotando al viento, se lanzó a la oscuridad.

—¡Esperadme! —chillaba, y sus gritos siguieron oyéndose, cada vez más lejanos y apagados en la selva, largo rato—. ¡Esperadme!

Una tarde, poco después, Padre entró saltando en la cueva seguido de Wilbur.

—¡Lo logramos!—gritaba entusiasmado—. ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Lo logramos!

—¿Qué lograsteis?—exclamaron todos, salvo yo.

—¿Qué habéis hecho ahora?—dije, con tono resignado.

—Venid y lo veréis—gritó Padre—. No se lo digamos, Wilbur. Que lo vean ellos mismos. Vamos, venid todos. Todos. Es demasiado bueno para perderselo.

Seguimos a Padre y a Wilbur por la espesura varios kilómetros y luego escalamos un cerro.

—¡Mirad! —gritó Padre teatralmente.

Al pie del cerro se alzaba una larga columna de humo, y pudimos oír el crepitar de una gran hoguera.

—Otro fuego—dijimos.

—Pero lo hicimos nosotros —dijo Padre, explotando de orgullo.

—¿Quieres decir que has vuelto al volcán, querido? —preguntó Madre—. Lo has hecho muy deprisa. Te fuiste esta mañana.

—No hemos tenido que ir al volcán—dijo Padre—. No tendremos que volver nunca a ese maldito volcán. ¡Hicimos el fuego! De la nada. O más bien con pedernales. Esa piedra roja que trajo Wilbur del lago es magnífica. ¡Cuando la golpeas con los pedernales ordinarios, vuelan las chispas! Pero no una o dos, sino montones. La cuestión era capturarlas. Lo intentamos todo sin resultado hasta que esta mañana hallamos la respuesta. ¡Basta con unas cuantas hojas secas desmenuzadas con la mano! ¿Os dais cuenta? Sólo unas cuantas hojas secas, luego unas cuantas ramitas secas, luego un pequeño tronco seco, y así sucesivamente. Puedes iniciarlo e ir haciéndolo crecer desde un tamaño tan diminuto que apenas si parece un fuego.

Capté la idea.

—Magnífico—admití.

—Ahora—dijo Padre muy satisfecho—podremos tener fuego cuando queramos. No tenemos más que llevar encima esta nueva piedra roja, y un pedernal. Las posibilidades son fabulosas.

—El fuego que hicisteis está creciendo mucho —dije.

—Bueno, pues lo hicimos pequeñísimo —dijo Padre. Se apagará enseguida. No importa, porque podemos hacer otro cuando queramos. Hazles una demostración, Wilbur. Este es un buen sitio, está muy seco.

—Antes de hacer otro fuego—dije—, ¿no sería mejor asegurarse y apagar ese?

De pronto nos dimos cuenta de que aquello no iba a apagarse sólo. Por el contrario, incluso mientras Padre había estado hablando, el fuego había crecido muchísimo. El humo se elevaba ahora en grandes nubes y empezaba a llegar hasta nosotros. Los niños empezaron a toser. Se alzó de la llanura un terrible estruendo.

—Espero que se apague enseguida—dijo Padre inquieto—. Sólo pusimos un par de troncos para que se mantuviera encendido mientras os avisábamos.

—Un par de troncos—dijo Oswald—. ¡Mirad eso!

A media ladera, un matorral de espinos rompió en llamas súbitamente. Luego se avivó el viento, y comenzaron a llover sobre nuestras cabezas chispas.

—Esto es terrible —dijo Padre, mordiéndose los labios.

Un fragmento de hierba seca se incendió de pronto bajo sus pies.

—Terrible—repitió, dando un salto—. Lo mejor sería retroceder. Ya pensaré algo para apagarlo de camino .

—¿De veras?—dije burlonamente—. Muy bien, será mejor que lo pienses rápido. ¡Se ha entendido también por aquel lado!

Las mujeres comenzaron a gritar. El cerro estaba casi rodeado por un mar de fuego que avanzaba rápidamente hacia la cima. Toda la llanura parecía estar incendiada, y una luminosa línea de fuego avanzaba firme, ensanchándose a cada instante.

—Hay un hueco allá abajo—gritó Oswald, echándose al hombro a un niño—. ¡Coged a los niños y salgamos corriendo de aquí, o todos pereceremos!

En cuestión de segundos corríamos todos cerro abajo. Llegamos al hueco entre los dos fuegos antes de que se cerrase, pero allí el calor era feroz y el ruido ensordecedor. El sol quedaba oscurecido por un gran palio de humo. Resultaba difícil respirar, y aun más ver de qué dirección venía el fuego. Lenguas de llamas saltaban del humo, primero de un lado y luego del otro. Bajo nuestros pies brotaban pequeños fuegos; teníamos ya chamuscados pies y piernas.

—Corramos a la cueva—gritó Padre—. Allí dentro estaremos seguros.

Tosiendo y asfixiándonos, con los niños gritando y retorciéndose de dolor y de miedo en brazos, continuamos huyendo. Pero pronto pudimos ver que nuestra vía de retirada estaba obstruida; el fuego era capaz de correr más deprisa que nosotros.

—No tiene objeto, Padre—gritó Oswald—. No podemos pasar. ¿No será mejor ir por el otro lado?

Padre parecía angustiando. No había cuevas ni rompefuegos de ningún género en la única dirección que aún quedaba despejada. Si el fuego nos seguía allí acabaríamos asados. Pero no teníamos ya otra elección.

—¡Qué nadie se disperse! —gritó—. Oswald, tu dirigirás. Yo procuraré que las mujeres no se retrasen.

Arrancó una vara de un matorral de bambú y lo aplicó diestramente en el trasero de Petronella, que iba la última en nuestra fila de fugitivos.

—¡Vamos! —gritó.

—No puedo—gimió ella—. Estoy agotada.

—No lo estás—rugió Padre—. Sigue—y ella continuó avanzando, tambaleándose, hasta que Alexander, que iba ya cargado con dos niños, se puso a su lado y se las arregló para estirar un brazo hacia ella e ir empujándola. El palo de Padre siguió cayendo implacable sobre los rezagados.

Y entonces, ante nuestra sorpresa, nos dimos cuenta de que no estábamos solos.

De la maleza surgían antílopes, cebras, impalas y jabalíes verrugosos que se unían a nosotros mirándonos con ojos aterrados. Una pequeña manada de jirafas saltó delante de Oswald pasando oportunamente a servirle de unidad exploradora, pero la mayoría de los animales de caza se colocaban a nuestro lado, mostrando completa confianza en nuestra dirección. Oí a mi lado un pesado jadeo, miré y vi a una joven leona con un cachorro casi recién nacido entre los dientes. Lo dejó caer a mis pies, me lanzó una mirada suplicante y se lanzó de nuevo entre las llamas, surgiendo al instante con otro cachorro que tenía la piel chamuscada. Llevando al primero un trecho y volviendo luego a por el otro, siguió un rato a nuestro lado, sin dedicar siquiera una mirada a las gacelas con cuyos sudorosos flancos se rozaba. Poco después se le unió una pantera que llevaba un solo cachorro, y más tarde una familia de babuinos refugiados, cargados de crías. Por último oímos un gran estruendo, y de una euforbia gigante, cuya copa había empezado a arder, se descolgó Tío Vanya.

—¡Te dije que pasaría algo así! —bramó furioso—. ¡Es el fin del mundo! ¡Ahora sí que la has hecho buena, Edward!

—Cuídate de que Mildred no se quede atrás—replicó Padre—. ¡Llegas justo a tiempo! —Y todas las energías de Tío Vanya quedaron absorbidas desde aquel momento.

Durante un rato pareció que íbamos a ganar al fuego. Justo frente a nosotros había una garganta rocosa pero baja, hacia la que nos dirigimos todos. Salimos a una amplia extensión de hierba y matorrales; si el fuego nos alcanzaba allí, sería la muerte. Esto parecía ya seguro, pues a derecha e izquierda corrían hacia nosotros los animales como hacia un santuario protector. Incluso llegaban las serpientes, silbantes y aterradoras, deslizándose a través de la hierba. Sólo las aves, que volaban en densas formaciones, parecían seguras; halcones, buitres y otras especies aprovechaban nuestro desastre y se

lanzaban sobre las culebras y los animales pequeños, llevándoselos como fáciles presas. Estábamos demasiado agotados para seguir; y además nos dimos cuenta de que era inútil

intentarlo, pues las jirafas, que se habían lanzado al galope al llegar a terreno abierto, retrocedían. El círculo se había cerrado.

Escalé las rocas de la cañada, donde se habían reunido toda clase de animales. Había allí leones y cabras, leopardos y babuinos, hienas y antílopes, contemplando fascinados el incendiado horizonte. A lo lejos se extendían dos largos cuernos de fuego, que claramente iban a encontrarse si es que no lo habían hecho ya. Peor aún, el viento había variado ligeramente de dirección y las llamas empezaban a avanzar hacia nosotros. El otro lado de la cañada estaba bloqueado por el horno del bosque ardiendo;

por delante teníamos el camino cortado por las llamas que avanzaban hacia nosotros por la hierba.

—¡La situación es muy difícil—grité a Padre—. No hay salida, y está empezando a aproximarse.

—¿Cuánto tardará en llegar aquí?—gritó Padre.

—Media hora como máximo dije yo.

—Entonces venid y ayudadme —gritó Padre. Cuando yo me uní a ellos, él daba órdenes con tono agudo e incisivo.

—Colocad a los niños junto a las rocas. Luego la mitad seguid a Wilbur y la otra mitad a mí.—El corrió hacia un lado y Wilbur hacia el otro.

Seguí a Padre y vi horrorizado que se agachaba para arrojar chispas de sus pedernales sobre la hierba seca.

—¿Estás loco?—grité.

—¡Tenemos que hacer un cortafuegos de hierba quemada que el fuego principal no pueda cruzar! —contestó él—. Wilbur y yo encenderemos pequeños sectores y luego vosotros los apagareis golpeándolos con varas para que no quede vegetación en el suelo. Es nuestra única posibilidad.

Después de pensarlo un momento, entendí la maniobra, y empezamos a trabajar rápidamente. Frente a nosotros, y avanzando como mil rojos rinocerontes, se alzaba la gran cortina de llamas y humo. Con lo que parecía lentitud desesperada, quemamos la hierba en pequeños sectores controlables, apagándolos progresivamente, y creamos una zona negra y sin combustible alrededor de nuestros pequeño santuario, lleno de mujeres, niños y animales temblorosos y aterrados.

Lo terminamos justo a tiempo, y retrocedimos cuando caían bramando sobre nosotros grandes y feroces columnas de llamas. Una ola inmensa de calor calcinante nos hizo pegarnos a las ya sobrecalentadas rocas. Frenéticamente metimos puñados de hierba seca en las bocas de los niños, mientras los animales chillaban y se retorcían, y una monstruosa nube de humo, salpicada de flameantes partículas de hierba y ramitas ardiendo, lo envolvió todo.

Pero pasó. Pasó sobre nosotros y se perdió en la ya ennegrecida selva de la que había venido. El humo fue desvaneciéndose gradualmente y no resultó ya tan difícil respirar. Entonces una misma idea se apoderó de todos nosotros hombres y animales: encontrar agua. Lentamente todo el grupo, los de dos patas y los de cuatro, nos internamos entre las ardientes cenizas, que era todo lo que quedaba de la vegetación, camino del río más próximo. Nadie cazaba a nadie; cada uno llevaba o conducía a sus crías, camino de los bebederos donde esperaban los cocodrilos. Pero ante tal cantidad de animales se quedaron perplejos; nunca habían visto chapoteo tan tremendo de garras y pezuñas, y desaparecieron. Luego, sin peligro ya, aplacada la sed y refrescadas las quemaduras, todos empezaron a mirarse de nuevo. En unos instantes, desaparecieron todos, salvo una cría de liebre perdida que William cogió en brazos.

—Bueno, qué le vamos a hacer—dijo Padre, animosamente—. Ya veis, sin embargo, qué invento tan maravilloso es. Si no hubiésemos podido Wilbur y yo hacer fuego exactamente cuando queríamos y donde queríamos, todos estaríais asados en este momento.

Tío Vanya abrió la boca. Luchó en vano buscando palabras y, derrotado, la cerró de nuevo. Se levantó, alzó la mano al cielo en un gesto desesperado y se alejó lentamente, levantando nubes de blanca ceniza a cada pisada. El comentario quedó para Griselda. Negra de la cabeza a los pies, con las cejas y la mayor parte del pelo quemados, volvió tristemente hacia mí sus ojos enrojecidos.

—Tu Padre —masculló— es imposible.

Tardamos un buen rato en llegar otra vez a la cueva, La mayor parte del territorio estaba cubierto de una alfombra de ceniza. Quemaduras y ampollas nos molestaban muchísimo; los niños lloriqueaban y gemían y había que llevarlos en brazos cada poco. Griselda estaba muy deprimida, pero al fin se había convencido de que Padre era en realidad un peligroso revolucionario. Yo pensé que esto era positivo, al menos, e intenté animarla contándole mis importantes conclusiones sobre el significado de los sueños: las breves visitas que hacemos a aquel otro mundo cuando el cuerpo se encierra en el sueño, mundo en el que parece razonable suponer que nos hundimos por entero cuando caemos víctimas de algún enemigo.

—Estás hecho un filósofo, no hay duda —dijo Griselda, contemplando sombría su reflejo en un estanque por el que pasamos—. ¿Crees que volverá a crecerme el pelo por este lado? ¿O se me caerá lo demás y me quedaré calva para toda la vida?

En realidad todos, salvo Padre, estábamos de muy mal humor. Este hurgaba muy interesado en la ceniza con un palo, y de vez en cuando encontraba hyrax, culebras y ardillas que ofrecía a todos diciendo que no todos los días se encontraba carne caliente gratis. Pero no estábamos de humor para apreciar los manjares. Cuando llegamos a la cueva, el fuego, claro está, se había apagado. Padre amontonó hierba y hojas secas y trozos de madera chamuscada del bosque incendiado y con su eslabón y su pedernal pronto encendió otra hoguera.

—Ya veis —dijo orgulloso—. ¡Ha sido terrible sin duda, pero daos cuenta de que merece la pena. Fuego cuando uno quiere, donde quiere, y con mínimo esfuerzo. Se tardará mucho en mejorar este procedimiento.

—Sí —dijo Oswald—. Pero de todas maneras, Padre, no tiene mucho objeto que hagamos fuego si tenemos que salir de aquí inmediatamente.

—¡Marcharnos! ¿Por qué demonios habríamos que hacerlo? —exclamó Padre.

—¿Marcharnos?—gimió Madre—. La primera noticia que tengo. Y espero que la última.

—¿Marcharnos?—gritó Tía Mildred—. Yo no podría. No puedo dar un paso más.

—Pues tendremos que irnos de todos modos —dijo Oswald—. Al parecer no os habéis dado cuenta ninguno de que los pequeños experimentos de Padre han acabado con la hierba, y con la mayoría del bosque, en setecientos kilómetros a la redonda. Si no hay hierba, no habrá caza, sin caza no hay comida. En resumen, tenemos que largarnos.

—Mañana saldremos hacia nuevos bosques y nuevos pastos —dije yo mecánicamente, en un eco.

—¡Mañana! —gritaron las chicas—. ¡Oh, no, no hablaréis en serio!

—Y eso significa —dijo Madre lúgubrementemente, mirando a Padre— el final de la cueva.

—Te encontraré otra cueva, querida —dijo Padre—. En fin... ésta estaba quedándose un poco pequeña para nosotros, ahora que los chicos tienen familia propia, ¿no crees? Lo que necesitamos —continuó, animándose a medida que hablaba— no es simplemente una cueva, sino una serie de cuevas; semiindependientes, podríamos decir. Una formación caliza sería lo adecuado. ¿Qué opinas tú, Wilbur?

—Bueno, quizás... —empezó Wilbur muy serio, pero Oswald le interrumpió.

—Lo que necesitamos —dijo— es un buen territorio de caza. Tiene que ser bueno para alimentar a todas nuestras familias. Así que no os perdáis en fantasías. Donde haya caza, viviremos, encontremos formaciones de caliza o no. Lo primero es la caza.

Oswald tiene razón—dijo Griselda—. Pero entre tanto, lo mismo que otras de las chicas, estoy a punto de tener un niño. ¿A qué distancia está ese maravilloso terreno de caza, querido Oswald?

—Aún no tengo la menor idea, querida —dijo Oswald—. ¿Cómo iba a saberlo? Tendremos que viajar hasta encontrarlo, no hay otra salida.

—¿Y cuántos días va a durar el viaje?—insistió Griselda.

—Ya te digo que no lo sé. Diez, veinte, treinta, cien quizás. ¿Qué quieres que te diga?

—¿Y dónde voy a tener este niño?

—¡Y dale con el niño! Tenlo entre unos matorrales y échatelo a la espalda luego como una buena esposa. Y deja de hacer preguntas estúpidas.

Clementina rompió a llorar.

—Ay, ay, ay, Ossy querido, me hacía tanta ilusión tener nuestro hijo aquí. Esto es tan bonito, con el agua tan cerca y tantas cosas más. Yo quiero quedarme aquí.

—¡Cállate! —gritó Oswald—. No puedes quedarte aquí y se acabó. En definitiva, ¿quién tiene la culpa de esto? No fui yo el que quemó la mitad de los pastos de Uganda, ¿no?

—He de decir, Edward —comentó Madre— que creo que deberías haber pensado en las chicas. Porque en su estado, es una suerte que no haya sucedido ya algo terrible. Y ahora quieres hacerlas recorrer cerros y cañadas...

Era raro que Padre y Madre discutiesen; de hecho, raras veces le vi que la pegara; pero esta vez explotó.

—Oye, Millicent —bramó—. Escucha, parece querer decir que no me ocupo de mi familia, cuando trabajo incansablemente por todos vosotros! ¡Por supuesto que pienso en las chicas! ¿Acaso crees que el descubrimiento que hemos hecho de fabricar fuego con pedernales no es útil para las chicas? ¿O para sus hijos? ¿Preferirías que tuviesen que hacer las cosas a la antigua, que tuviesen que subir a un volcán cada vez que quisiesen asar un pato para cenar? ¿Esa es tu idea de los ejercicios prenatales? ¿Y qué crees tú que pasaría si los volcanes se extinguieran, eh? ¿Es que no habéis pensado ninguno de vosotros en eso? ¡Apuesto a que no! Sí, ya sé que son grandes fuegos, ¡pero se apagarán como los demás! Wilbur y yo nos metimos en todo este problema...

—Lo sé, querido—dijo Madre—. Pero...

—Todo este problema—repitió Padre—. Y... bueno, pienso en la utilidad que puede tener...

—Sí, querido, pero las chicas no están en condiciones de hacer un largo viaje.

—¡Un largo viaje!—exclamó Padre—. Ahora los viajes no son nada. Antes, lo admito, era muy distinto. Te cazaban los leones, los cocodrilos, no podías encontrar nada decente que comer, y tenías que pasar la noche en los árboles. Pero eso se acabó. Ahora donde quiera que pares, no tienes más que encender un fuego o dos. Eso ahuyenta a los carnívoros. Y si estás mojado, el fuego te seca enseguida. Puedes endurecer puntas de lanzas en el camino. Puedes perseguir la caza con una lanza en una mano y una tea ardiendo en la otra. Puedes...

—Incendiarlo todo —sugerí yo.

—El fuego —dijo Padre, sin hacer caso de mi comentario—nos convierte de una vez por todas en la especie dominante. ¡Con el fuego y el pedernal conquistaremos el mundo! ¡Y tú te pones a hablarme de las chicas! Yo pienso en sus hijos, que nacerán en un mundo mejor de lo que nosotros soñamos. Estoy construyendo el futuro, y tú te pones a gruñir por tener que abandonar tu cueva un año o dos... Supongo que esta maldita hierba volverá a crecer algún día. Yo espero que llegue un día en que toda horda tenga su cueva, toda cueva su fuego, todo fuego su parrilla y toda parrilla su trozo de carne de caballo asándose... el día en que un viaje sea un agradable traslado de un hogar hospitalario al siguiente...

Pero mientras Padre elucubraba románticamente sobre esta imposible arcadia paleolítica, yo pensaba rápidamente en el significado de sus palabras. Veía con disgusto que Wilbur y Alexander y las mujeres se dejaban convencer por su charla de vendedor, y que incluso

Oswald, que normalmente veía enseguida los fallos e inconvenientes, se dejaba convencer también. Esperé una oportunidad, y cuando me la dio intervine, contundente y directo.

—¿Quieres decir, Padre, que te propones divulgar esta fórmula de fabricación del fuego a todos los habitantes de Africa?

Padre me miró fijamente.

—Claro, por supuesto.

Hice una pausa antes de contestar, luego, frunciendo los labios, dije:

—Simplemente que me opongo en redondo a esa divulgación indiscriminada de secretos de la horda a personas ajenas a ella.

Se hizo un mortal silencio. Vi con satisfacción que toda la horda me escuchaba con sorprendida atención. Padre miró a su alrededor y luego dijo lentamente:

—¿De veras? Supongo que nos dirás por qué.

—Por una serie de razones —dije con aspereza— que espero que la horda juzgue convincentes. En primer lugar, porque el secreto es nuestro secreto... hasta que decidamos compartirlo. Ya has destruido nuestra posibilidad, única, de tener un monopolio total del fuego. Yo era demasiado joven para impedirte que explicases a la gente cómo se cogía fuego de los volcanes; y ahora, a juzgar por el humo que se ve en el territorio, prácticamente todos, incluidos mis encantadores parientes políticos, disponen de él... sin el menor beneficio para nosotros. ¿Vendiste el secreto? ¿Concediste licencia para utilizarlo, Padre? ¡No, claro que no! Sencillamente lo regalaste, lo tiraste. Bien, pues ahora soy ya lo bastante mayor y no permitiré que derroches otra vez las propiedades de la horda, si puedo evitarlo.

—Comprendo—dijo Padre—. Te propones hacerles pagar por el curso de aprendizaje de la fabricación del fuego, ¿no? Seis cebras por enseñarles a manejar el pedernal y la laterita, otras seis por enseñarles a escoger la yesca, seis más por las instrucciones finales, ¿verdad? ¿Eso es lo que tienes pensado?

—No veo nada inmoral en ello—dije—. Sería un precio muy barato. Pero sugiero que no compartamos aún nuestro secreto. El fuego artificial nos concede una ventaja muy superior a lo que puedan significar unas cuantas cebras. La gente tendrá que admitir que somos... bueno, los dominadores. No creo que haya ningún motivo para que rechacemos esto. Miro también al futuro. Pienso que podría interesarnos mucho más ser los únicos capaces de hacer fuego, y que cuando otros grupos quisiesen encender uno tuviesen que enviar a por uno de nosotros para que se lo hiciéramos... en determinadas condiciones, por supuesto.

—¡Ernest! —gritó Padre, rojo de indignación— ¡No oiré una palabra más!

—¡Claro que la oirás!—dije yo enfurecido—. No eres el único interesado. ¡Pienso en los niños! ¡Pienso en las futuras carreras de mis hijos, y de los de Oswald, y de los de Alexander, sí, y de los tuyos también, Wilbur! Estoy pensando realmente en el futuro de nuestros hijos y no en puras elucubraciones románticas sobre ese futuro. Y digo que no debemos desperdiciar la posibilidad de permitirles que sean pirotécnicos y fabricantes de fuego profesionales. No quiero decir nada con esto contra la caza como profesión, Oswald; lo que digo es que puede haber otras profesiones, por ejemplo para los que sean menos veloces y fuertes.

—Lo que dices es bastante razonable —dijo Oswald—. Después de todo, ¿por qué facilitar nuestros descubrimientos gratis a todo el mundo?

—En beneficio de la especie, por supuesto—dijo Padre—. De la Subhumanidad. Para fortalecer y ampliar los impulsos de la evolución. Para...

—Eso es sólo un puñado de palabras—dije yo brutalmente.

—¡Ernest! —gritó Madre—. ¿Qué te pasa? ¿Cómo te atreves a hablar así a tu Padre?

—Le hablaré como un hijo debe hablar a su padre cuando se comporte como un padre debe con su hijo, Madre—dije tranquilamente—. Pero, ¿crees que lo está haciendo? Desperdiciando nuestra posibilidad de perfeccionarnos en beneficio de la especie.

—Tu padre siempre fue un joven muy idealista —dijo Madre, pero me di cuenta de que vacilaba.

—Yo soy un científico —dijo Padre—. Considero que los resultados de la investigación deben comunicarse a toda la Subhumanidad, a... bueno, a todos los que investigan los fenómenos naturales en todas partes. Y así podremos trabajar conjuntamente y crear un cuerpo de conocimientos del que todo el mundo se beneficie.

—Por supuesto, papá —dijo Wilbur, y Padre le dirigió una mirada de gratitud.

—Admiro tus principios, Padre —dije yo—. Te lo digo sinceramente. Pero déjame que te diga también un par de cosas al respecto. ¿Cuánta ayuda has recibido hasta ahora de otros investigadores? Estoy seguro de que si hay alguno, se está guardando muy bien todas las cosas útiles que pueda haber descubierto. El único modo de sacárselas será tener algo en reserva... Algo que intercambiar.

—Eso es cierto—murmuró Wilbur con tristeza, pero Padre seguía firme y obstinado.

—La otra cuestión —proseguí— es simplemente ésta: el descubrimiento está aún en una primera etapa. Ya nos ha conducido a un desastre. Aunque quisiésemos divulgarlo en beneficio de la especie, ¿crees adecuado hacerlo antes de que sepamos controlarlo? ¿Antes de que podamos indicarles cómo se controla? Piensa lo cerca que estuvimos de morir todos asados. Sólo tu brillante ingenio nos salvó en el último instante...

—Me alegro de que te dieras cuenta de eso —murmuró Padre.

—¿Crees que sería bueno, beneficioso—dije lentamente—enseñar a otros que carecen de nuestra experiencia la forma de asarse a sí mismo? Y, ¿crees que sería beneficioso para todos ofrecer a individuos que son, en realidad, poco más que simios, el medio de incendiar todo un país? Ya bastó un bosque incendiado... ¿te imaginas lo que sería el incendio de centenares de bosques?

Oswald se dio una palmada en la rodilla.

—¡Tienes toda la razón! —gritó—. ¡Es una idea aterradora!

Me di cuenta de que Padre estaba aislado. Todos me daban la razón. Griselda me miró con ojos resplandecientes, y aplaudió con vigor. Incluso Madre dijo:

—Creo, Edward, que Ernest ha pensado mucho esto. ¿No te parece, querido, que podríamos guardar el secreto un tiempo hasta que pudiésemos ver cómo funciona?

Padre la miró con ira y se levantó. Luego me miró a mí fijamente. Yo aguanté su mirada.

—Bueno —dijo—. Así que quieres manejar el asunto de ese modo, ¿verdad, Ernest?

—Sí, Padre, de ese modo —dije.

Padre me miró furioso un instante; luego controló su furia y alzó las cejas en aquel viejo gesto cómico suyo.

—Que así sea, hijo mío —dijo.

Dio vuelta y entró en la cueva, adonde le siguió Madre unos minutos después. Oí sus voces en susurros hasta media noche.

Me preguntaba, con una mezcla de entusiasmo y miedo, de qué humor estaría Padre al día siguiente. ¿Estaría enfurecido? ¿O habría comprendido mi postura? Debía estar de un humor sombrío, lúgubre, quizás, pero sometido. Cualquiera que fuese su actitud, yo estaba decidido a mantenerme firme. Me había enfrentado a él, le había derrotado en la discusión y había unido a toda su horda en contra suya. El era listo, inteligente, poderoso; pero había confiado demasiado en su autoridad y en nuestro respeto. Por una vez no íbamos a someternos a su irresponsabilidad o a sus imposiciones. Yo tenía ideas muy claras al respecto. Además, las cosas funcionarían de forma distinta en el futuro. Se había acabado la autocracia; las grandes decisiones las tomaría el consejo de familia.

Griselda estaba muy orgullosa de la posición que yo había adoptado, y trabajaba activamente para convencer a los otros e inclinarlos de mi lado. Se pasó casi toda la noche

hablando con las otras mujeres sobre los riesgos que acechaban a sus hijos si se permitía a Padre divulgar en un mundo inflamable el peligroso secreto de la fabricación del fuego. A mí me dijo que todas estaban a favor del control más estricto.

—Lo mantendremos en familia —dijo—. Petronella está hablando con Wilbur. Es tanto idea suya como de Padre. Ya sabes, Ernest, yo creo que Wilbur es tan listo como tu padre, pero más dócil. Encontrará un medio de controlar el fuego de forma más segura y luego podremos entrar en negociaciones nosotros mismos. No creo que dependamos de tu padre tanto como tú imaginas.

Pero al día siguiente Padre estaba del mismo buen humor que siempre, y ante mi sorpresa actuaba como si la gran discusión familiar no se hubiese producido nunca. Tuvo palabras amables para todos, se hizo cargo enseguida de los preparativos para el gran viaje hacia los nuevos territorios de caza, y abrió marcha con Oswald, llevando niños a la espalda por turnos. Oswald decidía la dirección que habíamos de tomar y Padre marcaba el ritmo, un ritmo lento, que pudiesen seguir las mujeres y los niños y soportar nuestras piernas chamuscadas. Insistió en que debíamos acampar temprano y elegir cuidadosamente el lugar. Dijo que ya no hacía falta que hubiese árboles próximos para subir a ellos en caso de peligro... aunque en realidad daba igual, pues todos los árboles estaban carbonizados. Hizo un círculo de hogueras alrededor del campamento para comprobar su teoría de que ningún animal se atrevería a atacarnos de noche, teniendo fuego, aunque acampásemos en terreno abierto. No era, de todos modos, un experimento válido, porque la caza había huido y la mayoría de los predadores la habían seguido. Dos o tres pares de ojos brillantes surgieron de una ciénaga próxima a observarnos, y hubo buena cantidad de gruñidos y rugidos de irritación, pero, fuera quien fuese, el observador se mantuvo siempre a respetable distancia.

Teníamos hambre, pues todo el país estaba calcinado y después de la caminata las mujeres estaban demasiado cansadas para buscar comida. Tuvimos que arreglárnoslas con lagartijas y unos cuantos huevos de cocodrilo. Para mantener la moral, Padre contó algunos chistes y cuentos a los niños.

—No lloréis, queridos—dijo—que os contaré un cuento sobre la comida. Una vez había un león muy grande que era el mejor cazador que se conocía. Siempre cobraba piezas, y podía despachar a cualquier animal de la selva, tal era su agilidad y tan terribles sus garras. Le encantaba cazar y podía atrapar sin problemas dos o tres piezas al día. Pero le irritaba que muchos otros pretendieran aprovecharse de su habilidad. Aceptaba incluso dar algo a los otros leones, pero le ponía furioso que hienas, chacales, y buitres y milanos viniesen también a ayudarle a comer su cena... y también los hombres-mono, pues en esta época los hombres-mono eran también carroñeros. "Yo hago todo el trabajo", gruñía el león, "y estos inútiles esperan aprovecharse de los resultados sin el menor esfuerzo. ¿Por qué he de compartir mi comida con ellos? No lo haré". Pero cazaba tantas piezas y tan grandes que no podía comerlas todas. Ningún león puede. Primero intentó matar a los carroñeros, pero esto no hizo sino aumentar el número de piezas. Se dio cuenta de que el único medio de reservar su carne sólo para sí, era comerla toda. Lo intentó. Aun después de muy harto siguió comiendo. Comió y comió y comió. Pronto tuvo una horrorosa indigestión. La vida se convirtió para él en un calvario, se puso gordísimo. Pero le producía tal placer ver las caras de frustración de hienas y hombres-mono que siguió matando y comiendo en cantidades enormes. Así que, a edad muy temprana, murió, y como era sencillamente inmenso, proporcionó tan buena comida a hienas, buitres, chacales y hombres-mono como les habría proporcionado si hubiese compartido con ellos sus presas de modo normal.

—¿Y por qué murió?—preguntaron los niños.

—Por degeneración de los tejidos grasos del corazón complicada con misantropía —dijo Padre, y cruzando los brazos sobre su estómago vacío dio ejemplo a todos poniéndose pacíficamente a dormir.

Durante el viaje fue particularmente amable con Griselda y conmigo. Aprovechó la oportunidad para enseñarnos a hacer fuego, y a seleccionar las piedras adecuadas para producir buena chispa. Dijo que una educación sólida era lo único que esperaba dejarnos cuando muriese, y que nunca sabes cuando puedes pisar una mamba verde.

—Haced lema vuestro, queridos —dijo—, el dejar el mundo algo mejor que lo encontrasteis, y dar a vuestros hijos un punto de partida mejor del que tuvisteis vosotros. No esperéis por los demás. Vivid como si todo el futuro de la Humanidad dependiese de nuestros esfuerzos. ¡Después de todo, puede depender! Vivimos tiempos críticos, muy críticos realmente. El dominio del fuego es sólo el principio. Sobre este cimiento debemos construir, planeando, organizando, pensando. ¡Después de las ciencias naturales, las sociales! Quizás alguno de nosotros tenga el privilegio de descubrir cómo adecuar las energías de los hombres-mono más plenamente a las tareas de la evolución, y ser el primero en llevarnos a todos por caminos auténticamente humanos. Pensad en esto, queridos. Tengo en vosotros dos muchísima confianza. Dudo que viva para verlo, pero vosotros sí, vosotros sí veréis esa gloriosa edad de oro, recompensa de todas nuestras luchas: ¡ser humano, ser *homo sapiens* al fin! Yo no llegaré a verlo, sabéis, pero moriré feliz si puedo creer que mis pequeños esfuerzos han hecho algo por ponerlos a vosotros y a los vuestros en ese camino.

Nos dedicó después el mismo gesto cómico, pero desafiante, que me había dedicado a mí después de la disputa familiar, y se alejó.

Al cabo de un rato Griselda dijo:

—Ernest, podemos despedirnos del monopolio de la fabricación del fuego. Padre va a comunicarlo a los cuatro vientos como siempre.

—No se atreverá a hacerlo —exclamé—. La horda no está de acuerdo.

—Sí, lo hará—dijo ella con amargura—. Cree que sabe mejor que la horda lo que es bueno para ella. Oh, sí, nos venderá. Prácticamente nos lo ha dicho. ¿No comprendes? Deberíamos intentar impedirselo.

Lo pensé detenidamente. Cuanto más lo pensaba, más me parecía que Griselda tenía razón. Toda la actitud de Padre, su alegría, su forma suave y significativa de hablar, su pretendida cordialidad, no podían significar más que una cosa: había decidido traicionarnos sin preocuparse de lo que pensáramos o hiciéramos. Si se hubiese puesto furioso; si hubiese intentado pegarnos, hubiésemos sabido que todo iba bien, que se sometía a nuestra norma. Pero no; se proponía traicionarnos.

—No veo de que modo podemos impedirselo, en realidad—dije.

Griselda guardó silencio un rato, sólo interrumpido por los suaves gruñidos que lanzaba de vez en cuando al moverse el niño. Estaba ya muy próxima al parto, y andaba muy despacio. Al final dijo:

—Ernest, ¿crees realmente toda esa cháchara sobre el lugar de los sueños al que iremos después de la muerte, ese otro territorio de caza que dices que visitamos en nuestros sueños?

—Es una hipótesis tan buena como cualquier otra —dije—. Tenemos que ir a algún sitio. Bueno, tiene que ir nuestra sombra.

—¿Nuestra sombra?

—Una especie de sombra interna. Está allí porque cuando nos dormimos corre toda clase de aventuras. Ya te lo he dicho.

—Pero —dijo ella—es tan extraño lo que hacemos cuando dormimos. No es real.

—Pues cuando lo hacemos nos parece bastante real —dije yo—. Así que tiene que ser real. Es como el reflejo de nuestros cuerpos visto en un estanque; se ondula y se quiebra. Pero quizás nuestros cuerpos parezcan también quebrarse y ondularse, parezcan insustanciales, desde ese otro mundo. Algo debe pasarle a la sombra interna cuando el cuerpo es devorado y se convierte en parte de otro. ¿Qué pasa entonces? ¿Adónde va? De ese otro territorio de caza

fragmentario sólo sabemos lo que recordamos al despertar. Es lógico suponer que vamos allí. Es una hipótesis tan buena como cualquier otra.

—En un sentido es una hipótesis bastante importante—dijo lentamente Griselda.

—¿En qué sentido?

—No puede hacer daño a nadie que... que le envíen allí. No pierde mucho si consigue que su sombra vaya a los otros territorios de caza.

—No —dije yo—. No si esa otra persona tiene felices sueños y no pesadillas.

—¿Crees que Padre tiene felices sueños? —preguntó Griselda con indiferencia—. Lo digo como ejemplo...

Mi corazón comenzó a latir más deprisa. Pero la respuesta no había que meditarla. Era evidente. Todas las imágenes de Padre (cazando, haciendo experimentos, organizando) se agolparon de pronto en mi mente.

—Sí —dije—. Sí. Padre tiene felices sueños, Griselda.

El gigantesco incendio se había detenido en una zona desnuda de vegetación, donde la tierra era aún una capa demasiado fina sobre la roca volcánica. No encontramos allí territorio donde la caza pudiese mantener a una horda tan grande como había pasado a ser la nuestra. Yo tenía un magnífico hijo, y lo mismo Oswald, mientras que Alexander resultó agraciado con dos gemelas. Wilbur esperaba convertirse en padre cualquier día. Tía Mildred lo esperaba también; "Fue toda aquella música", decía muy feliz, "y cómo se llevaron a las chicas. Vanya dijo que había que hacer las cosas así; que así se hacían las cosas cuando él era un joven simio, y, bueno, se le metió en la cabeza darme un golpe y meterme entre los matorrales".

Padre estaba encantado con los nuevos niños y palpaba sus cabezas con dedos suaves.

—Aún son pequeños —dijo—. Pero son guapos y están bien formados, crecerán. Vosotras no debéis preocuparos si tener niños os causa más problemas más adelante. No hay triunfo sin esfuerzo. Así es la evolución.

Seguimos viajando días y días, cazando sobre la marcha. Al fin llegamos a la cima de una gran cordillera cubierta de árboles y vimos desplegarse ante nosotros una llanura ondulada, atravesada por relumbrantes ríos, salpicaba de lagos que brillaban al sol, profundas ciénagas verdes y miles de kilómetros cuadrados de territorios de caza, hierba salpicada de bosques y zonas recogidas y formaciones rocosas; y más allá, otra cordillera.

—¡Caza!—gritó Oswald—. La veo; la huelo; ¡casi puedo tocarla!—y agitó su lanza emocionado.

—Y allí está la formación caliza y las cuevas —dijo Wilbur, señalando las colinas del fondo.

—La tierra prometida —dije yo.

Padre sonrió y no dijo nada, achicando los ojos y protegiéndolos de la luz del sol poniente con la mano para ver mejor.

—Bueno, bajemos—dijo al fin, con un suspiro.

Todo era tal como esperábamos; a pesar de ser tarde, conseguimos un excelente y abundante asado de venado para cenar aquella noche. Pero yo me desperté muy temprano con la sensación de que algo iba mal. Me levanté de un salto y vi que también los otros despertaban buscando sus lanzas... que no estaban. Con el corazón en un puño, comprendí que estábamos casi rodeados por una horda extraña. No parecían nada amistosos; tenían nuestras lanzas y nos superaban en número. Entonces me di cuenta de que Padre hablaba ansiosamente con el hombre-mono más viejo, que era evidentemente el padre de horda.

—*Parlez vous francais, Monsieur?*—decía Padre en tono amistoso—. *Sprechen Sie Deutsch, mein Herr? Kia ap hindi boscte ho? Aut latina aut graeca tingua loquimini? ¿Habla español, señor?* Por supuesto que no... en qué estaría pensando. Habrá que volver al viejo lenguaje de signos—continuó, mientras el otro movía la cabeza negativamente a cada pregunta.

Fue un lento proceso, mientras ellos señalaban alternativamente los árboles, la hierba, lanzas, hijos, los huesos del antílope que habíamos comido la noche anterior y los estómagos de cada uno. Pero por la tarde, la cosa parecía haber progresado un poco, y la tensión se relajó notablemente. Al anochecer las relaciones eran casi cordiales, y nos trajeron algo de comida... cruda, sin embargo. Habíamos mantenido las brasas, y entonces, observados con gran interés por los extraños, las soplamos y logramos cocinar la poca comida que nos habían traído: unas cuantas liebres, un lemúrido y una gran tortuga. Padre convenció a su jefe de que probase unos cuantos bocados de esta última, y a juzgar por su expresión, le gustó.

—Bueno —dijo Padre, cuando los extraños se apartaron por fin a cierta distancia, llevándose cuidadosamente nuestras lanzas consigo. Siento que haya costado tanto, pero ése es el problema de toda lengua universal... lenta, repetitiva y sin ninguna sutileza. La situación, sin embargo, es muy simple, y se resume en esto: los invasores serán procesados.

—¿Quieres decir qué tienen acaparada toda esta llanura? —exclamó Oswald—. ¡Pues si que estamos buenos!

—Dice que no sacan gran cosa de ella—dijo Padre—. Ten en cuenta que no disponen de técnicas de caza tan avanzadas como las nuestras. Y tienen, como nosotros, grandes familias. Dicen que tenemos que seguir. O si no...

—Resulta absurda —dije—. Hay sitio de sobra para todos. Además añadí—, me atrevería a decir que será .~o si no: hagamos lo que hagamos, si están tan hambrientos.

—Nuestras relaciones aún no se han roto —dijo Padre—. Reanudaremos mañana la negociación. Aún cabe esperar que lleguemos a una fórmula satisfactoria para ambas partes. Me propongo, en beneficio vuestro, y teniendo en cuenta la gravedad de la situación, intentarlo todo. Entretanto, me temo que debemos considerarnos obligados por cuestión de honor a no escapar. Hay centinelas apostados.

—Sucios lemures—gruñó Oswald. Nos echamos a dormir de humor nada alegre.

Al siguiente día, sucedió más o menos lo del anterior. Los dos plenipotenciarios se sentaron aparte, gesticulando con los brazos, levantándose de vez en cuando para imitar alguna operación, como el tallado de pedernal o el degollamiento de alguien; el resto permanecimos sentados lúgubrementemente, alrededor de las cenizas de nuestro fuego, pues no se nos permitía ir a por combustible. Oswald había intentado hacerse con un bastón con este pretexto, pero le habían hecho volver a punta de lanza.

—Sucios lemures—decía; pronto se convirtió en su expresión favorita.

Aquel día conseguimos muy poca comida; pero Padre volvió de la conferencia al atardecer mucho más contento.

—Hay una posibilidad —dijo—. Una posibilidad muy clara. No soy pesimista.

—¿Van a dejarnos que nos quedemos, entonces? —pregunté.

—Se dará un comunicado completo al final de las conversaciones —dijo Padre, demasiado pomposamente en mi opinión—. No pretenderéis que haga ahora una declaración que podría resultar prematura.

Pero al día siguiente se vio claro que había un acuerdo en perspectiva. Los dos padres de horda daban la sensación de estar en excelentes relaciones; reían, bromeaban, y se daban palmadas en la espalda. Por último, se levantaron y desaparecieron juntos entre la maleza. Al ver que pasaba el tiempo y no aparecían empezamos a ponernos muy nerviosos.. Pasaron horas sin la menor señal de ellos, y yo sospeché una mala pasada. Pero nada podíamos hacer, debilitados por el hambre y rodeados por nuestros captores, bien armados y bien alimentados.

De pronto, mi corazón dio un vuelco. Sobre los árboles se vio elevarse una columna de humo.

Atribulados, esperamos el desenlace inevitable.

Luego, de pronto, vimos a padre caminar con viveza hacia nosotros, solo.

—Todo arreglado —dijo—. Hemos llegado a un acuerdo completo. Se han redactado las bases, y el tratado se ratificará mañana en una gran fiesta en la que, querida —se volvió a Madre—, me complacería mucho que hicieses un esfuerzo especial y preparases tu famosa *tortue rotie en caralace la bohémienne*. Ha sido mi asidero a lo largo de todas estas difíciles conversaciones, y no sé realmente cómo podría haber solucionado las cosas sin eso.

—Sí, pero ¿cuál es el acuerdo? —exigí.

—Primera base—dijo Padre con gravedad—: tendremos la mitad de la llanura para cazar, y se dispondrá lo necesario para constituir una comisión que fije las fronteras.

—¿La mitad? Muy bien—dijo Oswald.

—Segunda base—continuó Padre—: ninguna horda debe penetrar en el territorio de la otra. Tercera: nosotros tendremos el extremo montañoso del lado occidental.

—Eso significa que tendremos todas las cuevas de caliza—dijo Wilbur—. ¿Cómo las cedieron?

—Están llenas de osos cavernícolas —dijo muy contento Padre—. Parecían muy deseosos de que nos las quedáramos. Ellos están en unos techados rocosos que hay en lo alto de una escarpadura a unos cuantos kilómetros de distancia, y aun así los leopardos andan siempre robándoles los niños. Por supuesto, no saben que nosotros podemos despachar a esos osos.

—Trabajo hábil—dije aprobatoriamente.

—No está mal—dijo Padre—. En realidad, creen que nos han engañado. Base cuarta: las hordas deben ser amigas, tendrán libertad para evolucionar cada una a su manera, se casarán exogámicamente y trabajarán en común en pro de la paz, el progreso y la prosperidad. ¡En fin! Ya sabéis que estas cosas siempre se acaban con un poco de retórica.

—¿Y la base cinco? —preguntó Griselda con aspereza—. ¿O es que es secreta?

—¿Base cinco?—preguntó Padre—. Qué quieres decir?

—La base cinco—replicó Griselda—. La que dice que, en consideración de todo lo anterior, la horda que sabe hacer el fuego debe comunicar el secreto a la que no lo sabe.

—Pero eso no está en el tratado—dijo Padre—. Aunque consideré justo que...

¡La columna de humo que habíamos visto! ¡Y habíamos sido tan estúpidos como para pensar que Padre estaba en peligro!

—¡Les has enseñado a hacer fuego! —grité—. Sin consultarnos. No me extraña que hayas conseguido un buen tratado. Tú... tú...

—Ya sé que no os consulté, hijos míos —dijo Padre plácidamente—. Pero habéis de daros cuenta de que estábamos en una situación muy comprometida. Tenía que dar algo a cambio de lo que quería que nos dieran. Y fue una suerte que pudiese ofrecer eso.

—No estoy de acuerdo —grité. No tenías por qué darles eso. ¡Ahora están en las mismas condiciones que nosotros! Además, se lo hubieses dicho de todos modos, y lo sabes muy bien. Tú querías decírselo.

—Tuve que hacerlo—dijo Padre.

—¿Cómo vamos a creer eso? —dijo Griselda—. ¿Cómo saber si había o no auténtico peligro? Muy bien puedes haber preparado todo esto, o casi todo...

Padre se encogió de hombros.

—Bueno, esto es absurdo. Uno no puede ocultar esas cosas. El fuego será algo corriente en la próxima generación. Tenemos que pensar en algo más, algo nuevo que no vaya a ser tan corriente. Ese es el camino que hemos de seguir.

—Has desperdiciado el privilegio que teníamos —dije—. Has puesto un arma mortífera en manos de un pueblo primitivo. Tú...

—Supongo que les habrás dado instrucciones de que lo manejen con cuidado—dijo Madre.

—Desde luego —contestó Padre con gravedad—. Les di las instrucciones más detalladas para su uso. A cambio de algo, desde luego. Del mejor cazadero de Africa. Bueno, ahora a cazar: estoy hambriento.

Padre había vuelto a burlarse de nosotros. Y nada podíamos hacer. El cazadero era excelente y las cuevas inmejorables; ocupamos una soleada planta orientada al norte. Pero resultaba torturante ver a nuestros vecinos, hasta entonces simple canalla, haciendo fuegos por todas partes y viniendo constantemente por recetas *de cote d'antelope ~ la inaniere du chef* o a convidarnos a una parrillada. Padre afirmaba que eran muy buena gente, una gente encantadora, y cuando, inevitablemente, acabaron quemando la mayor parte de sus pastos, le quitó importancia al asunto con un despreocupado "errores así suceden en las mejores familias", e insistió en concederles licencia por un año para cazar dentro de nuestras fronteras. No tenía la menor idea de la actitud que debía adoptar gente de nuestra posición.

A Griselda le enfurecía todo esto. Estaba convencida de que los problemas con el comité de recepción a nuestra llegada habían sido una farsa.

—Conozco a Padre y sé cómo maneja las cosas —decía lúgubrememente; y recordando lo que le había pasado a Elsie, yo la creía.

Añadía que aunque fuese cierto que existía peligro, Padre había adoptado la peor solución posible.

—Podríamos haberlas convencido de que éramos unos brujos insuperables que sabíamos manejar el fuego —decía—. Esos miserables salvajes se habrían asustado y no nos habrían atacado. Habríamos impuesto nuestra supremacía moral, y resuelto así también el problema del servicio. Yo no tendría por qué hacerlo todo en esta cueva si viniesen aquí a trabajar cuando hiciera falta esas malditas chicas.

De vez en cuando me advertía que no perdiese de vista a Padre.

—Volverá a hacernos otra mala pasada—decía—. No olvides lo que digo. El viejo está convirtiéndose en un verdadera amenaza para la horda.

Pensé que exageraba, pero en el fondo no tenía más remedio que darle la razón.

Poco después de que nos acomodáramos en nuestros nuevos hogares, Padre reanudó sus experimentos. Durante un tiempo, nada resultó de ello, ni tampoco nos reveló lo que andaba buscando. Acontecimientos más inmediatos y absorbentes reclamaron nuestra atención. Wilbur estaba construyendo una fábrica de herramientas paleolíticas a gran escala; tenía docenas de obreros especializados a sus órdenes, pero aun así, tal demanda había en toda Africa de sus hachas manuales ovales que le resultaba difícil servir cumplidamente los pedidos. También Alexander se dedicaba a la decoración interior de cavernas a gran escala, con toda una gama de nuevos pigmentos ocres. Yo sostenía que sus murales eran mucho mejores para la caza que las nuevas boleadoras con las que derribábamos las piezas y las lanzas de punta de cuerno con que las liquidábamos. William continuaba fracasando en sus tentativas de domesticar perros para la caza, desde luego; pero sus experimentos tenían al menos la ventaja de animar nuestra rutina diaria.

—Tengo que conseguirlo —insistía, mientras le vendábamos con hojas de aro las heridas de las mordeduras. Y la solución es bondad y firmeza combinadas. Tengo que conseguirlo.

No éramos capaces de convencerle de que se trataba de una idea quimérica. Más práctico fue el invento del bolso de piel de cebra de Madre. También armó gran revuelo la costumbre que habían adquirido las mujeres de vestirse con pieles de animales. Entraban y salían de sus respectivas cuevas con gritos de: "¡Mira esto, querido! ¡Es el último grito!" o: "Mi piel de leopardo se ha puesto dura como cartón, querido, y mira cómo está la piel de mono. ¿Qué puedo hacer?" Griselda era la jefa en todo este lío, que a Oswald y a mi nos fastidiaba mucho; ni que decir tiene que esto no les importaba lo más mínimo a ellas. "Pareces el viejo Vanya", era la invariable respuesta a nuestras objeciones. Pero veíamos muy claramente adónde podía conducir toda aquella frivolidad decadente. Por supuesto, toda joven presumida tenía que lucir un lindo atavió.

Fue pasando así el tiempo hasta que un día Padre vino a verme y me dijo:

—Tengo algo que quiero enseñarte, hijo mío —y yo inmediatamente me di cuenta, por el tono reprimido de triunfo que había en su voz, de que íbamos a tener un problema realmente grave. Le seguí hasta un lugar situado a considerable distancia, en un claro del bosque.

—Mi tallercito—dijo Padre, señalando con falsa modestia. En filas ordenadas había pequeños montones de piezas de madera, de entre un metro y metro y medio de longitud cada una, todas cuidadosamente etiquetadas con hojas de distintos árboles.

—He tenido que trabajar mucho—dijo Padre—. Empecé, como puedes ver, con el alcanfor, y continué con olivo, palo, aloe, palo rosado, sándalo, palo verde. Luego probé con ébano, caoba y teca. Empecé, por supuesto, con bambú; pero, aparte de darme la idea básica, no sirve para nada. Quizás tenga aplicación en el futuro para la construcción, pero yo sencillamente lo detesto. Intenté con higuera, palo hierro, nogal e incluso acacia; pero hasta que no llegué al tejo no conseguí nada práctico. Después me concentré en el tejo; todos esos trozos rotos son de tejo. Cuando está demasiado verde no tiene elasticidad, y cuando está seco se rompe. Hay que cogerlo en su punto exacto; y mejora con el tiempo, aunque sólo estoy en los primeros pasos todavía. Aquí tienes lo que se me ha ocurrido en cuanto a las cuerdas; he intentado con todo lo que se me ha ocurrido, y lo mejor son los tendones de pata de elefante, y después las raicillas de orquídea. En cuanto a las flechas, sirve cualquier madera recta y ligera... el sándalo, por ejemplo. Hay que evitar las pesadas, tienen buenas cualidades de penetración, pero se reduce indebidamente el alcance.

—¿Pero de qué estás hablando?—pregunté, después de oírle un rato.

—De arcos—dijo sencillamente Padre—. Sé que es adelantarse un poco a la época, pero tenía que intentarlo. Wilbur os ha proporcionado las boleadoras, lo sé; y me atrevo a decir que Oswald descubrirá el principio del boomerang cuando empiecen a salirle varices en las piernas como a mi. Esto, sin embargo, es el arma definitiva. ¿Quieres ver?

E inmediatamente, Padre cogió el primer arco hecho por el hombre. Era un tosco objeto de algo más de un metro, más doblado en un extremo que en el centro, con varios nudos sin pulir, y una cuerda que se estiraba atrocemente. ¡Sin embargo funcionaba! Le ajustó un prototipo de flecha, tendió la cuerda y la soltó. El proyectil salió disparado y cayó al suelo a unos treinta metros de distancia.

—Puedo hacerlo mucho mejor —dijo Padre, gozoso de mi asombro—. La cuerda se afloja. Prueba tú una vez.

Tras varios intentos fallidos, disparé una flecha a treinta metros.

—Bueno, dime, ¿qué piensas?—dijo Padre. Recuerda que es sólo el principio.

—Las posibilidades son magníficas, Padre —dije sombrío. Y miré al viejo con tristeza. Aquello era el fin. El fin absoluto.

—Haremos una gran fiesta para celebrarlo —dijo Padre.

—La haremos —dije yo, pesadamente.

—Quería enseñárselo primero a Oswald continuó Padre—, ya que pertenece más a su departamento que al tuyo, pero ya sabes que hoy anda cazando y, claro... Tenía que enseñárselo a alguien.

—Yo se lo diré a Oswald dije. Y se lo dije. Y también a Griselda.

Era evidente lo que teníamos que hacer. Sólo bastó una demostración del arco y la flecha para convencer a Oswald. El era con mucho el mejor cazador del territorio, y ganaba a correr y con la lanza a todos los otros.

—Cuando todos tengan una cosa de éstas, Oswald —fue todo lo que tuve que decir—, todos serán tan buenos cazadores como tú. No habrá ni mejores ni peores. Ya no servirán de nada fuerza y habilidad.

—Será el fin del auténtico cazador. Cualquier tipo con un arco y un puñado de flechas podrá abatir piezas de caza mayor—dijo Oswald—. Qué demonios pensaría Padre para... bueno, ¿qué vamos a hacer?

—Me temo que lo que hagamos habremos de hacerlo muy pronto—dije—. ¿Os acordáis del fuego?

—¡Santos megaterios! ¡Sería espantoso! Tienes que pensar algo, Ernest.

—Ya lo he pensado—dije;

—Bien, dime, ¿qué pensaste?

—En la próxima prueba —dije— habrá un accidente.

Oswald se puso muy pálido.

—Quieres decir que...

—¿Se te ocurre una idea mejor?

—Pero...

—Lo sé—dije—. Lo sé. Pero ya es un viejo. No va a durar mucho más. Tendría que haberse retirado hace tiempo, pero ya sabes cómo es. La verdad, Oswald, es que se trata de una obra de caridad. Estará mucho mejor en los felices territorios de caza. ¡Que allí juegue con arcos y flechas! Será doloroso para los demás, me atrevo a decir, pero no para él... le quedan pocos años en el mundo del no sueño. Y las varices de las piernas le molestan mucho.

—Conozco tus teorías—dijo Oswald, lentamente—. Que no morimos. Que pasamos a otra vida. Esto es un consuelo en esta ocasión... ante este doloroso deber. No me gusta, pero me parece que tienes razón. Debemos proteger a los demás.

—Bien dicho, Oswald —dije con calor. Mi hermano estaba cada vez mejor, con el paso de los años aumentaban su experiencia y su sentido de la responsabilidad.

—Yo lo prepararé todo añadí.

—Luego podemos ocultar el asunto —dijo Oswald, asintiendo.

—Digamos... mantenerlo en la lista secreta —contesté suavemente.

Oswald sugirió unas cuantas mejoras insignificantes al arma, no recuerdo cuáles exactamente, pero se referían a unas plumas que había que colocar en el proyectil, según creo. A Padre le agradó mucho.

—La invención es trabajo de equipo—declaró.

Las primeras pruebas se desarrollaron con éxito, pero cuando me llegó el turno, algo fue mal con el arco, las plumas se desprendieron o la flecha estaba doblada, y Padre se metió tontamente en medio intentando recoger su propio arco. Cayó sin un murmullo.

Fue una sensación extraña el no oír a Padre pronunciar el discurso al final del banquete. Pero yo estaba seguro de que él habría deseado que yo dijese unas palabras, y lo hice. Hablé del deber que todos teníamos de consagrarnos a ser verdaderamente humanos, del ejemplo que él nos había dado, y de la necesidad de compaginar el progreso y previsión. Casi le sentía dentro de mí, formando las frases y sugiriendo las conclusiones. Me senté entre aplausos, y la pobre Madre se deshacía en lágrimas.

—Parecías exactamente tu difunto Padre —dijo—. Sólo espero que seas algo más cuidadoso que él.

Así fue el final de Padre en la carne, hijo mío, un final que habría deseado él mismo: caer víctima de un arma realmente moderna y ser devorado de forma realmente civilizada. Aseguramos así su supervivencia, en cuerpo y en sombra. El vive, continúa viviendo, dentro de nosotros, mientras su sombra interna persigue elefantes del sueño en los territorios de caza del más allá. No me sorprende en absoluto que le hayáis encontrado allí una o dos veces, ni que os impresione tanto el que esto sucediera. Pero, como veis, él tenía su lado bondadoso y amable.

Fue, nos complace pensar, el hombre-mono más grande del Pleistoceno, y eso es decir mucho. Os conté esta historia para que sepáis hasta qué punto le debemos los servicios e instrumentos que nos rodean. Tuvo sin duda una mentalidad más práctica que especulativa, pero no olvidemos su inquebrantable fe en el futuro, ni olvidemos tampoco que al morir ayudó a dar forma a las instituciones sociales básicas del parricidio y la patrifagia, que dan continuidad tanto a la comunidad como al individuo. No hay duda de que él fue el árbol más

poderoso del bosque, y haréis muy bien en recordarlo cuando paséis ante él. Quizás él piense en vosotros.

Pero no hay duda de que él no fue quien hizo el mundo. ¿Quién lo hizo? Pienso que eso es una cuestión muy distinta, en la que no puedo entrar ahora.

Por una parte es muy complicada, e incluso muy polémica. Y por otra, ya hace mucho que deberíais estar en la cama.

**FIN**

**Selección y edición: Prof. Santiago Álvarez Martín**

**E-mail: [plantcub@infomed.sld.cu](mailto:plantcub@infomed.sld.cu)**

**<http://plantcuba.scu.sld.cu>**

**INFOMED, 2004**

